



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

RELATOS DE VIDA DE MIGRANTES AGRÍCOLAS
TEMPORALES. TRAYECTORIAS FORMATIVAS EN UN
CONTEXTO DE TRADICIÓN AGRÍCOLA CAMPESINA Y DE
MIGRACIÓN INTERNACIONAL

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRO EN PEDAGOGÍA

P R E S E N T A :

A L B E R T O S A U C E D O R A M Í R E Z

TUTORA: DRA. NORMA GEORGINA GUTIÉRREZ SERRANO



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

En tu memoria, Alhelí Azul:
Hija amadísima, por todo lo que de ti aprendí.

Agradecimientos

Agradezco especialmente a la Dra. Norma Georgina Gutiérrez Serrano por la orientación, confianza y paciencia que hicieron posible la realización de este trabajo; asimismo por su generosa invitación a ser parte del equipo de trabajo del proyecto *Comunidades agrícolas como comunidades de conocimiento en el Municipio de Tepoztlán: flujos migratorios, flujos de conocimiento y necesidades educativas*, el cual me relacionó con mi comunidad de una manera especial, además de proporcionarme la información fundamental para iniciar el estudio. Sin la ayuda, sugerencias y consejos de la Dra. Gutiérrez, en un momento determinante de mi vida, no habría ingresado al posgrado, y muchas cosas buenas no me hubieran sucedido. Agradezco, sobre todo, sus atenciones y apoyo en los momentos que más los necesité.

Doy gracias a Alberto León, mi padre, quien me inculcó el amor a la lectura y ha sido siempre un ejemplo a seguir de vocación docente, de trabajo y honradez; a Mariela, mi amada hermana a quien admiro por su persistencia, carácter y entereza; a ellos, quienes han estado siempre al pendiente de mí y de lo que me sucede, brindándome su apoyo y amor incondicional. A Diego, mi pequeño *ahijabrino*, que ha hecho posible que encauce en él mi amor de padre, y con la esperanza de que Dios me permita ser acompañante y testigo de su formación como un hombre de bien. A mi amigo, a mi hermano, Peque, que me ennoblece con su amistad y apoyo incondicionales. A Carmen, a quien tanto debo, por darme además el maravilloso regalo de la paternidad.

Gracias a mi prima Isabel, por su apoyo, por la fe que infundió en mí en los momentos de mayor zozobra.

A la UNAM, que a través de su Programa de Posgrado en Pedagogía, ha permitido que continúe con mi proceso formativo profesional; por la oportunidad de abrir mis perspectivas y conocer gente valiosa de quienes aprendo tanto.

Al CONACYT, por la beca que me otorgó para cursar los estudios, y sin la cual difícilmente hubiera podido hacerlo.

Quiero agradecer también a mis profesores del posgrado, a todos ellos, por sus valiosas sugerencias y orientaciones para este trabajo. De manera muy especial a la Dra. Anita Hirsch Adler, a la Mtra. Martha Corenstein Zaslav, a la Dra. Monique Landesman Segall, y a la Dra. Alicia Valdés Kilian, quienes además de su apreciable apoyo académico, me brindaron igualmente su comprensión y

solidaridad ante mis ausencias en sus seminarios debido a la delicada salud de mi hija. A la Mtra. Luz Elena Salas Gómez, porque en ella hallé una mirada compartida de la valía de nuestros pueblos indígenas campesinos

Agradezco del mismo modo a mis compañeros en los seminarios, con cuyas opiniones y aportes, fui ensanchando mi perspectiva de la academia y del mundo. Gracias especialmente a Isabel Izquierdo, que además de compañera en el posgrado se convirtió en entrañable amiga que constantemente me levantaba el ánimo con sus comentarios positivos sobre mi persona; le agradezco también por su iniciativa para implementar otros espacios que complementarían nuestra formación, e invitarme a participar en ellos.

También quiero expresar mi agradecimiento a Melesio Ramírez Provisor, a don Celso Desaida, Damián Rivera y Aurelio Provisor Hernández, por contarme sus experiencias de migración en charlas espontáneas que, por su naturaleza, no quedaron registradas en papel o en audio, pero sí en mi memoria como valiosas contribuciones en la construcción de este trabajo. De igual manera agradezco a doña Teresa Moreno López por compartirme sus experiencias como esposa de un migrante agrícola y mujer campesina.

Gracias a mis queridos amigos: Domy, por su amistad invaluable y eficaz, por compartir conmigo alegrías y sinsabores. A Erica Camerán, por su inagotable capacidad de brindar cariño, por el amor que le demostró a Alhelí, por su entrañable amistad. A Carlos Arredondo, por su interés, por su claridad de espíritu y su compañía. A Rodrigo Velázquez, por la amistad y la formación compartida que nos unen. A Letty, por su amistad sin condiciones y la valentía de su ser. A Luis Eligio, por su amistad sencilla y honesta.

Especial agradecimiento merecen quienes me brindaron la confianza para acceder a la intimidad de sus relatos, y permitieron que yo pudiera realizar una mirada más cercana a sus vidas y espacios familiares. A Guillermo Martínez Rivera, Antonio Ramírez Bueno, Saturnino Bermúdez Uribe, Salomé Ramírez Rivera, Horacio Martínez Provisor, Constantino Ramírez y Demetrio Ramírez (DEP). Sin su invaluable ayuda y disposición este trabajo no hubiera sido posible; a ellos, a los migrantes agrícolas temporales, mi gratitud permanente.

Índice

	Pág.
Introducción	1
Aspectos metodológicos	10
Objetivo general y objetivos específicos	12
Capítulo I. La región tepozteca. Historia y migración	13
Antecedentes	13
Mito e historia en el imaginario cosmogónico de Morelos	14
Rasgos culturales en Morelos	17
La Influencia xochimilca y tlahuica en la región tepozteca	18
El dominio de la Triple Alianza. Economía, sociedad, cultura y flujos migratorios	18
Etapas colonial	25
La época posterior a la Independencia	29
Durante el porfiriato	32
La época revolucionaria	34
Época posrevolucionaria	36
La segunda mitad del siglo XX	40
Capítulo II. Características sociodemográficas de San Andrés de la Cal	46
Ubicación	46
Población	46
Servicios educativos	49
Perfil educativo	49
El escenario calero. Flora y fauna	52
Los servicios públicos	52
Edificios	53
Organización comunitaria y ceremonial	53
Cultivo de maíz y otras actividades	56
Otras formas de ingreso económico	60
Migración	60
Capítulo III. La agricultura como antecedente de la migración agrícola temporal	65
La siembra	65
El cultivo de jitomate, una bonanza pasajera	72
El Programa Bracero	76
La migración temporal, una necesidad	80

	Pág.
Capítulo IV. La agricultura como institución	84
La realidad en la vida cotidiana de una comunidad campesina	84
Socialización en la vida cotidiana	88
Formas de expresión en la cotidianidad calera	91
Ambiente y socialidad	103
Orígenes de la institucionalización	105
Agricultura y tradición	115
El rol campesino	117
Capítulo V. Trayectorias formativas de los migrantes agrícolas temporales	121
El concepto de trayectoria	122
Trayectoria y familia	123
La escuela, formación y trabajo	125
Socialización en el mundo actual	128
El curso o plan de vida como mecanismo de organización	129
Ser calero, identidad y pertenencia	130
El campo y la trayectoria	136
La formación en el sector agrícola campesino	141
La escuela y la movilidad	148
Conclusiones	150
Bibliografía	163

INTRODUCCIÓN

El proyecto con el que ingresé a la maestría en Pedagogía se orientaba a analizar la relación existente entre tres ámbitos delimitados en la comunidad: la educación, la agricultura campesina tradicional y el proceso migratorio agrícola temporal. Este proyecto inicial fue transformándose paulatinamente, con las adecuaciones propias de un proceso de investigación, hasta enfocarse en las trayectorias de formación¹ -entendido el concepto de trayectoria como un recorrido transitado que puede aprovechar diversas veredas y no en el sentido de un camino lineal de formación- de los migrantes agrícolas temporales; a quienes pude intuir, desde el principio, como actores principales en el contexto sociocultural que caracteriza a la comunidad a partir de los tres ámbitos mencionados. En ellos, en los migrantes temporales, se sintetiza el proceso formativo que genera el contexto de una comunidad de tradición agrícola campesina que posee un fuerte arraigo a las tradiciones de origen prehispánico y mestizo, pero que además se halla en la encrucijada de la crisis de la agricultura y el alto flujo migratorio agrícola temporal como consecuencia de la ausencia de oportunidades de trabajo permanente en la región. Esposos, padres, hermanos o hijos laboran en los campos agrícolas de Estados Unidos y de Canadá por varios meses cada año; esto es posible mediante acuerdos que son herederos del antiguo Programa Bracero.² Tanto este Programa, como el de Trabajadores Agrícolas Temporales (PTAT)³ tuvieron varias

¹ Honore (1980) señala que la formación es generalmente considerada desde el punto de vista de la exterioridad, como algo «para» o algo que «se tiene» o es «adquirido». Desde esta perspectiva, el concepto de formación alude a formación para algo: Formación docente, formación psicopedagógica, formación para la toma de decisiones, para el desarrollo, etc. Así que la formación siempre ligada a un contenido que la precisa, la delimita.

Este enfoque, desde la exterioridad, de la formación la considera como la adquisición de ciertas habilidades, conocimientos, modos de relación, cambio de actitudes, etc. Es decir, con el valor de un bien adquirible. Ferry (1991), también desde la exterioridad, complementa a Honore al considerar a la formación “como una función social de transmisión del saber, como suele decirse del saber-hacer o del saber-ser, que se ejerce en beneficio del sistema socio-económico, más generalmente, de la cultura dominante.” Vista así, la formación adquiere la dimensión de una necesidad imperante ante nuevas condiciones sociales y económicas. (Rodríguez, 1994)

² El acuerdo bilateral firmado entre México y Estados Unidos, implementado debido a la contingencia de la Segunda Guerra Mundial, en donde se estableció la contratación de mano de obra mexicana para trabajar el campo estadounidense. A la par se desarrolló de 1943 a 1945 el Programa de braceros ferroviarios, en donde “más de cien mil trabajadores fueron reclutados y contratados en México para trabajar en el mantenimiento de las vías férreas en Estados Unidos”, Driscoll (1996: 13).

³ El PTAT es un convenio firmado entre los gobiernos de México y Canadá, desde 1974, para incorporar a trabajadores agrícolas mexicanos, de manera temporal, a los campos de cultivo canadienses.

etapas de ajuste, pero comparten características generales que los definen: Migración temporal,⁴ agrícola y legal.⁵

No fue difícil entrar en contacto con los actores principales del proyecto. Mi pertenencia a la comunidad, a través de lazos consanguíneos y de una prolongada estancia en ella, hizo posible que el acceso a los relatos de los migrantes ocurriera de manera casi natural; gracias a ello logré que me contaran los episodios de su experiencia vivida, que hicieran el relato de lo que los condujo a ser migrantes (Bertaux, 1997). Otra circunstancia determinante para lograrlo fue que aunque, no poseo la experiencia de la migración, sí la tengo en el quehacer campesino dentro de la comunidad⁶; y esta práctica, como un espacio de mutuo reconocimiento, facilitó el camino a sus relatos de vida, a ese ámbito de formación que les proporciona los elementos esenciales para construir su identidad y que, asimismo, los define. La convivencia con ellos, con los actores principales, ha sido una práctica cotidiana que no inició como consecuencia del proyecto de investigación, sino como parte del día a día en una comunidad en la que *todos conocemos a todos*; sin embargo, el acercamiento a nivel más personal, favorecido por nuestras múltiples pláticas, sí fue propiciado por mi interés en los relatos de sus experiencias.

Quienes emprenden una investigación en humanidades, incluso los que como yo recién inician, saben que para explorar un tema es necesario experimentar una atracción basada en sentimientos muy profundos, que permitan sortear las dificultades y las desavenencias, incluso la incertidumbre y las carencias propias de todo proceso de este tipo. El estudio de la formación, en el contexto campesino tradicional, tiene para mí ese componente necesario porque mis referencias familiares comparten ese camino andado, y también porque es un campo de estudio que me ha permitido continuar formándome. Las trayectorias formativas de quienes se desempeñan como migrantes agrícolas temporales, en los campos de Estados Unidos y Canadá, es el objeto principal de este estudio; sin embargo, el tema se ha ido

⁴ El acuerdo vigente de ingreso trabajadores agrícolas temporales a los Estados Unidos admite únicamente a trabajadores del sexo masculino, en cambio el PTAT también incorpora la migración femenina.

⁵ Cfr., Durand (1998).

⁶ Durante mi infancia y adolescencia tuve la oportunidad de participar en el trabajo familiar campesino, con mis abuelos. Y en la temporada de siembra de 2007, también trabajé en *el campo*; en esa época tuve como compañeros a varios de los migrantes que después entrevistaría para este proyecto. Indudablemente que esa experiencia compartida me permitió el acceso a los espacios de mayor intimidad plasmados en sus relatos.

transformando a medida que hacía acopio de las experiencias y discusiones en los espacios académicos y tutoriales de aprendizaje, pero ha tenido siempre como referente el contexto de mi comunidad: San Andrés de la Cal.

La razón de ubicar el estudio en el contexto de esta comunidad de tradición campesina se complementa con un interés personal de hallar explicación al proceso de formación que, en buena parte, comparto con mis coterráneos. Mi familia es de origen campesino, además de que varios de ellos vivieron la experiencia de ser migrantes, otros fueron migrantes agrícolas temporales, desde la época de origen de este tipo de migración.

Demetrio, mi bisabuelo, se aventuró en el grupo de los primeros migrantes caleros que fueron a trabajar a los Estados Unidos en el primer tercio del siglo XX;⁷ no fue una experiencia agradable porque las condiciones de trabajo, como él mismo lo relataba, fueron denigrantes; Salomé, mi abuelo, también vivió la migración en una etapa posterior, cuando la precaria economía del pueblo hizo necesaria la búsqueda de otras formas de ingreso familiar; la discriminación y los malos tratos fueron igualmente una constante tanto del lado mexicano como del estadounidense; el trabajo era duro y los beneficios económicos escasos. Ellos decidieron no seguir migrando. Las historias que ambos contaban formaron parte de mi niñez y adolescencia, aunque en ese entonces me describían un mundo que me era imposible entender del todo, pues no alcanzaba a relacionarlo con mi propia formación. Hoy me doy cuenta que sus vivencias incidieron en mi vida más de lo que podría imaginar.

Antecedentes directos de este trabajo son los proyectos: *Comunidades de conocimiento en el municipio de Tepoztlán, estado de Morelos. Relatos de aprendizaje y vida productiva en torno al maíz*⁸ y *Comunidades agrícolas como comunidades de conocimiento en el Municipio de Tepoztlán: flujos migratorios, flujos de conocimiento y necesidades educativas*⁹, los dos coordinados por la Dra. Norma Georgina Gutiérrez Serrano. Estos

⁷ La modalidad de contratación en esa época, conocida como “enganche”, fue el precedente del Programa Bracero, que en un inicio reclutó braceros ferroviarios (1943 a 1945) y a la par (1942 a 1964) destinó trabajadores braceros a los campos agrícolas. Driscoll, Bárbara, *Me voy pa’ Pensilvania por no andar en la vagancia*, CISAN, UNAM, Conaculta.

⁸ Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, con financiamiento del Fondo Sectorial SEP, SEB-CONACYT, Convocatoria 2006.

⁹ Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, con financiamiento del Fondo Sectorial SEP, SEB-CONACYT.

proyectos se desarrollaron bajo enfoques multidisciplinarios y dieron como fruto sendas publicaciones. Tuve la invaluable oportunidad de integrarme al equipo que desarrolló el segundo proyecto, y estoy convencido que sin el apoyo temático, teórico, técnico y bibliográfico de ambos, no hubiera sido posible la realización de este trabajo.

Como tema de investigación, la migración de mexicanos hacia los Estados Unidos y Canadá es un fenómeno que se ha estudiado desde múltiples perspectivas; destacan, por su número, los estudios que se enfocan en la migración de tipo ilegal, hacia los Estados Unidos, principalmente. La migración de carácter legal también ha sido tema de investigación, aunque en menor grado. A nivel gubernamental, en ambos lados de las fronteras existe interés por estudiar el fenómeno, pero varían los enfoques. Para los estadounidenses y canadienses tiene que ver con una preocupación de matices políticos, principalmente; mientras que en México los estudios se basan, principalmente, en consideraciones económicas.

Desde el ámbito académico se ha ampliado el panorama para abordar el fenómeno, a partir de diversos enfoques. Destacan, como pioneros en el estudio de este importante campo, Manuel Gamio¹⁰ en México y Paul S. Taylor en los Estados Unidos. El mexicano, después de 1920, se enfocó al estudio de las migraciones y uno de sus aportes más reconocidos fue el que sostiene que la migración no sólo responde a factores de expulsión generados en México, sino que también obedecía a la demanda de mano de obra del país receptor, Estados Unidos. Igualmente es reconocido por ser uno de los primeros en utilizar como fuente documentos personales e historias de vida.¹¹

En contraste, Paul Taylor, la contraparte estadounidense, fijó su interés en “el estudio de temas sobre la vivienda, la migración infantil, femenina, asimismo se interesó en investigar cómo vivían, gastaban y ahorraban los migrantes. Fue pionero en temas como el estudio del retorno de los migrantes a partir de las diferencias de género, en donde encontró que las

¹⁰ Gamio es conocido en el ámbito académico en mayor medida por sus trabajos sobre indigenismo, y por su dirección al frente de Instituto Indigenista. Junto con Ernesto Galarza, nominado para el premio Nobel de Literatura, fue asesor durante la primera fase de negociaciones del Programa Bracero, véase Durand, Jorge (2007) . Citado por Zapata, 2009.

¹¹ Un texto que condensa este trabajo es *El inmigrante mexicano: La historia de su vida*, (1931), que fue publicado primero en inglés. Citado por Zapata, 2009.

mujeres tienden mucho más a una migración definitiva. Como Gamio, incluyó en su trabajo otro tipo de registro documental, tal como la fotografía”. (Zapata, 2009: 4)

A lo largo de varias décadas, los estudios sobre la migración¹² han analizado las problemáticas relacionadas con dicho fenómeno, principalmente desde visiones sociológicas y antropológicas, y menos desde la perspectiva histórica o pedagógica.

Es por ello que un lugar, como San Andrés de la Cal, que permite el estudio de la formación desde una perspectiva amplia -que abarca a los lugares comunes, a la familia, al trabajo campesino y sus dificultades, a la inserción laboral, a las tradiciones, y no sólo a la institución escolar-, representa la oportunidad de avanzar en el entendimiento de los alcances del tipo de migración agrícola temporal en contextos comunitarios.

Como ya mencioné antes, reconocer a los migrantes temporales como los actores principales del estudio también me permitió revalorar o, más bien, valorar en su justa dimensión, la experiencia contenida en sus relatos; principalmente porque dicha experiencia se constituía en material de primera mano al “reducir el campo de observación a un tipo particular de recorrido o de contexto”, y permitir “llegar a generalizar en el estudio de la formación de trayectorias biográficas” (Bertaux, 1997: 20). Además, al ser sus voces las que rememoraban esa experiencia, la fuente adquiría un valor intrínseco puesto que “la mayoría de los trabajos al respecto inciden más en temas externos a la opinión de los propios actores sobre su participación en este proceso migratorio” (Zapata, 2009: 7). Así, el proyecto pasó de un enfoque que consideraba a los migrantes como parte del grupo de actores dentro del espacio contextual delimitado por la agricultura campesina, la migración agrícola temporal y la educación, a ser un proyecto que sustenta el análisis en la voz de los migrantes agrícolas temporales como fuente principal, a partir del ejercicio de traer a la memoria sus experiencias de formación en etapas anteriores, simultáneas y posteriores a la migración.¹³

¹² Son especialmente abundantes los estudios sobre el Programa Bracero, desde variadas perspectivas. Zapata (2009), como parte de su estudio, ofrece una interesante bibliografía comentada respecto al tema.

¹³ Según Zapata (2009), “Quien trabaja con la memoria requiere de un ejercicio que contemple los recuerdos, olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Ya que hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas”. Cfr. Jelin (2001).

La formación, con la característica específica de ser producto de un contexto campesino tradicional con un alto flujo migratorio internacional, resulta un objeto social susceptible de ser abordado al dar origen a una ‘categoría de situación’ (Bertaux, 1997), cuyos representantes son campesinos que migran de manera legal, año tras año, hacia los Estados Unidos y Canadá para laborar en sus campos agrícolas, pero que mantienen fuertes lazos con su comunidad. El objetivo fue analizar cómo los campesinos de San Andrés llegan a ser migrantes agrícolas temporales, y cuál es el papel de su contexto sociocultural en ese recorrido o trayectoria.

Desde luego, la voz de los migrantes no aparece aquí como una versión absoluta, sino como una versión *plurivocal* que amalgama la voz de ellos mismos como actores, pero también la voz de los autores que aportan la materia prima del análisis, así como la mía propia como constructor de la trama de la narración (Nosei, 2010), y como miembro de la comunidad. Se trata pues de la interpretación de las narraciones que constituyen los relatos de vida de los migrantes entrevistados, de sus voces, pero también de mi *yo dialógico*,¹⁴ basado en la expresión polifónica de la comunidad. Es, sintetizando, también un ejercicio de autointerpretación (Bolívar, 2001:27).

Los relatos de los migrantes, como un ejercicio de “traer a la memoria”, es un mecanismo esencial para acceder a sus experiencias; de ahí importancia de la memoria como concepto. Así que lo utilizo aquí para trabajar con el recuerdo de un contexto grupal y social específico, como referente de aquello que es imposible recordar o recrear del pasado sin un referente. Según Jelin (2001), los contextos sociales que enmarcan a la memoria se inscriben en un tiempo y espacio determinados. Esto es, son culturalmente variables e históricamente construidos.

¹⁴ El concepto de yo dialógico se refiere a un modelo de yo contemporáneo, una especie de yo de carácter blando y múltiple, Hermans (2004), en contraposición a la tradición mediterránea que establece la premisa de que “la persona parezca ser concebida como una persona íntegra y exclusiva. Es decir, no hay lugar para otros aspectos de la individualidad personal que queden fuera del molde religioso en el que uno ha sido educado, y mucho menos que puedan entrar en conflicto con él”, Pinxten, Rik, *La cosmopolítica y el yo dialógico*, Revista CIDOB D’afers Internacionals 88, Comunicación, Espacio Público y Dinámicas Interculturales, diciembre de 2009, p. 57

Respecto a la recuperación de los relatos que constituyen la memoria, éstos deben ser entendidos según la definición de Aceves (1999: 110), quien menciona que la memoria no tiene la intención de ser una reconstrucción fiel del pasado “sino reconstrucciones y versiones de lo vivido/acontecido. La memoria recupera y retiene lo que le ha parecido más relevante preservar y transmitir.”

Para la recuperación de la memoria de esas voces de los migrantes, echo mano de dos herramientas metodológicas: la historia oral y los relatos de vida. La primera, como una práctica de investigación que permite observar la manera como los sujetos sociales viven o son afectados por los procesos históricos de su tiempo, así como la manera en que interpretan éstos subjetivados por ellos. La importancia de esta herramienta radica en que “puede llenar los silencios y las ausencias que el material documental contiene... aporta más datos sobre los efectos de los cambios político-económicos, la distribución del gasto familiar, los hábitos, las costumbres, la vida diaria, y la forma cómo son percibidas por el hombre común o el marginado las decisiones políticas o la historia.” (Aceves, 1999: 21)

La historia oral permite la construcción de “nuevas fuentes”, para la versión propia de los nuevos actores sociales. (Aceves, 1997)

Por su parte, el relato de vida es un enfoque cualitativo que forma parte –junto con la historia oral, las historias de vida y los testimonios orales– de las fuentes orales, que Aceves ha denominado como “fuentes vivas de la memoria”. La utilización de esta herramienta permite acceder a la “descripción de los acontecimientos y experiencias más significativas de la vida del narrador, en sus propias palabras” (*Ibíd.*: 13). Para Bertaux (1997: 9) “el relato de vida resulta de una forma particular de entrevista, la entrevista narrativa, en el curso de la cual un investigador demanda a una persona desde aquí denominado ‘sujeto’ relatar toda o una parte de su vida”. Como metodología, el relato propicia versiones diferentes de un mismo acontecimiento, son los matices de una sola versión o hecho. “El relato de cada informante pone de manifiesto, de manera especialmente vívida, la colectividad existente gracias a la interacción de individuos comunes...” (Castillo, 1999: 40). La perspectiva del relato

es resueltamente objetivista, en el sentido de que su objetivo no es captar al interior los esquemas de representación o los sistemas de valores de una persona aislada, ni incluso los de un grupo social, sino estudiar un fragmento particular de la realidad sociohistórica: un objeto social; comprender cómo funciona y cómo se transforma, poniendo el acento sobre las configuraciones de relaciones sociales, los mecanismos, los procesos, las lógicas de acción que los caracterizan. (Bertaux, 1997: 10-11)

Así que desde esta perspectiva, el relato de vida no excluye otras fuentes.¹⁵

El concepto utilizado para analizar el proceso de formación de los migrantes concibe a éste como una trayectoria formativa, es decir “una línea de vida o carrera, o un camino a lo largo de toda la vida, que puede variar o cambiar de dirección, grado y proporción” (Elder, 1991: 63, citado en Blanco, 2001; Giele y Elder, 1998). Para Elder, la importancia de este enfoque radica en que la trayectoria no supone ninguna secuencia en particular, ni determinada velocidad en el proceso del propio tránsito; al mismo tiempo que el concepto no se aplica únicamente al dominio laboral, sino se extiende a otras esferas vitales del curso de vida tales como la escolar, conyugal, reproductiva o laboral. Esta noción de trayectoria, en el contexto del estudio, es fundamental porque el enfoque que se utiliza para el análisis de la formación de los migrantes abarca un panorama más amplio que el atribuido a la escuela como principal institución formadora; incluye la cotidianidad comunitaria, la organización familiar y social, los espacios de socialización y trabajo, las redes para la migración y, en el caso de los migrantes agrícolas temporales, la experiencia en el trabajo campesino.

Contenido de los capítulos

La tesis está integrada por cinco capítulos. El primero aborda la historia de la región cultural de Tepoztlán a partir del referente de los flujos migratorios que incidieron en ella; se resalta al proceso migratorio como un indicio de las tensiones emergidas en el interior de la región en distintas etapas de su conformación. El punto de partida son los límites míticos, y se continúa después por las etapas históricas.

¹⁵ Bertaux menciona las estadísticas, textos normativos, entrevistas con informantes situados en posición “central” o la observación directa de sus comportamientos.

Se desarrolla también un acercamiento al tema de la migración actual, a partir de los antecedentes en las relaciones y políticas migratorias entre México con los Estados Unidos y Canadá para la contratación de mano de obra mexicana en esos países.

El capítulo dos es una caracterización socio-demográfica de la comunidad de estudio, poniendo énfasis en la accesibilidad a los servicios, tanto sociales como educativos, que la identifican. Se aportan datos para conformar el perfil agrícola, así como de las otras formas de ingresos. Asimismo se efectúa un análisis del perfil educativo de la población a partir de datos estadísticos, y se aborda el tema de la organización comunitaria y ceremonial.

En el tercer capítulo se establecen los antecedentes de la migración agrícola temporal, poniendo énfasis en el escenario agrícola que le dio origen: características de la siembra campesina, la práctica del cultivo de jitomate y la consecuente irrupción del paquete tecnológico basado en agroquímicos como factores que propiciaron la crisis de la agricultura campesina, facilitando el establecimiento de la migración como una opción para enfrentar las necesidades económicas.

El cuarto capítulo es un análisis de la agricultura vista desde la perspectiva de la institucionalización, propuesta por Berger y Luckmann, la cual toma como referente la forma en que los *caleros* expresan la realidad de la vida cotidiana en su comunidad, sus procesos de socialización, las formas de la cotidianidad y cómo estos procesos son permeados por la tradición campesina y sus elementos constitutivos.

El quinto y último capítulo aborda las trayectorias formativas de los migrantes temporales; se discute el concepto de trayectoria; se analiza la intervención de la familia, la escuela, la socialización, el trabajo, el plan de vida, en la construcción de la identidad, la pertenencia y la formación en el contexto de esta comunidad.

Aspectos metodológicos

El estudio, en su parte cuantitativa, partió de la información obtenida por el Censo Sociodemográfico San Andrés 2008-2009¹⁶, que permitió caracterizar a la comunidad, así como la identificación de los hogares y sujetos de estudio. Datos primordiales, como el número de migrantes de la comunidad, los hogares con jefes de familia migrantes, los hogares con padres, hijos y hasta nietos migrantes, el número de temporadas de migración como experiencia de cada individuo, los promedios de escolaridad, entre otros muchos datos, fueron producto de este instrumento de recopilación.

La parte cualitativa, base de la caracterización de las trayectorias formativas de los sujetos de estudio, estuvo conformada por las entrevistas (todas ellas encaminadas a la recopilación de los relatos de vida); la contextualización histórica se basó en fuentes documentales, pero también en las historias que, gracias a la tradición oral, forman parte del acervo cultural de la comunidad, y a las cuales tuve un acceso privilegiado al ser oriundo de ella.

La parte complementaria, que contextualiza el estudio en los planos temporal y espacial, se hizo a partir de los sujetos; en sus relatos pude hallar los antecedentes sociales que permitieron el inicio de las migraciones temporales en la comunidad. De ahí mi interés, y necesidad, de escuchar a los migrantes en su contexto.

Con base en lo anterior testifico que el relato de vida, como instrumento epistemológico de recopilación de datos, me permitió acceso a la información que cimienta la investigación. El guión de entrevista, que utilicé para documentar los relatos de vida de los migrantes, fue diseñado para recabar información del ámbito familiar en la infancia de los entrevistados, enfocándose en aspectos generales de la rutina diaria de aquella época, así como de la inserción –en su relato– de los demás miembros de la familia nuclear; asimismo se enfocó en aspectos tales como la diferenciación de las actividades familiares y escolares, circunstancias del abandono escolar, decisión de migración, condiciones de expulsión, redes de ayuda para la migración, condiciones laborales de la migración, importancia de la

¹⁶ Proyecto: *Comunidades agrícolas como comunidades de conocimiento en el Municipio de Tepoztlán: flujos migratorios, flujos de conocimiento y necesidades educativas*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, con financiamiento del Fondo Sectorial SEP, SEB-CONACYT

experiencia agrícola previa a la migración, el contexto comunitario, las circunstancias de vida pre-migratorias, las actividades estacionales fuera del periodo migratorio, la vida familiar, las proyecciones para el futuro, y la escuela en la educación de los hijos. El objetivo del guión de la entrevista para los relatos de vida, fue acotar la información de tal manera que se tocaran los aspectos mencionados anteriormente; es decir un abordaje del contexto familiar, y no solo la vida de los migrantes, teniendo como hilos conductores a la formación en el seno familiar –sin descuidar el ámbito escolar–, así como aquellas circunstancias que favorecieron su inserción en el proceso migratorio. La intención, desde luego, fue propiciar la narratividad a través de la entrevista. Objetivo que, considero, pude lograr en buen grado; sin embargo, debo señalar también que el grueso de la información fue producto de las charlas con mis coterráneos en cuyas circunstancias la narratividad de los migrantes agrícolas temporales fue superada por la de quienes, dejando a un lado esa circunstancia que la vida les impuso, tuvieron a bien distinguirme con sus relatos e historias en condiciones de amistad, compañerismo e igualdad que sólo son propicios en los lugares de socialización más espontáneos, como los jaripeos, las fiestas, las mayordomías, los encuentros en el campo, las pláticas de esquina, en rituales y juntas comunitarios, o con la frescura y relajamiento que propician unas cuantas cervezas.

En un principio había contemplado también la posibilidad de obtener las voces de la esposa e hijos mayores de los migrantes, el objetivo de ello era complementar el escenario de la migración en el seno familiar, a partir de entrevistas enfocadas en la cotidianidad y expectativas de estos miembros de la familia durante el periodo migratorio y durante las estancias del jefe de familia en el hogar. Sin embargo, esta otra fuente, por la riqueza de la información y por constituir una mirada más extensa del estudio que implicaría en sí misma una atención más minuciosa, fue necesario dejarla pendiente para un estudio posterior.

La importancia de los relatos de vida de estos migrantes se confirmó al dar cuenta de la construcción de sus trayectorias; y al caracterizar este proceso con los signos y significados adquiridos con sus experiencias. Esas experiencias, transmutadas en verdades de su realidad cotidiana, permitieron dar cuenta de ese objeto de estudio. Y a partir del relato de vida fue posible analizar y describir las trayectorias formativas de migrantes agrícolas

temporales como parte de proceso social e histórico que extiende su influencia en distintos ámbitos de la cotidianidad de esta comunidad.

Objetivo general

Analizar las trayectorias formativas de migrantes agrícolas temporales en un contexto de tradición agrícola campesina y migración internacional.

Objetivos específicos

- a) Identificar las características de los perfiles histórico, agrícola, educativo y migratorio de la comunidad de San Andrés de la Cal.

- b) Analizar las relaciones de la educación, la agricultura y la migración en la trayectoria formativa de los migrantes temporales de San Andrés.

- c) Caracterizar las trayectorias formativas de los migrantes agrícolas temporales de la comunidad de estudio.

Capítulo I

La región tepozteca. Historia y migración

Antecedentes

En el presente capítulo se aborda la historia de la región cultural de Tepoztlán a partir del referente de los flujos migratorios que incidieron en ella. Se dimensiona a la migración como uno más de los elementos que le dieron origen a esta región y que, a lo largo de su historia, se halla presente como un indicio de las tensiones emergidas en su interior en distintas etapas de su conformación. Es por ello que se explora en el proceso migratorio que dio origen a la región cultural, partiendo de sus límites míticos, abordándolo después por etapas históricas como la influencia xochimilca, la del imperio azteca, la época colonial, la etapa independentista, el porfiriato, la revolución, hasta arribar a la segunda mitad del siglo XX. Se aborda el fenómeno migratorio a partir del recorrido historiográfico en textos de autores que han desarrollado la temática.¹⁷

La migración es uno de los procesos fundamentales de la supervivencia del hombre como especie y ha sido también un elemento en su búsqueda del mejoramiento de sus condiciones de existencia. Antes de la cultura como producto del hombre, es posible referir a la migración como elemento esencial en la historia de la conformación de la cultura de los pueblos.

Los procesos de intrincadas migraciones que acontecieron en el territorio que llegaría a conformar nuestro país, permiten deducir el asentamiento de los grupos humanos que produjeron las primeras culturas, así como las relaciones que establecieron entre sí. En ese sentido, la estratégica localización en el centro mismo de Mesoamérica dio a la región, que con el tiempo llegaría a conformar el estado de Morelos, una importancia relevante en cuanto paso obligado de importantes migraciones desde tiempos prehistóricos.

La historia de la migración en la región tepozteca es una revisión obligada del contexto y su conformación porque, además, puede ayudar a comprender una dimensión más de la

¹⁷ Textos de autores como Manuel Mazari, Druzo Maldonado, Oscar Lewis, entre otros.

subjetividad de los campesinos migrantes en la actualidad, como un factor determinante en las actuales situaciones que enfrentan sus pobladores.

Mito e historia en el imaginario cosmogónico de Morelos

Las interrogantes respecto a la identidad, al origen, así como del carácter de las migraciones de esos primeros grupos que se establecieron en el territorio del actual estado de Morelos, pertenecen todavía al terreno de las conjeturas históricas.

Una de las versiones sobre el origen de estos asentamientos humanos nos habla de un grupo de otomíes que, viniendo del noroeste, poblaron la región central del actual estado de Morelos. Las hipótesis indican que se trata de una época tan remota en la historia de Mesoamérica, anterior a la formación de los imperios, y que está caracterizada por la permanente movilidad de los grupos humanos en busca de su sustento (Mazari, 1986).

Otra versión argumenta la localización de la mítica *Tamoanchán* en el sur del actual territorio morelense.

La tradición oral, que Fray Bernardino de Sahagún compiló a través de sus informantes, da cuenta de la mítica llegada del pueblo fundador de *Tamoanchán*:

Ha años sin cuenta que llegaron los primeros pobladores a estas partes de la Nueva España, que es casi otro mundo, y viniendo con navíos por la mar aportaron al puerto que está hacia el norte; y porque ahí se desembarcaron se llamó *Panutla*, casi *Panoayan*, lugar donde llegaron los que vinieron por la mar, y al presente se dice aunque corruptamente *Pantlan*. Y desde aquel puerto comenzaron a caminar por la ribera del mar mirando siempre las sierras nevadas y los volcanes, hasta que llegaron a la provincia de Guatimala, siendo guiados por su sacerdote, que llevaba consigo a su dios de ellos, con quien siempre se aconsejaba para lo que habían que hacer. (Sahagún, 2006: 592-593)

Quiénes eran los hombres de este pueblo, de dónde vinieron y los motivos que tuvieron para su peregrinar civilizatorio, son preguntas que han tratado de responder varias generaciones de estudiosos. En la versión que transcribe Sahagún, estos hombres sabios:

...fueron a poblar *Tamoanchan*, donde estuvieron mucho tiempo y nunca dejaron de tener sus sabios o adivinos que se decían *amoxoaque*, que quiere decir hombres entendidos en las pinturas antiguas, los cuales aunque vinieron juntos, pero no se quedaron con los demás en *Tamoanchan*, porque dejándolos ahí se tornaron a embarcar y llevaron consigo todas las pinturas que habían traído de los ritos y de los oficios mecánicos. (Sahagún, 2006: 593)

Tamoanchán, la ciudad olmeca de sabios dedicados al cultivo de las ciencias y de las artes, habría sido una especie de paraíso terrenal desde el cual se dio origen a la civilización. Un lugar en el que cuatro sabios olmecas (*Oxomoco*, *Cipactonal*, *Tlaltetecui* y *Xuchicaoaca*) sentaron las bases de la civilización a partir del arreglo del calendario, la expresión artística por medio de la pintura, el principio del cultivo del maíz a partir del mejoramiento de la semilla silvestre (*teocintli*), la invención del pulque, el arreglo de la astrología como principio de gobierno, la interpretación de los sueños, el principio de inhumación de los cadáveres, y la construcción de edificios (Plancarte y Navarrete, citado por Mazari, 1986).

En la versión de Sahagún, atravesada por la visión eclesiástica, los fundamentos de sabiduría demostrados por el pueblo fundador de *Tamoanchán* sólo podía tener un origen demoniaco:

Y estando todos en *Tamoanchan*, ciertas familias fueron a poblar a las provincias que ahora se llaman *Olmeca*, *Uixtoti*, los cuales antiguamente solían saber los maleficios o hechizos, cuyo caudillo y señor tenía pacto con el demonio y se llamaba *Olmecatli Uixtotli*, de quien tomando su nombre se llamaron olmecas *uixtotin*. (Sahagún, 2006: 594)

Algunos estudiosos del tema, como Manuel Mazari quien fundamentó gran parte de sus suposiciones en los estudios de Francisco Plancarte y Navarrete¹⁸, creyeron que los olmecas fundaron *Tamoanchán* en *Chimalacatlán*, una rancharía de la Sierra de Huautla, al sur del

¹⁸ Obispo de Cuernavaca de 1899 a 1909. Sus hallazgos arqueológicos en Morelos le permitieron escribir su obra titulada *Tamoanchán, el estado de Morelos y el principio de la civilización en México* (publicada en 1934 por la editorial El Escritorio), en donde presenta una teoría en la que ubica en Morelos ese mítico lugar, paraíso donde moraban los dioses. Basó sus estudios en la obra de Fray Bernardino de Sahagún.

actual estado de Morelos. Según esa versión, de ese lugar partirían las nuevas migraciones de los olmecas hacia otras tierras; principalmente hacia el este y sureste, donde los territorios de los actuales estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Chiapas, Oaxaca, y Yucatán, y aún más al sur, hacia Guatemala.

Los estudios realizados por Plancarte (1934) se basaron en incursiones arqueológicas en la región descrita, además de la exploración de un monumento cuyas ruinas yacen en las inmediaciones del antiguo asentamiento de Chimalacatlán. En su opinión, estas ruinas podrían ser las de la mítica *Tamoanchán*, que además de ser la ciudad-paraíso erigida por los olmecas, era también un fortín contra las frecuentes incursiones de las tribus provenientes del Sur. El origen y filiación cultural de los constructores, así como las funciones del emplazamiento, forman todavía del debate arqueológico. Desafortunadamente sólo pueden establecerse conjeturas respecto a la época en que llegaron y cuándo se fueron, pero es muy probable que eso ocurriera antes de la llegada de cualquier otro grupo cultural.

La influencia de los olmecas puede entrecerse a partir de los rasgos culturales que heredaron a culturas posteriores y que éstas incorporaron a su arquitectura, alfarería, y otras expresiones artísticas. Sin embargo, el abandono olmeca del territorio morelense no está bien definido. Es probable que no haya ocurrido una migración súbita desde la ciudad de *Tamoanchán*, y que su población fuera poco a poco decreciendo, avasallada por los pueblos bárbaros, o por las sequías y escasez de alimentos, o también por el llamado a un éxodo religioso. En ese sentido, las conclusiones de Mazari (1986) son que los olmecas habitaron en Morelos durante la Tercera Edad del Mundo, en la edad del Tercer Sol, y que después de haber influenciado culturalmente a otros pueblos que permanecieron en la región, se fusionaron con ellos, dejando una huella en su cosmogonía, en sus costumbres, en la tecnología agrícola, en la arquitectura y en otras manifestaciones.

Parte de los relatos de la migración olmeca se conservaron, desde tiempos muy remotos, a través de la tradición oral; sin embargo los constantes flujos migratorios que caracterizaron a la época prehispánica de Mesoamérica pudieron, al paso de los siglos, hacer mella en la conservación y transmisión de esa rica tradición oral, hasta el punto de imbricarla con el

mito, incorporándolo al imaginario de la cosmogonía morelense. Aunadas a los relatos, las observaciones de Plancarte, las anotaciones de Sahagún que sirvieron como fundamento al primero, así como las argumentaciones de Mazari en favor de la posibilidad de que Morelos haya sido la cuna de la mítica ciudad, subsisten en el terreno del debate histórico como pioneras de la investigación acerca de los orígenes históricos de la cultura en Morelos.

Rasgos culturales en Morelos

No se sabe con certeza cuánto tiempo pasó desde la desaparición de los olmecas como una cultura homogénea en la región, hasta la llegada de otros grupos y sus influencias culturales. Pudo ser la llegada de un pueblo con su cultura, producto de una migración conjunta, o probablemente fue un proceso de larga duración el que permitió la incorporación de elementos culturales externos. Es fácil suponer que el contacto pudo haberse establecido a partir del comercio y el intercambio con otros pueblos no tan lejanos geográficamente.

Existen en Morelos varios sitios arquitectónicos que confirman la presencia de los olmecas en sitios como *Chalcatzingo* (1000-500 a.C.), al sureste del estado, que llegó a ser el centro de intercambio cultural y comercial más importante del Altiplano Central alrededor del año 500 antes de Cristo (Hirth, citado por Maldonado, 1990: 23). El sitio de *Las Pilas*, también de influencia olmeca, ubicado a tres kilómetros de *Chalcatzingo*, fue ocupado entre los años 600 a 100 antes de la Era Cristiana (Martínez Donjuan, citada por Maldonado, 1990, 24).

Respecto a la influencia cultural de otros pueblos, existen indicios de que fueron los matlatzincas quienes, incursionando desde el oeste del actual Morelos, establecieron al sur de Tenango del Valle, en *Cuauhchichinola* (750-95 d. C.), un centro de influencia comercial. Smith (citado por Maldonado, 1990: 25), argumenta la intervención matlatzinca basado en el hallazgo de glifos paralelos en Xochicalco y Tenango, los cuales parecen apuntar hacia la presencia de un idioma común, el matlatzinca.

El influjo de diversas culturas externas a la región pueden observarse en monumentos arquitectónicos como la ciudad de *Xochicalco*, “que alcanzó su máximo esplendor entre los años 600 a 900 d. c. y en la cual se observa notablemente la influencia de culturas de

diferentes partes de Mesoamérica como la teotihuacana, zapoteca, maya, de El Tajín, mezcala, nahua, e inclusive tolteca” (Maldonado, 1990: 25).

El idioma *náhuatl*, como elemento cultural, pudo haber sido introducido posteriormente en la región. Esto ocurriría alrededor de los años 1000 a 1300 d. C., traído, probablemente, por los toltecas, quienes se asentaron como los primeros habitantes del México central alrededor de los años 950-1175 d. C., y cuyo asentamiento principal, *Tula*, se halla a una distancia relativamente cercana a Morelos. Sahagún reconoce en su obra la influencia tolteca en la cultura de Mesoamérica:

Allí hay muchas casas edificadas debajo de la tierra, donde dejaron muchas cosas enterradas los dichos toltecas, y no solamente en el pueblo de *Tullan*, y *Xicotitlan*, se han hallado las cosas tan curiosas y primas que dejaron hechas, así de edificios viejos, como de otras cosas, etc., pero en todas partes de la Nueva España donde se han hallado sus obras, así ollas, como pedazos de tejuelas de barro, de todo género de servicio, y muñecas de niños, y joyas y otras muchas cosas por ellos hechas; y la causa de esto es, porque casi por todas partes estuvieron derramados los dichos toltecas. (Sahagún, 2006: 579)

Posteriores al periodo tolteca se dieron varios movimientos migratorios de Norte a Sur. Los idiomas que se hablaban antes de la introducción del náhuatl eran, incluido el matlatzinca u ocuilteca en el Oeste, el mixteco y popoloca al Este (Smith, citado por Maldonado, 1990: 25-27).

La Influencia xochimilca y tlahuica en la región tepozteca

Durante el Posclásico, tiempo inmediato al derrumbe del imperio Tolteca, ocurre la mayor afluencia de pueblos migrantes tanto hacia el Valle de México como hacia los valles circunvecinos; y ello como consecuencia de la diáspora de los grupos nahuas salidos del mítico *Aztlán*. Aunque existen discrepancias entre los historiadores respecto a cuáles y en qué orden llegaron los pueblos nahuas al Valle de México, es indudable que quienes tuvieron mayor influencia en Morelos fueron los xochimilcas y tlahuicas (Maldonado, 1990). Los primeros ocuparon en el Noreste los pueblos de *Ocuituco*, *Tetela del Volcán*,

Ueyapan, Tlalmimilulpan, Xumiltepec, Tlacotepec, Zacualpa, Temoac, Tlayacapa, Totolapa y Tepuztlán (Durán, citado por Maldonado, 1990: 29). En el Oeste, en Cuernavaca, se asentaron los tlahuicas y se extendieron hacia el este en Yautepec, *Huaxtepec* (Oaxtepec) y *Yacapichtlan* (Yecapixtla). El dominio de xochimilcas y tlahuicas en Morelos, incluidos control político y social, permaneció desde la llegada de los grupos nahuas (1200-1220 d. C.) hasta la conquista española.

Tlahuicas y xochimilcas fueron asediados, desde el siglo XIV, por los mexicas otro grupo nahua que actuaba como mercenario del imperio tepaneca. Los mexicas pagaban su tributo a los tepanecas (desde 1345, año en que fundan su capital en Tenochtitlan, hasta 1428 en que fueron liberados por Chimalpopoca) actuando como mercenarios en las conquistas de los pueblos circundantes; esto incluía a los de la parte vecina de Morelos. Sin embargo las conquistas tepanecas, a cargo de los mexicas, no afectaron mayormente a los tlahuicas y xochimilcas que dominaban la región morelense; en cambio se establecieron alianzas políticas entre el imperio tepaneca y *Cuauhnáhuac*, capital del reino tlahuica. Algunas versiones sugieren que *Cuauhnáhuac* sí fue conquistada por los tepanecas, otras se inclinan por una influencia tepaneca que le permitía gozar de cierta autonomía (Maldonado, 1990). En cuanto a Tepoztlán, al parecer se mantuvo al margen, bajo la influencia xochimilca, de las pretensiones de conquista de los tepanecas, puesto que no se le menciona en las crónicas del periodo mencionado.

El dominio de la Triple Alianza. Economía, sociedad, cultura y flujos migratorios

Al derrumbarse el imperio tepaneca, 1426 o 1427, según Jiménez Moreno (citado por Maldonado, 1990: 39), bajo el embate de la Triple Alianza (mexicas, acolhuas y tepanecas de *Tlacopan*) inicia la expansión de los mexicas. En Morelos conquistaron a los tlahuicas de *Cuauhnáhuac, Yautepec, Jiutepec*, y los demás pueblos de su dominio; a los xochimilcas de *Tepoztlán, Totolapan, Tlayacapan, Tetela, Ocuituco* y los demás pueblos bajo su autoridad, los conquistaron alrededor de 1438. Las versiones varían respecto al pago de tributos que debían efectuar los tlahuicas y xochimilcas a los aliados de la Triple Alianza; también existen diferencias de la información respecto a quiénes conquistaron a qué pueblos y territorios. Tanto Tepoztlán como los pueblos de la parte noreste del estado de

Morelos, pagaron tributo, a partir de entonces, a los *mexicas-tenochcas* (aztecas) específicamente.¹⁹

Después de la conquista del territorio de Morelos, la Triple Alianza estableció una categoría política llamada *tlatocayotl*²⁰, que después serían llamados señoríos, término introducido por los españoles (Broda, 1980); esta categoría designaba a una ciudad-estado dentro del sistema de tributo. Los *tlatocayotl* tenían a su cargo otras entidades menores llamadas *estancias*, las cuales demarcaban sus límites territoriales; estaban custodiadas por una unidad militar y habitadas por *macehuales* (grupos de recolectores-agricultores, o artesanos) que conformaban la parte más baja de la pirámide social (Carrasco, 1977).

Tepoztlán, el pueblo de la cabecera municipal de hoy en día, fue designado en ese entonces con la categoría política de *tlatocayotl* y sus actuales pueblos aledaños funcionaron como estancias. El tributo que el *tlatocayotl*, por estar bajo el dominio mexica, debía pagar consistía en papel amate, algodón, cal, maíz, servicios personales y trabajo. Dentro de esta última categoría de tributo había dos modalidades, las cuales menciono aquí puesto que una de ellas implicaba la movilidad de individuos hacia otras latitudes, se trata del trabajo *pasado* y trabajo *vivo* –este consistía, principalmente, en la prestación de servicios guerreros en las conquistas de la Triple Alianza-²¹, o en la participación en los sacrificios gladiatorios instituidos por *Tlacaélel* (Maldonado, 1990).

El dominio azteca sobre Tepoztlán duró aproximadamente cien años; durante este periodo la vida cotidiana estuvo caracterizada por una relativa estabilidad derivada de la protección que obtenía por ser parte del imperio. Así que las actividades económicas del *tlatocayotl* se

¹⁹ *Códice mendocino*, 1979, f. 5v. y 6; 7v. y 8; *Leyenda de los Soles*, 1975, 128. Citado por Maldonado, 1990.

²⁰ El *tlatocayotl* estaba constituido por un territorio delimitado que contenía una comunidad central y varios asentamientos en las estribaciones del mismo que funcionaban como puestos de vigilancia y resguardo militar. La función del *tlatocayotl* era política y económica y proporcionaba un sistema de control que permitía al imperio la recaudación de los tributos. Para obtener información más detallada acerca de las funciones del *tlatocayotl* véase Broda, 1980.

²¹ Existen datos de la participación de los tlahuicas en las campañas de conquista, de la Triple Alianza, en contra de Oaxaca y Tlaxcala. Esta participación estaría condicionada como parte del tributo, en trabajo vivo, que debían pagar. De igual manera, los conquistados de la región tlahuica-xochimilca, pagaron en tributo con trabajo vivo durante la gran obra de ampliación del templo mayor. Esto ocurrió durante el gobierno de Moctezuma I, en la primera mitad del siglo XV. Posteriormente, durante Axayácatl, Tepoztlán y el resto de los pueblos conquistados, tributaron servicios de guerra contra los de Michoacán; con Ahuizotl en la campaña militar contra el Xoconochco; con Tizoc, acudieron a su investidura como gobernante del imperio.

desarrollaran con cierta paz. En aquel periodo Tepoztlán producía, además de lo que hemos mencionado anteriormente, mantos de algodón, telas, papel amate, cerámica, escudos e indumentaria para la guerra y frijol. Los productos no agrícolas tenían mayor importancia porque el tributo que debía pagarse a la Triple Alianza era más abundante en ellos, y los cultivos representaban un porcentaje reducido; la producción agrícola estaba en segundo término y se destinaba casi exclusivamente al sustento familiar. Es probable que ese fuera un periodo de relativa prosperidad en la que la población de la región mantuvo un crecimiento estable gracias a la seguridad que le proporcionaba el imperio, y a la relativa autonomía en la agricultura. La visión agrícola de los pueblos prehispánicos estaba encaminada a la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación, de autosustento, por lo que la producción, aún en la época del imperio azteca, se distribuía local y regionalmente. En las sentencias recopiladas por Sahagún, respecto a la agricultura, se observan los fundamentos de esta visión, así como la importancia del trabajo agrícola:

Y procurad de saber algún oficio honroso, como es el de hacer obras de pluma y otros oficios mecánicos, también porque estas cosas son para ganar de comer en tiempos de necesidad, mayormente que tengáis cuidado de las cosas de la agricultura porque estas cosas la tierra las cría, no demandan que las den de comer o beber, que la tierra tiene este cuidado de criarlas.

... porque si solamente tuvieres cuidado de tu hidalguía y de tu nobleza, y no quisieres entender en las cosas ya dichas, en especialmente de las de la agricultura, ¿con qué mantendrás a los de tu casa? ¿Y con qué te mantendrás a ti mismo?

Conviene que tengáis cuidado de las cosas necesarias a nuestro cuerpo, que son las cosas de los mantenimientos, porque esto es el fundamento de nuestro vivir; y nos tiene (en sus) palmas.

Los mantenimientos del cuerpo tienen en peso a cuantos viven, y dan vida a todo el mundo, y con esto está poblado el mundo todo. Los mantenimientos corporales son la esperanza de todos los que viven para vivir. (Sahagún, 2006: 329)

Además, habría que considerar la rudimentaria tecnología agrícola, basada en el uso de la *coa* en el sistema de *tlacolol*,²² que no posibilitaba la explotación en mayor escala de las tierras del valle de Tepoztlán.

Como parte del imperio, Tepoztlán también gozó en aquella época de cierta libertad en determinados ámbitos; su condición de *tlatocayotl*, le permitió mantener su sistema de gobierno, el cual era anterior a la dominación azteca, y que abarcaba a las estancias de *Zacatepetl* (Santa Catarina *Zacatepetl*), *Amatlán* (La Magdalena *Amatlán*), *Tepetlapan* (Santiago *Tepetlapan*), *Xocotitlan* (Santo Domingo *Ocotitlán*), *Ixcatepec*, *Tlacotenco* (San Juan) y *Tenextitla* (San Andrés de la Cal); sin embargo la clase noble tepozteca se vio engrosada por familias de filiación azteca que, por mandato del emperador, se mudaron a Tepoztlán con el objetivo de estar al día del devenir tepozteca y vigilar los intereses del imperio. Estas familias, cuyos jefes eran llamados ‘principales’, tenían la autoridad para mediar la interacción entre clases altas y bajas.²³ El sistema de clases sociales permaneció prácticamente inalterable después de la dominación azteca; los *macehuales* siguieron siendo el sostén de la pirámide social, y quienes trabajaban las tierras, confeccionaban sus ropas y construían las casas de los señores de la clase noble.

La economía en el periodo de dominio azteca fue variada; además del cultivo del maíz, con la técnica de *coa*, había otros tipos de cultivos e industrias que también fueron muy importantes; entre ellos podemos mencionar el cultivo y confección de algodón, y la fabricación de papel a partir de la corteza del árbol llamado *amate* cuya industria alcanzó cierto florecimiento durante ese periodo debido a su importancia en el pago de tributo; las condiciones fueron benéficas para el incremento de la producción porque en las estancias como *Amatlán*²⁴ y *Tenextitla* la materia prima era abundante.²⁵ El fortalecimiento de esta

²² Este sistema de siembra y cultivo se basaba en el uso de la *coa*, una herramienta manual que permitía la siembra de maíz, después de la roza y quema, en terrenos pedregosos y volcánicos propios de las faldas de los cerros que rodean el valle.

²³ El sistema de clases funcionaba a partir de ciertas premisas que impedían el contacto directo entre las altas y los estratos más bajos, y tampoco permitía la movilidad social.

²⁴ El nombre, en nahuatl, significa precisamente “lugar o tierra de los amates”.

²⁵ En estas dos estancias la abundancia y diversidad del árbol de *amate* permitió abastecer la necesidad de materia prima de la industria del papel. Aún en la actualidad es característica de la vegetación de *Amatlán* y San Andrés, la presencia de estas variedades de *amate*. Los habitantes de la región, en la actualidad, identifican tres variedades existentes en la zona, *amate negro*, *amate blanco* y *amate amarillo*, esta última era

industria propició que hubiera más trabajadores dedicados a ella y que las estancias adquirieran una relativa importancia en relación al pueblo central.

También en esa misma época, e incluso aún después de la llegada de los españoles, se elaboraban otros productos como la cal y diversos derivados de la planta del maguey; éstos tenían muchas aplicaciones, por ejemplo la construcción de cercas, los techados de las casas, el ixtle (las fibras de las hojas) se empleaba en la elaboración de sandalias, cuerda, también en el tejido de fibras para elaborar cierto tipo de telas que podían servir como vestimenta pero también para fabricar utensilios de recolección como los llamados ayates, así como morrales y mecapales (cuerda de ixtle para cargar), las pencas servían como canaletas en los sistemas de riego, sus espinas se utilizaban como punzones o agujas, e incluso a manera de clavos. La extensa gama de productos obtenidos del maguey incluían también cierto grupo de alimentos como aguamiel, panela, vinagre, y con una variedad específica de la planta se lograba la elaboración del pulque.²⁶

En Tepoztlán, en aquel entonces, se rendía culto a la deidad del pulque *Ometochtli* (Dos Conejo), y su importancia era tal que desde los lugares más remotos, como Oaxaca Chiapas y Guatemala, acudían peregrinaciones para rendirle adoración. Podemos imaginar el ambiente de fiesta que se generaba a la llegada de las peregrinaciones pues con ellas, además de la parafernalia propia del rito del dios, también sucedía una notable reactivación del comercio con la llegada de mercancías que no se veían frecuentemente en la región; con ello también se propiciaba el intercambio que enriquecía aún más a la cultura tepozteca, heredera de olmecas, toltecas y xochimilcas.

Si ocurrió o no un flujo religioso y comercial, no existen indicios sólidos para pensar que lo mismo sucedió con uno de carácter demográfico entre estas regiones; sin embargo sí es posible suponer que el intercambio comercial involucró un importante tránsito de personas

la que se utilizaba para la fabricación del papel, y sigue siendo materia prima en la elaboración artesanal que persiste, y que es común observar en el tianguis de la cabecera municipal.

²⁶ Plancarte, *Op cit*, sugiere la posibilidad de que esta bebida, cuya utilización en ceremonias del culto a los antiguos dioses la convertían en sagrada, pudo tener su origen en la mítica *Tamoanchán* de los olmecas, y que de ahí fue llevado a Tepoztlán, donde se instituyó todo un culto a Ometochtli, dios del pulque en la cultura azteca. En otra versión, la Mazari, sería la diosa Mayahuel quien inventara la bebida y la difundiera.

que, de alguna manera, tuvo consecuencias en la estructura social y económica de los tepoztecos.

Las estancias que rodeaban a Tepoztlán, tan antiguas como él, también tuvieron en un notable incremento en sus poblaciones, debido principalmente a la importancia que cobraron como suministradoras de materias primas y productos para el pago de tributos. Entre las principales, en ese aspecto, podemos mencionar a *Tenextitla*²⁷, cuya principal actividad era la de producción de cal²⁸, así como de corteza de amate para elaborar el papel. *Tepetlapan*, otra de las estancias, producía maíz, y sus habitantes labraban piedras volcánicas para la construcción de templos, pero su principal contribución consistía en mano de obra. *Amatlán* producía la mayor cantidad de papel amate, así como utensilios de barro. En *Xocotlán* se recolectaba resina de ocote para antorchas, y su clima frío les permitía el cultivo y cosecha de tejocotes, peras y otras frutas propias de ese clima. *Tlacotenco* por su abrupto suelo volcánico y clima frío, que impedían el cultivo de maíz, producía principalmente carbón vegetal, maguey de pulque, tunas y también recolectaban resina de ocote. *Ixcatepec* era la estancia que cultivaba una mayor cantidad de maíz debido a que accedía a las mejores tierras para ello, aunque también abastecía con mano de obra para la construcción de casas y templos, así como personal para el servicio doméstico de los principales de Tepoztlán.

Las condiciones de estabilidad, en cuanto a la economía y política, propiciaron que la población de la región se incrementara; este proceso ocurrió no sólo como consecuencia de la seguridad que proporcionaba a las familias el sentido de pertenencia al imperio, sino también con la inclusión de Tepoztlán en las rutas de comercio que lo comunicaban con el resto de los territorios del imperio, y también con otras regiones fuera de él. La ubicación geográficamente estratégica de la región tepozteca la convirtió en paso casi obligado hacia la metrópoli azteca y permitió la incorporación, a la población local, de grupos provenientes de otros sitios.

²⁷ Cuyo nombre significa, en lengua náhuatl, ‘lugar de la ceniza de piedra’.

²⁸ Es posible hallar vestigios de, al menos, treinta hornos de cal en los alrededores del actual poblado (San Andrés de la Cal). Estos hornos, elaborados con piedra, lodo y cal, situados en las inmediaciones del cerro de la cal (*Tenextepetl*), producían tal cantidad de ese producto que es evidente su utilización en la construcción de templos en Tepoztlán, y probablemente también en *Tenochtitlan*. La tradición oral en San Andrés asegura que el Palacio de Cortés, residencia del conquistador español, fue construido con cal de *Tenextitla*.

Etapa colonial

El dominio azteca llegó a su fin cuando, en su recorrido de Yautepec a Cuernavaca, las tropas españolas al mando de Hernán Cortés, llegaron a Tepoztlán en 1521. Al conquistador español le gustó tanto el valle de Tepoztlán, que cuando la corona española decidió recompensarlo por sus servicios al imperio eligió a estas tierras, junto con otras al este y sureste, que conformaron después lo que conocemos como el Marquesado del Valle.

Con la llegada de los españoles se modificaron radicalmente las condiciones sociales que, de manera general, se habían mantenido en Tepoztlán durante varios siglos. La estructura de la sociedad se mantuvo con un esquema parecido al que funcionaba durante el dominio azteca, sin embargo las desigualdades entre una clase y otra se acentuaron considerablemente. Hubo también un movimiento poblacional que concentró a casi todos los habitantes del antiguo *tlatocayotl* que se hallaban dispersos en el valle y cuyos asentamientos, es decir las estancias, se habían caracterizado por establecerse en lugares con nacimientos de agua; esto fue cambiado por los conquistadores, quienes obligaron a la población a concentrarse en el pueblo de Tepoztlán, al que designaron como cabecera de su *señorío*²⁹, con el objetivo de facilitar la recaudación de impuestos. Por otra parte, el señorío conservó casi la misma estructura de recaudación que se especificaba en la cédula de tributos asignada por los aztecas. El cambio radical, que repercutió en la vida cotidiana, tuvo su origen precisamente en el rubro de recaudación pues éste se constituyó como el eje en torno al cual transcurría la vida social del pueblo y sus comunidades. Cumplir con el pago de impuestos fue la principal preocupación de los habitantes del señorío a partir de entonces. El sistema tributario se recrudeció de tal manera que a la población le fue imposible cumplir con las cuotas establecidas. A diferencia de los aztecas, cuyo sistema de tributos permitía la dedicación de los habitantes a tareas encaminadas a la producción de bienes de subsistencia, los españoles establecieron como prioridad el cumplimiento de las obligaciones tributarias y, debido a ello, el tiempo de trabajo se restringió para las actividades de subsistencia, como la agricultura del maíz.

²⁹ Esta categoría política impuesta por los españoles era similar a la de *tlatocayotl*, pero difería básicamente en que concentraba en el pueblo central todas las gestiones de carácter político, civil y religioso.

Las industrias como la manufactura del papel amate, la recolección de algodón y la producción de artículos derivados del maguey, que tuvieron auge durante los primeros años de la conquista, poco a poco tuvieron que ser abandonadas debido al enfoque del conquistador, que pretendía establecer en la agricultura la fuente principal de sus riquezas. Cortés introdujo en la región el cultivo de especies europeas tales como la morera cuyas hojas eran utilizadas en la cría de gusanos de seda, el arroz y, sobre todo, el de caña de azúcar, que fue el más extendido. El maíz también fue considerado en esta nueva dinámica, y poco a poco fue incorporándose a su cultivo la tecnología de yunta y arado, lo que contribuyó a que el cultivo con el sistema de *tlacolol* fuera cada vez menos utilizado (Lewis, 1968).

Los cambios políticos y económicos impuestos por los españoles propiciaron una recomposición social, porque además de la introducción de los cultivos mencionados, los conquistados debían prestar servicios en mano de obra en las encomiendas de Cortés, como servidumbre en casas de familias acomodadas españolas, así como en las minas de Cuautla y Taxco, principalmente. Esta nueva estratificación del trabajo trajo consigo también otra modalidad de trabajo llamada repartimiento, que consistía en el envío de mano de obra hacia los lugares del marquesado en que ésta se necesitara. Además de estas modalidades de tributo, los habitantes de la región tepozteca estaban obligados a prestar su fuerza de trabajo para cualquier emergencia, ya sea por desastres naturales, por necesidades de la cosecha de la caña, o para obras públicas ordenadas por las autoridades españolas. Las situaciones de ‘emergencia’ eran las que más daño hacían a la agricultura de autoconsumo porque gastaban el poco tiempo de dedicación que podían brindar las familias a sus cultivos, lo que ocasionaba cosechas mermadas, o la pérdida total de ellas.

Las encomiendas, así como el repartimiento, fueron los sistemas de trabajo que más contribuyeron a la disgregación de las familias tepoztecas, y como consecuencia de ello se produjo la impactante baja demográfica que se observa en el periodo colonial. Además, por supuesto, de las condiciones de explotación e insalubridad que produjo una sociedad que descansaba sobre la fuerza de trabajo indígena.

Las obligaciones de los indios para con la iglesia católica acentuaban aún más las condiciones de explotación. A la región tepozteca llegaron los evangelizadores dominicos

en la segunda mitad del siglo XVI, y con su llegada modificaron la vida cotidiana de los habitantes del señorío; los tepoztecos debían cumplir también con los servicios a estos ministros de la iglesia, que de inmediato demandaron a la Corona española la construcción de las iglesias del pueblo central y los de la periferia. Los dominicos cambiaron, o anexaron a, los nombres de las estancias los de santos católicos y lograron el aval de la Corona para edificar las iglesias en su honor, en esos lugares. La parroquia de La Natividad, en Tepoztlán, y la iglesia de *Tenextitla* (San Andrés), fueron las primeras en iniciar las obras, alrededor de 1570. Poco fueron las de *Ixcatepec*, *Tepetlapa* (Santiago), *Tlacotenco* (San Juan) y *Zacatepetl* (Santa Catarina); la excepción fue *Amatlán*, que estuvo bajo la tutela de los frailes agustinos, que asentaron su parroquia en *Tlayacapan* hacia este de Tepoztlán (Alvarado, 1993).

Junto con los conquistadores llegó la imposición de su religión y la persecución y erradicación de las antiguas creencias indígenas. Los dominicos, autodenominados “perros de Dios” por su férrea práctica de la doctrina católica, recrudecieron la persecución de quienes continuaban practicando los ritos prehispánicos, y a los sacerdotes de estos ritos los incluyeron en la categoría de brujos, por lo que fueron perseguidos y, en muchos casos, obligándolos a huir hacia tierras fuera de la influencia dominica; huyeron también quienes se negaron a practicar la religión de los evangelizadores. Ocurrió entonces que la región de *Tlayacapan*, evangelizada por los agustinos -una orden menos ortodoxa en la práctica del catolicismo-, se erigió como un destino recurrente de quienes huían de las difíciles condiciones de vida impuestas en Tepoztlán.

Otro aspecto relevante de las prácticas católicas fue la organización de las fiestas en honor de los santos patronos de cada pueblo; estas festividades, con el paso de los años, se fueron constituyendo también como espacios de intercambio comercial. A ellas tenían la obligación de acudir los habitantes de los pueblos vecinos para rendir culto al santo patrono de cada lugar, pero también lo hacían para ofrecer sus productos. Fue una costumbre que permitió la circulación de productos y noticias de toda la región. Las autoridades religiosas permitieron esas prácticas al ver que se beneficiaban de ellas porque parte del dinero circulante iba a dar a sus arcas. En consecuencia, el poder económico de la orden dominica

creció en pocos años, y también al derecho que les otorgó la Corona de poseer tierras de cultivo las cuales, por supuesto, eran trabajadas por los indígenas como parte de las obligaciones que imponía su feligresía.

La intervención de los dominicos, sin embargo, detuvo en cierta medida la migración obligada de los indígenas para trabajar en las estancias y las minas de Taxco y Cuautla; esto se debió a que la iglesia, como institución, poseía una cuota de poder equiparable a la de las autoridades civiles, si no es que más, y logró mantener un creciente número de obreros indígenas en la construcción de sus templos. Con el tiempo, la edificación de las iglesias en sus pueblos fue convertida por los lugareños, en un sistema para evadir el trabajo en los repartimientos y las estancias.³⁰ Y aprendieron también a disimular los ritos de su antiguo culto prehispánico con los de las imágenes impuestas por los frailes dominicos.³¹

A medida que se hacía cada vez más difícil obtener los productos agrícolas que permitieran pagar los altos impuestos en especie, los *macehuales* se vieron en la necesidad de solicitar que los mismos se pudieran pagar con moneda metálica. Este cambio fue fundamental pues modificó una vez más la estructura económica de la región, la cual pasó a ser primordialmente de mercado. El cambio también incidió en la composición familiar de los nativos puesto que se vieron obligados a prestar sus servicios, a cambio de un salario, en las estancias cañeras y arroceras de la misma región o en regiones vecinas. Las condiciones para la agricultura familiar, casi desaparecida, se recrudecieron aún más. En cambio, las estancias y haciendas aumentaron su producción y aseguraron una ganancia doble, mientras los trabajadores de las haciendas y estancias debían ingeniárselas para hacer que el dinero que obtenían alcanzara para mantener a sus familias y pagar los impuestos.

Las cada vez más complicadas condiciones de sobrevivencia repercutieron demográficamente, reflejándose en una drástica disminución de la población del señorío. La consecuencia principal fue la enorme mortandad indígena, pero también muchas familias emprendieron un éxodo en busca de mejores condiciones de vida en lugares con menor vigilancia española.

³⁰ Archivo General de la Nación, Ramo Indios, Vol. 30, exp. 283, fojas 259-260

³¹ Cesar A. Ruiz Rivera, en *San Andrés de la Cal. Culto a los señores del tiempo en rituales agrarios*, hace un análisis de esta simbiosis.

El aspecto demográfico de la región, durante casi trescientos años del periodo colonial, cambió de manera radical. Según datos que aporta Lewis (1968) en el momento de la conquista el número de habitantes superaba ligeramente los 15 mil.³² Sin embargo, todavía en el siglo XVI, a menos de 60 años transcurridos desde la conquista, hubo una considerable disminución de la población y, alrededor de 1580, el señorío tenía 5 mil 800 habitantes en la cabecera y 7 mil 570 contando los pueblos periféricos. Las causas de la disminución fueron varias, entre ellas las muertes ocasionadas como consecuencia del trabajo en las minas y estancias, la virtualmente desaparecida agricultura de subsistencia, y la prohibición española de la utilización de la tecnología de yunta y arado para los cultivos de los indígenas.³³ Las estancias y haciendas se convirtieron entonces en las proveedoras de alimentos, como consecuencia de la ventaja del usufructo de la tecnología agrícola de yunta y arado, así como la gratuidad de mano de obra indígena; los alimentos producidos por las haciendas estuvieron siempre fuera del alcance de las familias más pobres.

En ese entonces los pueblos periféricos, antiguas estancias del *tlatocayotl*, mantenían una población mínima, que en total apenas se contaba en algunas centenas. Las familias sobrevivían penosamente de la agricultura, pero sus miembros se vieron obligados a trasladarse a las haciendas de los alrededores con el objetivo de sobrevivir. *Tenextitla* (San Andrés de la Cal) fue una de las comunidades en las que más se pudo apreciar esta situación, tanto en el sector agrícola como en la referente a otras actividades productivas. El caso de la cal fue significativo porque la industria prácticamente fue abandonada debido a las altas alcabalas que se le impusieron a su comercialización. Pese a ello, esta actividad persistió en el tiempo, hasta bien entrado el siglo XX, como una práctica doméstica de la comunidad, y base del proceso de *nixtamalización* del maíz, elemento fundamental de la dieta indígena.

La época posterior a la Independencia

Las formas sociales y económicas de la vida colonial perduraron aun después de haberse consumado la Independencia de la Nueva España. Una de las razones pudo ser, en regiones

³² Una cifra cercana a la población actual de la cabecera municipal, según datos del INEGI.

³³ Por decreto de la Corona española, ningún indígena podía poseer animales de tiro, como caballos o bueyes.

como la tepozteca, la escasa participación de sus habitantes en la revuelta armada.³⁴ Prácticamente no existe información que pueda esclarecer esa etapa de la historia tepozteca: “El período de 1810 a 1870 es el más oscuro de la historia de Tepoztlán” (Lomnitz, 1982: 142).

Junto con la composición social, también permanecieron en Tepoztlán la desigualdad de relaciones entre las clases sociales, sobre todo en los extremos de la pirámide: pudientes y desamparados. Pese a ello, hubo cierta mejora propiciada por eliminación de los impuestos de la Corona; esta nueva situación permitió la reactivación de la agricultura de subsistencia, así como de algunas industrias como la de producción de cal. Estas, entre otras actividades productivas de menor importancia, hicieron posible un resurgimiento de la economía tepozteca, que a su vez fue un imán para la llegada, o retorno a la región, de familias enteras con pretensiones de asentarse definitivamente. Un fenómeno que permite dimensionar esta mejora en las condiciones de vida generales, es el notable aumento de la población, la cual se triplicó en los setenta años posteriores a la independencia, y pasó de 2 mil 540 en 1807, a 8 mil 589 en 1890 (Lewis, 1968).

La iglesia también se benefició de los cambios demográficos experimentados como consecuencia de la conquista y el sometimiento espiritual; las obligaciones de los indígenas, como el diezmo, se mantuvieron a pesar del movimiento independentista; esto le permitió a la institución eclesiástica consolidar sus posesiones en los años posteriores a la consumación de la independencia.

Fueron las Leyes de Reforma, impulsadas por Juárez en 1857, las que terminaron con las prebendas eclesiásticas al decretar la separación de la Iglesia en los asuntos del Estado, y sus posesiones fueron nacionalizadas. Al limitar el poder de la Iglesia, el Estado preparó las condiciones para el surgimiento de una nueva élite opresora, la de los caciques, que aprovecharon la coyuntura para hacerse con las mejores tierras de Tepoztlán y explotárlas en su beneficio. Además, los caciques lograron que el Estado decretara inusufructuables las tierras pertenecientes al municipio, y por lo tanto el cultivo mediante el uso de la *coa* quedó

³⁴ El único dato que hemos hallado relativo al periodo de independencia es una carta del comendador de Tepoztlán, Manuel de Fuica al virrey don Francisco Javier Venegas, en la que desmiente la supuesta presencia del cura Morelos en San Andrés de la Cal, en Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, UNAM, México, 2008.

prohibido, de esta manera los indígenas se vieron obligados a trabajar, como en los tiempos de los conquistadores, en los cultivos de los caciques; lo hicieron, una vez más, en condiciones desventajosas porque el pago que recibían era en especie, es decir en productos que ellos mismos cultivaban, o en permisos para cultivar en parcelas pertenecientes al patrón (Katz, 1998).

La nación mexicana en ciernes, con sus múltiples revueltas internas, fue el terreno propicio para la consolidación del poder de los caciques, que llegaron a poseer no sólo terrenos de cultivo sino a pueblos enteros que se hallaban dentro de los límites de las tierras que usufructuaban (Katz, 1998). El estado mexicano, necesitado de un sector agrícola que consolidara la economía del país, echó mano de los caciques en un afán por convertir al agro en la fuente de ingresos principal.

La imposibilidad de acceso a las tierras de cultivo obligaron a los habitantes de los pueblos pertenecientes a Tepoztlán a emplearse como peones en las haciendas aledañas de Oacalco y San Gaspar, principalmente; en esa época los poblados funcionaron sólo como centros de alojamiento para dormir, ya que durante el día se hallaban desiertos debido a que sus habitantes se iban a trabajar a las haciendas (Lomnitz, 1982). No pocas familias se volvieron itinerantes entre una hacienda y otra, en las que los hombres se contrataban como peones de campo, gañanes,³⁵ y sus mujeres como cocineras o lavanderas; los niños también participaban del trabajo y lo hacían como *tlacualeros*³⁶ o ayudantes de gañán.³⁷ De esta época data el siguiente relato de un habitante de San Andrés de la Cal nacido en 1902:

Mi padre no era de aquí, él nació en Yautepec, pero pudo haber nacido en cualquier parte, porque mi abuelo, que se llamaba Aureliano, los traía a su mamá y a sus hermanos por todas partes. No tenía trabajo fijo, se alquilaba como peón o como amansador de caballos en las haciendas de aquí cerca. Nunca tuvo casa propia, pasaba temporadas en un lugar y otro, y nunca supo de tener algo propio. A mi papá lo

³⁵ Peón que trabaja con la yunta de bueyes.

³⁶ Los *tlacualeros* se encargaban de llevar la comida a los trabajadores del campo, y lo hacían generalmente utilizando burros como animales de carga. Los *tlacualeros* recibían una paga mínima que estaba a cargo de los mismos trabajadores. Su nombre deriva, probablemente, de la palabra náhuatl *quauhtlacualli*, una variedad de tortillas “muy blancas, y gruesas y grandes y ásperas”. (Sahagún, 2006: 444)

³⁷ Estos niños dirigían, con una vara puesta sobre el yugo, y desde la parte frontal de éste, a las yuntas de bueyes que no estaban del todo domesticadas para el trabajo. Era una actividad de alto riesgo porque implicaba estar a merced de los animales.

alquilaba como *tlacualero* o ayudante de gañán. Recuerdo que una vez me platicó que lo alquiló un gañán que apenas estaba amansando su yunta, bueno la yunta del patrón, eran dos toros bien grandes, cuernudos, y él apenas alcanzaba a poner la vara en el yugo, iba descalzo y había muchos terrones, entonces se tropezó y la yunta pasó sobre él; el gañán se asustó mucho, lo levantó bien espantado y lo mandó con mi abuelo; ya no quiso que trabajara con él, pero mi abuelo lo siguió alquilando con otros.³⁸

En poblados como San Andrés, la industria de la cal alcanzó su máximo esplendor por aquellos años. Muchas familias sobrevivían de la explotación de este recurso natural, o de alguna de las actividades relacionadas con ella, como la venta de piedra caliza en bruto, cortar leña para los hornos, venta de comida en los lugares de quema, atizadores del horno, o en la venta del producto en los lugares aledaños, como las haciendas, o los pueblos de Tlayacapan, Chalma, Milpa Alta, entre otros. Según los relatos que conservan la historia oral, el pueblo no sufrió de hambre en aquel entonces, e incluso podía catalogarse como un pueblo muy próspero (Ruiz, 2001).

Idealizada o efectiva, esta bonanza no duró mucho tiempo porque las desigualdades sociales continuaron acentuándose y las condiciones de vida de la gente pobre fueron cada vez más precarias. Las condiciones sociales y económicas que prevalecieron en la segunda mitad del siglo XIX fueron consolidadas por el régimen de Porfirio Díaz, que pretendía materializar la idea de un país que explotara sus riquezas naturales con el objetivo de ingresar a la era industrial del primer mundo; para ello pretendió utilizar la fuerza de trabajo campesina como base de este desarrollo, a la par de una europeización de la cultura en sus esferas más altas (Katz, 1998).

Durante el porfiriato

El régimen porfirista, que inició en 1877, alentó la producción agrícola a partir de las haciendas, y éstas se convirtieron en verdaderos centros de trabajo forzado (Katz, 1998). En Morelos el cultivo de caña y arroz, en menor medida de maíz, acaparó la fuerza de trabajo de los más necesitados, a la vez que desplazaba a numerosos grupos humanos hacia los lugares de trabajo agrícola. Los caciques llevaron su poder a niveles de esclavitud; las deudas contraídas por los peones, a través de los préstamos o adelantos en especie, llegaron

³⁸ Relato de Demetrio Ramírez, habitante de San Andrés de la Cal, julio de 1990.

a trascender generaciones, los hijos heredaban las deudas de sus padres y se veían impedidos a abandonar las fronteras de la hacienda.

Los ejemplos más crudos de la situación de los trabajadores agrícolas fueron las plantaciones de tabaco en Valle Nacional, Oaxaca y las de henequén en Yucatán; los trabajadores eran convertidos en esclavos y las condiciones hacían que no vivieran más de siete meses. La forma de contratación de los enganchadores consistía en promesas de condiciones de trabajo y salarios superiores a los de cualquier parte del país (Turner, 2007). Otras formas de acabar ahí era por haber cometido algún delito, haber firmado un contrato durante una borrachera, ser aprehendido por vagancia³⁹, o simplemente por ser subversivo (Katz, 1998). No hay registros de cuántos tepoztecos terminaron sus días en ese lugar, pero las historias de aquellos tiempos que llegan a nuestros días, a través de los relatos de descendientes, dan una idea de que no fueron pocos.

Al consolidarse el régimen porfirista, se inició una acelerada modernización del país que se pretendía sustentar con la comunicación entre las principales ciudades del país a partir de la construcción de vías férreas, sobre todo aquellas que concentrarían la producción agrícola y manufacturera con fines de exportación. Tepoztlán, por estar ubicado estratégicamente entre la Ciudad de México y Cuernavaca, tuvo acceso a esta vía de comunicación porque una de sus estaciones fue erigida en la parte norte del municipio, en tierras de San Juan Tlacotenco, en 1897. A pesar de su oposición, en un principio, la población tepozteca terminó por aceptar su construcción tras lograr que la compañía levantara el edificio que alberga al cabildo municipal, el kiosko del zócalo y una red de alumbrado público con lámparas de aceite (Lewis, 1968).

La línea del ferrocarril se consolidó como la principal vía de comunicación con la capital del país, y produjo un auge temporal en la economía tepozteca porque sus productos, como carbón, maíz, frijol, nopales, entre otros, pudieron comercializarse fuera del municipio. El pueblo de San Juan fue sin duda el que trató de aprovechar mayormente el paso del

³⁹ Las leyes porfirianas consideraban como criminales a los vagos desocupados, quienes, de ser arrestados por vagancia, eran enviados a las plantaciones de Valle Nacional, en Oaxaca, o a Yucatán. Turner, *Op Cit.*

ferrocarril por sus tierras y comenzaron a explotar más sus bosques con la producción de carbón; pero Tepoztlán, es decir la cabecera municipal, se opuso totalmente a ello utilizando como argumento la deforestación, de tal manera que la industria carbonífera se vio obstaculizada.⁴⁰

Otro de los resultados de la construcción de la vía férrea fue la oferta de trabajo que ésta trajo consigo, y que facilitó la migración en ambos sentidos; por un lado los trabajadores del ferrocarril que llegaron y conformaron sus familias en tierras morelenses, y aquellos que decidieron enrolarse en las filas de la constructora y que terminaron por asentarse en otros sitios fuera de la región.

En los años posteriores a la construcción del ferrocarril también inicia un proceso migratorio, de baja intensidad pero permanente, que permitió a los lugareños establecer vínculos de trabajo con otros lugares del país; la clase pudiente de Tepoztlán instituyó la costumbre de enviar a sus hijos a estudiar a la Ciudad de México, lo que a la postre dio como resultado la conformación de una colonia tepozteca ahí (Lewis, 1968). La población de las clases sociales bajas también incursionó en los ámbitos foráneos en busca de trabajo y mejores condiciones de vida; aunque el flujo migratorio más importante consistió en el arribo a Tepoztlán de personas de clase media y alta que buscaban establecer sus casas de descanso en las inmediaciones del pueblo central, y en algunos lugares de los pueblos aledaños, como en el Valle de Atongo, en Ixcatepec, en las afueras de Amatlán y en Santiago. Comenzó entonces una tendencia de los lugareños a vender sus propiedades ubicadas en las afueras de sus localidades, lo que originó la creación de las zonas conurbadas que pueden apreciarse en la actualidad en toda la región.

La época revolucionaria

Durante la primera década del siglo XX las tensiones sociales, producto de las desigualdades acentuadas por el régimen porfirista, generaron un clima de rebelión que

⁴⁰ Esta oposición inauguró la lucha por el derecho de los pueblos del municipio a la explotación de los recursos naturales de su entorno, al que se opone firmemente la cabecera municipal. Esta pugna se ha mantenido desde entonces, y en años recientes los habitantes de San Juan Tlacotenco entablaron un juicio para ganar el derecho a usufructuar sus recursos. Tepoztlán ha tratado de mantener el dominio de la explotación de los recursos de los pueblos, pero su incursión se ha visto limitada en los últimos decenios ante la determinación de los pueblos por evitar su intervención.

tuvo su máximo en 1910, cuando estalla la Revolución en el norte del país. En Morelos el conflicto armado inicia un año después, cuando Emiliano Zapata encabeza la lucha por la tierra. A partir de entonces la región tepozteca no estuvo en calma, la siguiente fue una década de singulares penurias producidas por las frecuentes incursiones de los bandos en conflicto; ninguno de ellos era bienvenido porque a su paso siempre dejaban casas incendiadas, cosechas saqueadas, robos y muerte. Tampoco la agricultura y la cría de ganado, que en otras épocas habían prosperado, fueron practicadas debido a los saqueos de unos y otros bandos. La mayor parte de la población del municipio se dispersó, muchos se unieron al movimiento revolucionario, otros fueron enrolados en el ejército; pero la mayoría huyó a lugares con menor focalización de la lucha armada, o se escondieron en las montañas que rodean al pueblo central y los demás pueblos del municipio. Aun hoy es posible identificar las cuevas y refugios naturales que utilizaron, hasta por varios meses, quienes huían del conflicto; paredones con hollín de las fogatas, basamentos de piedras para antiguos refugios, guijarros de barro y cerámica son vestigios que quedan de esos asentamientos periódicos. Algunos regresaban a sus casas cuando el peligro había pasado, otros se iban para no volver. Familias enteras migraron y nunca regresaron, otras lo hicieron sólo para constatar que lo habían perdido todo. A través de los relatos de los habitantes más longevos es posible percibir las condiciones de vida durante la época revolucionaria.

A mi padre lo vinieron a traer a la casa, vivíamos aquí mismo, teníamos sólo un jacalito de chinamil [tallos de la planta de girasol silvestre], se lo llevaron los soldados; él sabía que lo iban a fusilar porque alguien les dijo que era zapatista; no era cierto, siempre anduvimos huyendo, ni arma tenía. Me agarró y me subió en sus hombros, quiso que los soldados se compadecieran de él si me llevaba, pero no lo dejaron llevarme. Se lo llevaron y después lo fuimos a traer en la cruz que está por donde vive mi compadre Urbano, lo mataron junto con otros del pueblo, creo que eran nueve. Yo me acuerdo muy bien, ya estaba grandecito, tenía como 11 años.⁴¹

⁴¹ Relato de Demetrio Ramírez, habitante de San Andrés de la Cal, septiembre de 1990.

Para las familias que perdían al padre, las probabilidades de sobrevivir eran escasas, se convertían en errantes y vivían prácticamente de lo que conseguían recolectar en el campo o hurtar en otras casas.

La agricultura de *tlacolol* fue uno de los pocos medios para sobrevivir y se practicó de manera oculta en barrancas y hondonadas donde hubiera fuentes de agua o humedad suficiente para obtener cosechas, por mínimas que fueran. La caza menor –iguanas, conejos, tejones, huilotas, ardillas, serpientes, chachalacas- y la recolección de frutas, semillas y plantas –pipiscas, flor de tzompantle, nueces, huajes, nopales, zapotes, pápalos, entre otras- fueron complemento de su dieta.

La región tepozteca fue más un escenario del conflicto que un origen de soldados rebeldes. Y hasta pasado el año de 1920 pudo intentar volver a la normalidad. Para ese entonces el municipio y su economía estaban prácticamente en ruinas. Se habían ido los caciques, muchos de ellos no regresaron, habían perdido sus bienes y su estatus dentro de la sociedad de clases. Los que regresaron se integraron a la población pero sin los privilegios que habían ostentado anteriormente.

Para ese entonces el hambre, la muerte en combate, las enfermedades y la imposibilidad de reactivar la agricultura tuvieron como consecuencia la disminución dramática de la población en la región; a la cabecera municipal le sobrevivieron apenas 2 mil 153 personas, que sumadas a las del resto de la región apenas alcanzaban 3 mil 792 (*ver Cuadro 1*). Una vez más, fueron los más pobres quienes resultaron diezmados.

Época posrevolucionaria

Una fase de recomposición social pudo observarse entonces en el municipio, así como un nuevo orden en la posesión de la tierra. Los habitantes que sobrevivieron pudieron acceder a las tierras comunales para explotarlas mediante la agricultura. Esta recomposición, consecuencia del conflicto armado ocurrió entre los años de 1920 a 1940; fue encabezado por dos grupos antagónicos que se disputaban la supremacía política en la región. Uno de ellos estaba conformado por ex-zapatistas y el otro por una naciente clase intelectual

conformada por los hijos de caciques que habían hecho estudios fuera del estado y que mantenían cierta influencia entre las familias de clase media tepoztecas. El primer grupo pugnaba por el reparto agrario, el segundo por una explotación moderada de los recursos naturales del municipio (Lewis, 1968).

En ese periodo también inició un proceso de distanciamiento entre la población de la cabecera municipal y la de los pueblos aledaños; es significativo de esto que a lo largo de la historia los matrimonios entre tepoztecos de la cabecera y personas de otros poblados sean escasos (Lewis, 1968). Las diferencias entre unos y otros se acentuaron como consecuencia del reparto de la tierra. El reparto agrario benefició mayoritariamente a los habitantes de la cabecera municipal, especialmente a las familias de quienes habían participado en la revolución, y a los pueblos no les agradó la idea de que fueran habitantes de la cabecera quienes tuvieran el derecho a usufructuar las tierras agrícolas que estaban dentro de sus límites. En San Andrés de la Cal era frecuente ver que los tepoztecos de la cabecera acudieran a desmontar los cerros que rodean al pueblo para sembrar con el sistema de *tlacolol*, ante lo cual los de San Andrés nada podían hacer; en la memoria del pueblo aún se conservan relatos que describen esa situación:

Los tepoztecos venían, desmontaban nuestro cerro para sembrar, utilizaban el agua de nuestro aguaje para que bebieran sus vacas; nos acusaban de cuatrerros cuando se les perdía un animal; si nosotros queríamos sembrar en el cerro sólo podíamos hacerlo en los peores lugares, en esos que ellos desechaban; no, eso no era justo, parecíamos sus peones. Me acuerdo bien que cuando era chamaco venían ellos [los tepoztecos], a caballo, a nuestras fiestas, se emborrachaban, les decían cosas a las muchachas, eran bravucones, como traían pistolas todo mundo les tenía miedo; uno de los más odiosos era un tal Esteban [omito su apellido], que ya había herido de un balazo a Pedro [utilizo un nombre ficticio], dizque porque le había robado una vaca, y quiso hacer lo mismo con José [omito su nombre real]; hasta que de plano a José se le acabó la paciencia y lo fue a esperar al aguaje, a donde Esteban daba agua a sus animales, se hicieron de bronca y, como siempre, Esteban sacó su pistola y se la descargó a José, que apenas y alcanzó a esconderse detrás de un cazahuate; entonces, al ver que trataba de recargar la pistola, le metió un retrocargazo; dicen que todavía [Esteban] estuvo

agonizando un rato. [José] Tuvo que irse un tiempo, pero regresó unos años después, cuando la cosa se había calmado; ahora ya está grande [de edad avanzada], pero ahí anda. Después de que pasó eso, ya ningún tepozteco vino a sembrar ni a dar agua [a su ganado]. Ya nos habían agarrado el modo, pero eso se acabó con lo que pasó.⁴²

La población, en estos veinte años, empezó a crecer nuevamente, aunque a un ritmo paulatino, propio de los periodos de reconstrucción material que identifican a los escenarios de la guerra. Poco a poco se fueron restaurando las actividades económicas y la normalidad se fue instalando nuevamente en la cabecera municipal y sus pueblos. Aunque hubo actividades que jamás pudieron restaurarse por completo, como la de producción de cal y la elaboración de productos derivados del maguey; como consecuencia de ello muchos trabajadores se vieron en la necesidad de buscar otras alternativas de empleo, que los llevó a dejar sus hogares y trasladarse a las ciudades. Esta migración del campo a la ciudad fue un fenómeno a nivel nacional, y marca un periodo de la historia del país en que se empezó a gestar el cambio de la una economía de base agrícola, a una con pretendida industrialización.

Uno de los eventos más importantes que incidieron en la vida cotidiana de la región fue, en 1936, el de la asfaltación del camino de terracería que unía a Tepoztlán con Cuernavaca. Con esta vía de comunicación se abrieron también otras posibilidades de comercio, de migración, de educación porque la carretera, a diferencia del ferrocarril, mantenía un tránsito más constante que permitía a la población tepozteca ampliar sus horizontes de trabajo, comercio o educación; y, lo más importante, integrarlos a su vida cotidiana. Pero este beneficio no llegó a todos los pueblos, aquellos más alejados de la cabecera y que no se hallaban cercanos a la carretera, mantuvieron cierto distanciamiento comercial con la cabecera municipal y con Cuernavaca. En cambio, Santa Catarina, que estaba ubicado justo por donde pasaba la carretera a Cuernavaca, fue el pueblo más beneficiado y su crecimiento fue notable en el comercio, los servicios educativos y en el aspecto demográfico; San Andrés de la Cal, otro pueblo que cercano a la carretera, también obtuvo beneficios aunque no en la misma proporción.

⁴² Entrevista a Saturnino Bermúdez, febrero de 2010.

Pero la introducción de las vías de comunicación no resolvió las necesidades de ocupación de la región tepozteca; históricamente, como mencionamos anteriormente, la agricultura nunca fue una actividad económicamente redituable debido a su objetivo, prioritariamente, de sustento familiar. En la década de los 40's, del siglo XX, la necesidad de mano de obra agrícola en Estados Unidos, que se encontraba en guerra, se implementó el Programa Bracero⁴³, que permitía a trabajadores mexicanos el ingreso a sus campos de manera temporal. En Tepoztlán, como en muchos pueblos de México que atravesaban dificultades para generar empleos estables, se inició un proceso migratorio hacia los Estados Unidos para trabajar en el sector agrícola. Más de un millón y medio de mexicanos, en todo el país, se insertaron en este sector laboral, el cual les proporcionaba ingresos estables al menos algunos meses del año. La cifra no incluye a los que se fueron a trabajar de manera ilegal (Lewis, 1968).

La migración agrícola temporal proporcionó a los tepoztecos la posibilidad de ingresar recursos económicos a sus hogares durante algunos meses del año, y de esta manera diversificar las actividades generadoras de ingresos. Así, durante los meses de noviembre a marzo, posteriores a la migración, las actividades económicas giraban en torno al pequeño comercio, la prestación de servicios, las faenas en el campo, los empleos temporales en diversos giros, y los jornaleros en la construcción de caminos. Poco a poco, tanto en la cabecera municipal como en los pueblos, la migración agrícola temporal se fue consolidando como actividad estacional y contribuyó, junto con del inicio de las

⁴³ El Programa Bracero tuvo como antecedente la creciente necesidad de mano de obra mexicana para el sector agrícola estadounidense desde inicio de siglo: “Entre 1917 y 1922 se estableció el primer programa de trabajadores agricultores mexicanos el cual fue creado como un programa de certificación laboral, en donde agricultores y ferrocarrileros estadounidenses no podían de manera legal contratar trabajadores mexicanos hasta que el Departamento del Trabajo certificara que no hubiese trabajadores americanos disponibles. Supuestamente los trabajadores mexicanos iban a ser vistos como personas no inmigrantes, siendo que se esperaba que éstos regresaran a México cuando concluyera la temporada de trabajo. Sin embargo, muchos se quedaban en Estados Unidos. La Ley Federal de Inmigración en 1921 y 1924 (sic) restringió la entrada de inmigrantes de Europa y del hemisferio orientado pero esta ley no aplicaba a mexicanos y la Policía Fronteriza Americana, establecida por el Departamento del Trabajo en 1924, logró disminuir la entrada de inmigración a mexicanos que buscaban trabajar en el sector rural por temporadas”. Bean, Frank D., *At The Crossroads / Mexican and U. S. Immigration Policy*, Roman & Littlefield Publisher, Inc., New York, 1997, p. 97, citado por Hernández Ruiz, C. A. y M. A. Salado, *El Programa de Trabajadores Agrícolas Mexicanos en Canadá como modelo de un tratado migratorio*, Tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, Escuela de Ciencias Sociales, UDLAP, 2004

actividades relacionadas con el turismo, a que la región tepozteca mejorara sus condiciones de vida; la población experimentó nuevamente un crecimiento demográfico progresivo, de tal manera que pasó de 5 mil 970 en 1940 a aproximadamente 7 mil 963 en 1960 (*ver cuadro 1*), en el territorio municipal.

La segunda mitad del siglo xx

El cambio en la ocupación propiciada por la migración agrícola temporal se puede apreciar en el aumento del número de individuos que se dedicaron a esta actividad. En 1948 fueron menos de treinta tepoztecos los que trabajaron de braceros; en cambio en 1957 ya había más de seiscientos que migraban temporalmente. La migración temporal incidió también en la agricultura porque quienes eran agricultores, y se volvieron braceros, dejaron de trabajar sus parcelas, dando como resultado que escaseara la mano de obra en la temporada agrícola, y muchas tierras no se cultivaran. Otro de los cambios acontecidos fue la construcción o remodelación de viviendas con materiales como el ladrillo, cemento, tabicón y láminas, que en épocas anteriores no se hacía debido a los costos elevados; los migrantes mejoraron la economía familiar con la adquisición de terrenos, ganado y herramientas agrícolas (Lewis, 1960).

En cuanto a las condiciones de vida en el hogar, la instalación de la red eléctrica en Tepoztlán, en 1958, permitió que se modernizaran los utensilios domésticos, apareciendo por vez primera aparatos como refrigeradores, lavadoras, licuadoras y televisores, entre otros, que facilitaron el trabajo de las amas de casa, quienes a partir de entonces tuvieron más tiempo para dedicarse a otras actividades que les permitieran contribuir a la economía familiar, o incluso a sostener el cultivo de las parcelas familiares en ausencia del marido por la temporada de migración.

Igualmente, durante el periodo que va de 1940 a 1960, y como consecuencia de los medios de comunicación que permitían la continuación de estudios⁴⁴ a la población tepozteca joven, se incrementó notablemente el número de profesionistas, específicamente el de profesores de primaria, que llegaron a la cifra de 101 en 1957 sólo en la cabecera

⁴⁴ En 1950 se inauguró la secundaria en la cabecera municipal, y pronto asistieron a ella no sólo los niños del pueblo sino también los de las comunidades aledañas, quienes tuvieron así la oportunidad de acceder a este nivel de estudios.

municipal, en contraste con los 21 que Lewis (1968) había registrado en 1944. Estos profesionistas, provenientes tanto de las familias de la cabecera como de los pueblos aledaños, principalmente Santiago, San Andrés y Santa Catarina, que tradicionalmente obtenían plazas dentro de la misma región, pronto superaron la demanda de profesores; tuvieron entonces que aceptar plazas de trabajo en lugares del país en que se necesitaba de ellos; sus destinos fueron, principalmente, los estados de Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Tabasco y Yucatán. Algunos de estos profesionistas regresaron a sus lugares de origen con cónyuges foráneos, otros formaron familias en los lugares de destino laboral. Esta migración, permanente aunque de baja intensidad, no afectó notablemente las cifras de población pero sí permitió una sana recomposición que disminuía la endogamia tradicional; además de que incorporó a los descendientes de estas nuevas familias a una dinámica de flujo poblacional por temporadas.

La migración ilegal en la región ha sido otro componente de importancia, y es tan antiguo como el de la migración temporal sólo que no existen datos históricos precisos ni de su evolución, ni de sus cifras de población. Sin embargo, no es difícil descubrir que buen número de las familias tepoztecas tiene a algún miembro en los Estados Unidos, como trabajador que ingresó sin documentos. El proceso migratorio ilegal hacia Estados Unidos se inició prácticamente a la par que la migración temporal, pero es a partir de la década de los setenta cuando incrementa su flujo; en ese entonces este tipo de migración estaba caracterizada por ser:

Preponderantemente masculina, de jóvenes, solteros de origen rural, que buscaban trabajo en las zonas agrícolas de ese país y que, en su mayoría regresaban a sus localidades de origen. Sobre la base de esas características, el proceso migratorio se definía en función del marcado carácter laboral y circular de los desplazamientos (Canales Cerón citado por López, 2003: 22).

La migración ilegal, incrementada por la crisis económica de los años ochenta, se dispara de manera considerable al grado de manifestarse en la economía de ambos países, para entonces “se incorporaron nuevos componentes al flujo migratorio. El cambio más significativo de la dinámica migratoria es la creciente importancia que asume el proceso de

asentamiento de población migrante en los Estados Unidos” (Canales Cerón citado por López, 2003: 22).

Según los relatos de los habitantes más viejos, muchos tepoztecos se fueron “al norte” y llevaron consigo a sus familias, aunque en la mayoría de los casos las formaron estando allá y no regresaron, o lo hicieron sólo para irse nuevamente. Este proceso migratorio continuó a lo largo de las dos décadas siguientes, y con el tiempo llegó a conformar una red social que permitía la incorporación de nuevos miembros de la familia extendida.

Pese a la migración, la población del municipio de Tepoztlán, que había sido diezmada durante la revolución, comenzó a incrementarse paulatinamente y pasó de 3 mil 792 en 1921 hasta casi 26 mil en el 2005. El mayor incremento poblacional se observa entre 1970 y 1990 pues de 12 mil 483 se elevó a 20 mil 279 habitantes (INEGI, Archivo Histórico). En esas dos décadas la población aumentó en un porcentaje nunca antes visto; este fenómeno resulta, a primera vista, contradictorio si tomamos en cuenta que entre 1980 y 1995 se había experimentado el mayor flujo migratorio hacia los Estados Unidos, hecho que disminuyó la tendencia al incremento poblacional. Esta contradicción podría explicarse si consideramos que en esas dos décadas, con la introducción en la región de tecnologías agrícolas impulsadas por la llamada *Revolución Verde*, que permitían la explotación del monocultivo mediante la utilización intensa de fertilizantes, plaguicidas y herbicidas, se incrementó la demanda de mano de obra jornalera y esto originó un fenómeno de migración nacional encabezado principalmente por trabajadores de los estados de Oaxaca, Guerrero y Puebla (Moctezuma, 2001). El incremento de los cultivos, principalmente de jitomate, que caracterizó al periodo de 1975 a 1990 en Morelos, desplazó familias enteras de jornaleros que, por temporadas, encontraron fuentes de empleo en comunidades como Santa Catarina, San Andrés de la Cal, Santiago y el mismo pueblo de Tepoztlán.

La bonanza del jitomate terminó a mediados de la década de los 90, cuando los precios se desplomaron como consecuencia de la sobreproducción, de la aparición de nuevas plagas y de la dependencia de la tecnología implementada. Para entonces muchas familias de jornaleros se habían integrado a las poblaciones donde trabajaban. Los casos más

representativos son los de los pueblos de San Andrés y Santiago, en donde incluso se han formado auténticas colonias de ex-jornaleros que poco a poco han sido integrados a la población local, y han extendido sus lazos de parentesco consanguíneo.

**CUADRO I. DATOS DEMOGRÁFICOS DE LA POBLACIÓN DEL
MUNICIPIO DE TEPOZTLÁN POR LOCALIDADES**

Poblado/Año	11900	11910	11921	11930	11940	11950	11960	11970	11980	11990	11995c	22000	22005c
Tepoztlán	33968	44753	22153	22580	33230	33902	44314	66851	69131	112279	113978	114776	115245
San Andrés	6665	7701	1183	2205	3317	4406	4435	6689	8883	11029	11116	11226	11217
Ixcatepec	1153	1193	666	886	1111	2260	2209	4432	4598	**	**	**	**
Sta. Catarina	11436	11587	5567	7767	9991	9984	11284	22034	22860	33223	33663	44144	44225
Ocotitlán	11039	11104	2274	3346	4444	4403	5590	3377	7744	11030	11150	11317	11379
San Juan	6683	7785	3300	4402	4499	6618	6661	9956	9988	11427	11599	11723	11839
Amatlán	1175	2221	1100	1115	1162	2237	2234	3397	5577	6674	8821	8867	9983
Santiago	2280	3346	1149	1153	2216	2239	2226	7747	4462	6617	7767	7789	7789
Población total	88399	99690	33792	44654	55970	77049	77953	112483	116243	220279	223094	224842	225677

Fuente: Archivo Histórico de Localidades, INEGI, cuadro elaborado por el autor. Los años corresponden a los censos (1900-1990 y 2000) y conteos (1995 y 2005) de población.

* A partir de 1990 Ixcatepec fue dado de baja por el INEGI y se le contabilizó como área conurbada de Tepoztlán, por lo que sus habitantes aparecen en las cifras correspondientes a la cabecera municipal.

En Tepoztlán, y en general en México, la migración ha incidido como un factor que, aunado a los índices de fecundidad y mortalidad, determina la composición demográfica de la población, según López Villar (2003: 24),

en promedio, 350 mil mexicanos abandonan el país cada año para establecerse en el extranjero, básicamente en Estados Unidos, número cercano al total de personas que fallecen en el mismo periodo en la nación, 435 mil; si a esto se agrega que las corrientes migratorias internas son intensas, se debe reconocer que se trata de un país donde el fenómeno migratorio determina, en gran parte, tanto el crecimiento y evolución de la población como su distribución en el territorio nacional.

Actualmente Tepoztlán y los pueblos que integran el municipio tienen una economía regional que se sustenta por actividades como el pequeño comercio, un mercado que permite el intercambio de productos y servicios, el turismo, la agricultura en pequeña y mediana escala principalmente de maíz, frijol, jitomate, calabaza y frutas de la región. Los

profesionistas aportan también servicios; entre las profesiones hallamos a los profesores, seguidos de los médicos generales, odontólogos, arquitectos, administradores, contadores, ingenieros y técnicos especializados. Los empleados de diversos ramos también son numerosos y podemos identificar a los dependientes de tiendas, servidores públicos, obreros, choferes del transporte público y jornaleros. Los trabajadores por cuenta propia conforman un sector importante en la población, que se integra por taxistas, albañiles, plomeros, técnicos en electrónica, comerciantes de diversos giros, entre otros. La interacción comercial entre la cabecera municipal y los pueblos del municipio es amplia e intensa, pero en los últimos años, gracias a la facilidad que brindan los medios de transporte, se ha expandido hacia otros centros urbanos como Cuernavaca, Cuautla y Yautepec, sobre todo en el ramo de prestación de servicios. (Censo Sociodemográfico, 2009, CRIM)

Este tipo de economía regional ha establecido relaciones de interacción entre la cabecera municipal y los pueblos aledaños que pertenecen al municipio, que si bien son insoslayables no determinan la subsistencia de uno y otros porque tanto los pueblos como la cabecera han desarrollado estrategias económicas que les permitieron desarrollarse ante las exigencias de la vida moderna. La más importante de estas estrategias es la migración agrícola temporal que, como hemos mencionado anteriormente, inició con el Programa Bracero, un acuerdo entre por los Estados Unidos y México, en la década de los cuarenta del siglo pasado, y que fue retomado por el gobierno canadiense para echar a andar, en 1974, el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales (PTAT) que sostiene, en buena parte, su economía agrícola.

El recorrido que hemos propuesto, que inicia en el tiempo que el territorio que hoy conocemos como Tepoztlán era habitado por grupos de recolectores y cazadores de variada filiación cultural, concluye en la época actual en que los límites, tanto culturales como territoriales, de la región han adquirido una trascendental identificación. El objetivo del recorrido es hacer hincapié en los acontecimientos que han determinado esta condición de región migratoria, y que una mirada con mayor detenimiento permite identificar.

Podemos concluir diciendo que en la región de Tepoztlán, a lo largo de la historia, ha existido un tránsito migratorio constante que contribuyó a caracterizar y definir, por diversos factores y acontecimientos, la conformación de su población, su fortaleza cultural y el arraigo de tradiciones; sin embargo la migración, que se había integrado de manera interna, ahora es externa y, desde hace varias décadas, influye en el ámbito sociocultural de la región.

Capítulo II

Características sociodemográficas de San Andrés de la Cal

Ubicación

San Andrés de la Cal o San Andrés *Tenextitla* – que significa *lugar de la cal* en lengua náhuatl- está en la parte baja del Municipio de Tepoztlán, aproximadamente a 5 kilómetros de la cabecera municipal sobre el kilómetro 14 de la carretera federal Cuernavaca-Tepoztlán, misma que dista aproximadamente 4 kilómetros asfaltados, curvados y rodeados de parcelas y montañas, de la zona urbana del pueblo. Hacia el norte y el noreste lo enmarca la topografía accidentada de la Sierra de Tepoztlán, los cerros *Tlanamanquiliatépetl* “Cerro que responde”, mejor conocido por los lugareños como Cerro de la Cruz, o Cerro del Vigilante; detrás de éste el *Otlatépetl* “Cerro del Otate”; le sigue el Cerro de los Cajetes; y después de más altura el *Chalchitépetl* “Cerro del Tesoro” (Ruiz Rivera, 2001); y hacia el sur y el este sus tierras se extienden formando lomeríos de pendientes poco inclinadas que son aptas para la agricultura. Sus colindancias se establecen así, hacia el norte con la cabecera municipal, hacia el sur con la reserva ecológica "El Texcal", al este con el poblado de Santiago Tepetlapa y al oeste con el de Santa Catarina. Su altitud promedio es de 1,500 msnm y tiene una extensión territorial de 45 km² (INEGI, 2000).

En esta localidad nace un manantial del que se forman pozas de agua en temporada de lluvias y que, hasta hace un par de décadas era el recurso acuícola más importante de la comunidad; hacia el Sureste del pueblo se halla una laguna (*Acuitlapilco*) alimentada por las barrancas que atraviesan el pueblo de oeste a este, y las que provienen del lado norte a sur que llevan el agua de lluvia que se convierte en abrevadero estacional para el ganado, y en donde se reproducen peces como la mojarra.

Población

El perfil sociodemográfico de San Andrés de la Cal se conformó a partir de dos fuentes principales que son: el Segundo Recuento INEGI 2005 y, para contrastar y actualizar la información, el Censo Sociodemográfico San Andrés de la Cal 2008-2009.

En el año 2000 San Andrés tenía una población de 1, 266 habitantes (INEGI, 2000); para el 2005 el II Censo de Población y Vivienda reveló que hay 1, 217 personas, y la cifra más reciente, que corresponde al Censo San Andrés 2008-2009, en sus datos preliminares, arrojó el dato de 1 069 pobladores.

En el año 2005, la parte más amplia de la pirámide de edad se localizaba en los rangos de 25-44 años. La población femenina era ligeramente mayor que la masculina (641 mujeres por 576 hombres), había 116 niños de 0 a 4 años, 126 de 6 a 11 (en educación básica), 942 clasificados como población de 12 y más años, 871 de 15 años y más y 791 son jóvenes adultos de 18 años y más, mientras que sólo se contabilizaron 140 adultos de la tercera edad (Diagnóstico del Centro de Salud de la localidad, 2005 e INEGI/Información municipal).

Los datos del Censo San Andrés 2008-2009 mostraron que, a diferencia del año 2005, la parte más amplia de la pirámide de edad se localiza en los rangos de 10-19 años, la población femenina es ligeramente inferior que la masculina (525 mujeres por 544 hombres), hay 78 niños de 0 a 4 años, 105 de 6 a 11 (en educación básica), 813 clasificados como población de 12 y más años, 761 de 15 años y más y 698 son jóvenes adultos de 18 años y más, y los adultos de 60 años y más fueron sólo 120.

Los datos obtenidos en el 2009 por el Censo San Andrés muestran que hubo un decremento general en casi todos los rangos de edad contemplados, y esto puede relacionarse con la migración, tanto temporal como permanente, hacia Estados Unidos y Canadá. Además, está también la movilidad hacia otros lugares de la República, por motivos de trabajo tanto de profesionistas como de otros rubros de actividad ocupacional, que también pueden ser un factor del decremento poblacional registrado. La población de San Andrés de la Cal mantiene un flujo constante hacia el vecino país del norte. Son muy escasas las familias que no tienen algún miembro trabajando y/o viviendo, permanente o estacionalmente, en los Estados Unidos o Canadá. Esta particular situación es generada por las escasas oportunidades de trabajo permanente que ofrece la comunidad y la región. Los habitantes de San Andrés, de acuerdo con el Censo de 2009 y las entrevistas, se ocupan en empleos como dependientes de tiendas en Tepoztlán, Cuernavaca y otras localidades cercanas,

también trabajan en invernaderos de la cabecera municipal y Yautepec, como jardineros en las numerosas fincas o quintas de fines de semana en el Valle de Atongo, las mujeres suelen trabajar en limpieza de casas, cocineras o mucamas, y un buen número de jóvenes desempeñan empleos de medio tiempo los fines de semana en el tianguis de Tepoztlán; son pocas las personas que cuentan con empleos permanentes que les brinden la posibilidad de prestaciones a largo plazo como pensión, seguro de vida y acceso a servicios de salud; unos pocos son propietarios de taxis o combis del servicio de transporte público; la mayoría de los hogares de la población tiene la necesidad de complementar sus ingresos con otras actividades económicas, entre ellas encontramos los pequeños negocios de venta de tortillas, venta de alimentos tradicionales (tamales, elotes preparados, tlacoyos, y otros), tiendas de abarrotes, entre otras, pero la más importante es la migración temporal hacia los Estados Unidos o Canadá ya que genera un ingreso mayor.

CUADRO II
COMPARATIVO POR RANGOS DE EDAD

	Población total	Población masculina	Población femenina	Niños de 0 a 4 años	Niños de 6 a 11 años	Población de 12 años y más	Población de 15 años y más	Población de 18 años y más	Adultos de 60 y más	Parte más amplia de la pirámide de edad
INEGI 2000*	1266									
INEGI 2005**	1217	576	641	116	126	942	871	791	140	25-44
CENSO SA 2008-2009***	1223	612	611	97	147	977	912	840	146	10-19

En tan solo dos años se presenta un fuerte cambio en la parte más amplia de la pirámide de edad (10 a 19 años), que son individuos que no se insertan aún en el proceso migratorio. Éste también puede ser un indicativo de que, cada vez con mayor frecuencia, las nuevas generaciones optan por la continuación de su formación escolarizada, o de permanecer más tiempo en la comunidad.

Servicios educativos

En San Andrés hay cuatro escuelas que cubren los niveles de educación inicial, preescolar, primaria y secundaria. El centro de educación inicial *Tlakuikalli* está ubicado en la calle Galeana, a un costado de la iglesia de San Salvador y cuenta con 13 alumnos. El jardín de niños *Hermelinda Bermúdez Seyssel* fue fundado al final de los años 80's y cuenta con 24 alumnos, en el año 2004 fue certificado por el IEBEM como "escuela saludable". La Escuela Primaria Rural Federal *Benito Juárez* contó en el ciclo 2006-2007 con 98 alumnos en los seis grados de primaria, trabajan en ella el director, seis profesores asignados (cinco de Tepoztlán y uno de Santa Catarina) y personal del USAER que viene de Cuernavaca y apoya a los niños con problemas de lenguaje o de aprendizaje desde hace 10 años. La Telesecundaria *Vicente Suárez* tuvo 22 alumnos inscritos el ciclo escolar pasado y dos profesores y un director que también es profesor.

En cuanto a la elección de escuelas, los habitantes de San Andrés pueden decidir, por su proximidad, de dos opciones: Tepoztlán, que cuenta con Secundaria General, y Santa Catarina, que ofrece Secundaria Técnica; desde la perspectiva de los padres de familia de la comunidad, la segunda goza de un prestigio mayor debido a la rigurosidad de su plan de estudios y disciplina impuesta por los profesores. En los últimos años, la tendencia es la de optar por la opción de la Secundaria Técnica. En cambio, la Telesecundaria de la comunidad es la última en la lista de opciones y en ella son inscritos los alumnos que no fueron aceptados en Tepoztlán o Santa Catarina, o que estuvieron en alguna de ellas pero fueron dados de baja debido a reprobación o mala conducta. La telesecundaria de San Andrés no contó con instalaciones adecuadas hasta el año 2008, y funcionó durante varios años, de forma provisional, en espacios al aire libre o semidescubiertos, de la Ayudantía Municipal. En diciembre de 2008 concluyeron los trabajos de construcción de las aulas en un terreno localizado a las afueras del poblado, del lado sur, y con el nuevo ciclo escolar, en enero de este año, opera ahí la Telesecundaria.

Perfil educativo

El Censo San Andrés 2008-2009 arrojó las siguientes cifras en cuanto al nivel de educación. El promedio de escolaridad es de 8.86 años, es decir casi tercero de secundaria;

28 personas, de 15 años y más son analfabetas (12 hombres y 16 mujeres); 3 personas de entre 5 y 14 años no asistían a la escuela (todas mujeres); 115 personas de entre 15 y 24 años tampoco asistían a la escuela (55 hombres y 60 mujeres); 242 personas de 15 años y más no completaron la educación básica (120 hombres y 122 mujeres); en contraste, 418 personas de 15 años y más completaron la educación básica (236 hombres y 182 mujeres); 259 cuentan con educación postbásica (116 hombres y 143 mujeres), es decir que cursaron algún grado posterior a la secundaria.

Los datos anteriores se reflejan en el siguiente cuadro:

CUADRO III. PROMEDIOS DE ESCOLARIDAD

Población de:	Nacional	Estatal	San Andrés
15 años y más	8.1	8.4	8.9
19 años y más (con algún grado aprobado en educación media superior)	12.5	13.5	13.2
24 años y más (con algún grado aprobado en estudios superiores)	14.5	14.6	11.4

Como puede observarse, el grado de escolaridad general en la comunidad, en población de 15 años y más, es superior a los niveles estatal y nacional; y en población de 19 años y más con algún grado aprobado en Educación Media Superior, el promedio es inferior al estatal pero se mantiene por encima del nacional; sin embargo, en el rango de 24 años y más con algún grado aprobado en Estudios Superiores, el promedio de San Andrés es notablemente inferior a los promedios estatal y nacional, a pesar de que tiene más de 70 profesionistas en diversas áreas.

Esto se explica si notamos que para los promedios de 15 años y más, así como de 19 años y más, se toman en cuenta también los años de estudio aportados por el grupo de profesionistas que superan los 24 años de edad.

Además, el acceso a la educación en años recientes se ha incrementado debido a la facilidad de los medios de transporte, ya que antes de la década de los ochenta los medios de

transporte hacia Cuernavaca, Cautla, el Distrito Federal y otras ciudades que ofrecían educación de nivel superior eran escasos.

En años recientes, los jóvenes están accediendo cada vez más a niveles educativos posbásicos y esto se observa en el número actual de 46 estudiantes, de entre 16 y 19 años, que cursan la preparatoria y algún grado de Licenciatura Escuela Normal, lo que representa el 63% de la población de ese rango de edad; en tanto que sólo 15 personas de la generación de sus padres (habitantes de entre 40 y 45 años de edad) contaron con algún grado de estudios en el nivel medio superior, y representan sólo el 16.3% del total de su generación.

Una mirada general revela que el 95.9% de la población de 15 años y más, en San Andrés, tiene algún grado de educación, y sólo 4.1% está sin instrucción. Estos datos, en primera instancia, reflejan considerables posibilidades de acceso a la instrucción, sin embargo solamente el 51.8% de la población mayor de 15 años cuenta con la primaria completa, mientras que el porcentaje restante, en este mismo rango de edad, pasa a formar parte del rezago escolar que sufre la comunidad. Esto también refleja la brecha generacional marcada por un bajo porcentaje de acceso a la educación por parte de las generaciones de adultos en comparación con la de los jóvenes menores de 19 años, que son quienes incrementan el porcentaje de individuos con algún grado de instrucción.

En el nivel secundaria, el 89% de la población que reportó estudios en este nivel la concluyó, y sólo el 10.3% cursó algún grado sin concluirla.

La población de 19 años y más con algún grado de escolaridad en nivel superior (incluye normal superior y licenciatura) es del 14.19%

CUADRO IV. GRADOS DE INSTRUCCIÓN BÁSICA

Población de 15 años y más	
Con algún grado de instrucción	95.9%
Sin instrucción	4.1%
Con Educación Primaria completa	51.8%
Con Educación Primaria completa	48.2%

CUADRO V. POBLACIÓN CON INSTRUCCIÓN BÁSICA

Población de 15 años y más	
La concluyó	89.7%
No la concluyó	10.3%

El escenario calero

Flora y fauna

Entre las especies vegetales silvestres más representativas se hallan, ciruelos, guaje rojo, amate amarillo y negro, sauce, madroño, fresno, cazahuate, copal, pochote, guamúchil, llorasangre y, en las cercanías de un manantial que nace en las inmediaciones del pueblo crecen musgos, helechos y algunos tipos de hongos. En los traspacios o solares de las casas y en algunos terrenos se cultivan frutales como limones, mangos, aguacates y nísperos, naranjos, guayabos, ciruelos, granadas, limas, así como flores y algunas plantas medicinales que son aporte a la nutrición y a la economía familiar.

La fauna silvestre está representada por tlacuaches, cacomixtles, zorrillos, ardillas, hurones, iguanas, conejos, chachalacas, huilotas, cuervos, zopilotes, gavilanes, halcones, tejones, diversos tipos de víboras, coyotes, entre otros.

Los servicios públicos

El 80% de la localidad cuenta con electrificación según revela el Plan de Desarrollo Municipal (2000-2003), hay servicio de teléfono público y privado, servicio de acarreo de basura del ayuntamiento, de televisión por cable, cuatro escuelas, dos consultorios privados, un dentista y un centro de salud que da los servicios de consulta externa, urgencias, atención a partos, módulo de hidratación oral, área de curaciones y vacunas, área de hospitalización, y cinco profesionales de la salud (médico, enfermeras, dentista, promotor). Durante el gobierno estatal de Lauro Ortega se perforó un pozo y se instaló una bomba de agua que hoy abastecen las necesidades de este líquido en el pueblo.

Edificios

El zócalo de la comunidad consta de dos iglesias católicas situadas una frente a la otra, la de San Andrés (Patrono del pueblo) y la de El Cristo Salvador. La de San Andrés es la iglesia más grande y más antigua, pues su construcción data del siglo XVI y la de San Salvador fue edificada en la década de los 40' del siglo pasado. No lejos del centro hay una lujosa e impecable construcción de la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días o Mormones, que fue construida hace menos de 4 años (y una antigua capilla de la misma religión edificada hace 25 años aproximadamente y que hoy día no se utiliza más) (Sra. Soledad Oliveros Rivera julio/ 07). La religión que tiene mayor número de feligreses es la católica (alrededor del 80%), seguida por la mormona que reúne un porcentaje mucho menor, y los testigos de Jehová que son unos cuantos individuos y que no cuentan con capilla o templo en el poblado. Estos dos grupos principales están en constante desacuerdo por la manera de ver el trabajo comunal. Los mormones, generalmente, no cooperan ni participan en las fiestas patronales del pueblo. (Ruiz Rivera: 2001)

Organización comunitaria y ceremonial

La organización política formal en San Andrés la representan las autoridades municipales y agrarias, Ayudante Municipal y Presidente del Comisariado de Bienes Comunales.

La organización social de la comunidad está sustentada en redes de parentesco y compadrazgo que son un elemento esencial en la organización del trabajo agrícola a través de ayudas e intercambios entre sus miembros. Estas mismas redes tienen relevancia en la migración, ya que los migrantes se apoyan en familiares, amistades y compadres para decidir el destino de su actividad laboral fuera del país.

En lo que se refiere a la vida ceremonial de la comunidad, existen dos elementos clave: las mayordomías y un ritual de petición de lluvias de raíces prehispánicas.

En San Andrés de la Cal hay dos mayordomías que son organizadas para cada una de las dos iglesias existentes en el poblado. Los mayordomos son quienes se hacen cargo todo el año de arreglar, limpiar, cuidar la iglesia y organizar las misas, matrimonios y bautizos además de la fiesta correspondiente. Para las fiestas religiosas, cada mayordomo principal cuenta con el apoyo del mayordomo de la música y el de los cohetes (castillo pirotécnico),

y cada uno de ellos reúne un cierto número de *acompañantes* o personas que colaboran con ellos para lograr su cometido durante la fiesta (hacer referencia a las mayordomías). La fiesta de San Andrés se lleva a cabo el 30 de noviembre y la de San Salvador el tercer domingo de enero, en ellas está presente la música de banda de viento y cohetes, se ofrece comida abundante y se adornan las iglesias. Cada mayordomo visita a sus coterráneos para sellar el compromiso de sus *acompañantes* o apoyos, contempla los gastos que realizará para ofrecer comida durante una semana a los visitantes de otras localidades y Estados en su domicilio, e inicia la recolección de donativos que también incluyen, si es preciso, a quienes se encuentran trabajando en Estados Unidos o en Canadá (señor Paulino Alarcón, mayordomo de la iglesia de San Andrés).

El ciclo ritual católico en San Andrés es una extensión del calendario agrícola. Comienza y termina cíclicamente con las temporadas de seca, lluvia y helada. El ciclo ritual se inicia el tercer domingo de enero, día escogido para celebrar al Cristo Salvador. Dentro del calendario litúrgico le corresponde el 6 de agosto, fecha de trabajo agrícola y de lluvia continua, por lo que se pasó el festejo para el tercer domingo de enero. La fiesta se desarrolla en tres días, en el primero se celebra la *víspera*, en el segundo se festeja al Cristo; se prepara mole rojo en las casas de los fieles, se instala una feria, llegan a la iglesia mandas y promesas de otros pueblos, por la noche se quema un castillo de fuegos pirotécnicos y se hace un baile popular de música grupera; el tercer día se clausura. Durante los tres días toca la banda de viento. En ocasiones, en ambas fiestas, se complementa el festejo con la organización del jaripeo, que antiguamente se realizaba con la colaboración de jóvenes y adultos entusiastas que se encargaban de conseguir los toros entre los mismos habitantes de la comunidad, de armar el corral y de dar de comer a ganaderos, caporales y jinetes, lo que se conocía como *dar la marrana*. Sin embargo esta tradición ha quedado cada vez más en desuso ya que ahora el jaripeo que se organiza se transformó en una actividad con fines de lucro, y cada vez es más frecuente la intervención de jinetes y ganaderos *de paga*, se cobra el acceso al evento, y desde luego se ha dejado de organizar la tradicional *marrana*.

Otras celebraciones, corresponden a La Candelaria (2 de febrero), La Cuaresma, Semana Santa, Carnaval (al final de la Cuaresma y la Semana Santa), La Santa Cruz (3 de mayo), San Isidro Labrador (15 de mayo), San Miguel Arcángel (28-29 de septiembre), San Lucas (18 de octubre), Días de Muertos (30 de octubre al 3 de noviembre), San Andrés (30 de noviembre, fiesta patronal, con iguales características de la del tercer domingo de enero), Virgen de Guadalupe (12 de diciembre), y Navidad (16-25 de diciembre, incluye las Posadas, Noche Buena y Navidad) (Ruiz Rivera: 2001). A excepción de las fiestas patronales de San Andrés y El Cristo Salvador, las demás no integran los elementos de mayordomías.

Durante la Semana Santa se realiza una procesión para conmemorar a la *Virgen de los Dolores* y el *Santo Entierro*, esta procesión es organizada por un comité de señoras que imparten catecismo.

Los cerros, ancestrales acompañantes de los habitantes de San Andrés constituyen un referente identitario y ceremonial, además de ser objeto de la imaginería popular; entorno a ellos se tejen historias de aparecidos y de acontecimientos extraordinarios, se habla de ovnis, de *presencias* y de los sonidos inexplicables que produce *el monte*. El manantial, los cerros y sus cuevas están ligados desde tiempo inmemorial a la vida ceremonial y agrícola de la comunidad.

A finales del mes de mayo de cada año se lleva a cabo una ceremonia de petición de lluvias de origen prehispánico en la que se realiza una procesión desde la iglesia principal, o en ocasiones desde la Ayudantía Municipal, hacia 13 cuevas -anteriormente eran 9- donde solicitan un buen temporal a los *yeyecames o vientecillos*, seres etéreos que son parte de la cosmogonía náhuatl, quienes manejan los vientos. Esta ceremonia se inicia con las compras de los elementos que forman la ofrenda (frutas, muñequitos, cigarros, dulces, bebida y alimentos) a través de un comité apoyado por el ayudante municipal. Se preparan las ofrendas durante la noche anterior y el día de la procesión se realiza una misa en la iglesia de San Andrés. La procesión se divide en grupos que acuden a celebrar el ritual en cada una de las cuevas, y al consumarse la procesión en la Ayudantía Municipal ofrece comida para los que participaron.

Cultivo de maíz y otras actividades

Dentro de las actividades pecuarias está la crianza de bueyes y toros, ayudantes imprescindibles en el trabajo agrícola y susceptibles de comercialización; en general estos animales son mantenidos con productos de la milpa y con alimento comprado (pacas de avena, melaza, cogollos de caña, entre otros). Y generalmente en la temporada seca, de noviembre a mayo, los propietarios prefieren *soltar* a sus animales para que éstos busquen sustento en los terrenos con *rastrojo*⁴⁵ que quedan libres después de la cosecha. Antiguamente era una costumbre generalizada que después de la cosecha cualquier persona podía usar el rastrojo de los terrenos para alimento de su ganado; ahora, debido a las condiciones precarias del campo, los rastrojos se comercializan entre los mismos propietarios de ganado del pueblo, o de los pueblos vecinos como Santa Catarina y Tepoztlán.

En lo que se refiere a la tierra y sus cultivos, San Andrés de la Cal es el segundo poblado con mayor producción maicera en el municipio, en promedio se siembran 150 hectáreas anualmente, 30 con maíz criollo (*ancho*) y en menor escala el azul, que son los tipos de maíz tradicionalmente usados en este lugar; las restantes 120 hectáreas se destinan al maíz híbrido. En el año 2006, según estadísticas del Ayuntamiento Municipal, se cosechó un promedio de 450 toneladas de maíz tanto criollo como híbrido.

El maíz híbrido se cultiva invariablemente con fines comerciales, se vende en Tepoztlán, Yautepec, Cuautla, Santa Catarina o directamente a los compradores que llegan al pueblo; también se ocupa como alimento del ganado y en años recientes, debido al auge de los negocios familiares, para la elaboración de tortillas. El maíz criollo, en sus diferentes especies como el *ancho*, *tepalcingueño*, *pitillo* y otros, es para autoconsumo familiar y en casos de necesidad se vende al vecino que lo necesite, a las amistades o a conocidos de Santa Catarina. La elección de maíces nativos se hace con base en el sabor y la textura, y el de los híbridos - de acuerdo a lo expresado por los informantes- se debe a su resistencia a

⁴⁵ El rastrojo es la cañuela de la planta de maíz que queda en el terreno de siembra después de la cosecha y recolección del zacate (hojas de la planta que se usan como alimento para el ganado).

los fuertes vientos, al mayor rendimiento en la cosecha, y al menor trabajo invertido en su cultivo (Censo San Andrés 2008-2009).

Los terrenos milperos se ubican al noroeste, oeste y suroeste del pueblo. Según el Plan Municipal de Desarrollo Urbano, la orografía del poblado corresponde en su totalidad a las consideradas zonas planas, las cuales se localizan en el centro y sudoeste del Municipio. La conforman El Texcal, San Andrés de la Cal, Santa Catarina y parte del valle de Yautepec (Plan Municipal de Desarrollo: 1999).

San Andrés extiende sus tierras de cultivo hacia la zona ecológica de El Texcal, se trata de tierras comunales de temporal en las que el rendimiento agrícola en promedio es de 3 toneladas por hectárea, según versiones de los mismos campesinos. Las laderas de los cerros y los terrenos pedregosos o de *texcal* se emplean para la siembra con el antiguo sistema de *tlacolol* usando coa y un palo con punta, el pico o el machete.

La superficie territorial total de San Andrés es de 3 440 hectáreas, su uso se muestra a continuación:

CUADRO VI. USO DEL SUELO

Uso	Extensión (hectáreas)	Porcentaje (%)
Agricultura de temporal	359	10.4
Ganadería	1 200	34.7
Forestal	1 841	53.5
Urbano*	40	1.1

* Esta cifra debe estar desfasada debido al tiempo transcurrido desde la recopilación.

Fuente: Ruiz Rivera, 2001

En los últimos 15 años el arado metálico ha sido reemplazado por el tractor, con la motivación de las instancias agrarias; lo mismo ha ocurrido con los insumos agrícolas. Según expresan los informantes, quienes cultivan lo hacen con tractor, si les es posible ocupan sembradora y desgranadora y emplean abonos químicos y herbicidas. En los

últimos cinco años se han adquirido seis tractores a través de los programas de crédito de PROCAMPO y Alianza Para el Campo y son propiedad de unos cuantos, quienes los prestan a sus familiares o los rentan a sus coterráneos. El fertilizante químico más empleado es el TRIPLE 16, y el herbicida o *matahierba* es el Kaiser, ambos suelen adicionarse tanto a la milpa de maíz criollo como a la de híbrido.

En San Andrés se llevó a cabo un proyecto de recuperación y mantenimiento de los suelos y de los ecosistemas por parte de FIRCO (*Fideicomiso de Riesgo Compartido* de la Secretaría Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación) en el año 2000; a través de este proyecto, en el que participaron 110 campesinos de la localidad, se hicieron parcelas demostrativas y se iniciaron cursos de capacitación sobre selección masal con la finalidad de establecer un banco de germoplasma. El proyecto fue suspendido por falta de financiamiento institucional.

En el ciclo agrícola 2007 -según afirman los informantes- se sembró mucho más maíz que en años anteriores, aunque nunca se había dejado de sembrar. Hay quienes aseguran, con una vasta experiencia como agricultores, que los que ahora siembran ya no saben cultivar el maíz porque no se trata únicamente de sembrarlo, abonarlo y echarle herbicidas sino de cultivarlo, se trata de saberlo cuidar.

Para el ciclo agrícola 2007-2008, el número de hogares que reportaron haber trabajado en algún cultivo fue de 101 (Censo Sociodemográfico San Andrés 2008-2009), de los cuales:

CUADRO VII. CULTIVOS

Todos los cultivos 2007-2008		No. De Hogares
1.	Sembraron sólo maíz criollo	15
2.	Sembraron sólo maíz híbrido	12
3.	Sembraron sólo sorgo	3
4.	Sembraron maíz criollo y maíz híbrido	17
5.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido y frijol	1
6.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido, frijol y calabaza	3
7.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido, frijol, calabaza, pepino y sorgo	1
8.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido, frijol, calabaza y sorgo	1
9.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido, calabaza, jitomate y pepino	1
10.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido, calabaza y sorgo	1
11.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido, jitomate y pepino	1
12.	Sembraron maíz criollo, maíz híbrido y sorgo	11
13.	Sembraron maíz criollo, frijol y calabaza	7
14.	Sembraron maíz criollo y calabaza	1
15.	Sembraron maíz criollo y sorgo	4
16.	Sembraron maíz híbrido, frijol y calabaza	3
17.	Sembraron maíz híbrido, calabaza, jitomate y pepino	1
18.	Sembraron maíz híbrido, calabaza y sorgo	1
19.	Sembraron maíz híbrido y sorgo	12
20.	Sembraron frijol y calabaza	1
21.	Sembraron calabaza, jitomate y pepino	1
22.	Sembraron flores	1
23.	Sembraron plantas de ornato	1
24.	Sembraron cacahuete y agave	1

* Datos: Censo San Andrés 2008-9, cuadro elaborado por el autor.

De la tabla anterior podemos destacar que la agricultura en San Andrés de la Cal está transformándose paulatinamente. Si bien es cierto que aún se conserva la agricultura de subsistencia, el sistema *milpa*, en la que se combinan primordialmente el maíz criollo, el frijol y la calabaza, el monocultivo del maíz híbrido se ha incrementado en los últimos años, no tanto en cantidad de hogares que lo practican sino en las cantidades que se siembran.

También puede apreciarse la emergencia de un sistema que combina la siembra de maíz híbrido (generalmente recomendado para monocultivo por los ingenieros agrónomos que asesoran los proyectos) con variedades de calabaza y frijol (propios del tradicional sistema *milpa*) y que se puede apreciar en los puntos 16, 17 y 18 de la tabla anterior.

Otras formas de ingreso económico

Si bien las actividades agrícolas y pecuarias son de gran importancia para el sostén de las familias de esta localidad, no representan su único sustento económico. En la actualidad, la población combina actividades agrícolas y no agrícolas para complementar sus ingresos. Entre las actividades no agrícolas que realizan los habitantes de San Andrés están la albañilería, ya sea dentro o fuera de la localidad, el comercio principalmente de maíz y sus derivados: hoja de mazorca para tamales, frijol, maíz pozolero; también comercializan ciruela mango, aunque esta es una actividad estacional que se desarrolla en los meses de agosto y septiembre cuando la fruta está madura⁴⁶; entre las actividades profesionales se halla el magisterio – en su mayor parte fuera de San Andrés- y la enfermería; otros se emplean en comercios fuera de la localidad ya sea en Cuernavaca o Tepoztlán, donde trabajan como taxistas, carpinteros o se contratan en talleres mecánicos.

En 2001, Ruiz Rivera (*Óp. Cit.*) levantó un censo de oficios y profesiones que arrojó los datos que se muestran en el *Cuadro VII*.

Migración

Una actividad de gran importancia económica, social y cultural para la comunidad es la migración temporal de hombres y de algunas mujeres hacia Estados Unidos y Canadá. La migración se instaló en San Andrés hace aproximadamente 30 años. Los migrantes comenzaron a ir a Estados Unidos, y más tarde a Canadá, de manera sistemática a partir de los años 80's. En el presente emigran de dos formas: como ilegales o contratados por empresas (es decir, “*pedidos*”).

A Estados Unidos suelen ir como ilegales o contratados. Como ilegales cruzan la frontera por Tijuana y se van en grupos que “conduce” una persona que contratan en la frontera (los llamados comúnmente “coyotes”), o bien llegan a casa de familiares o amistades y generalmente buscan opciones laborales urbanas (fábricas, restaurantes, yardas). Si emigran

⁴⁶ En casi la totalidad de las viviendas o huertos familiares, llamados comúnmente *corrales*, hay ciruelos, aunque no se les cultiva de manera especial; el clima permite el desarrollo sin inconvenientes del árbol y sus frutos constituyen una actividad económica importante en una temporada intermedia entre la siembra y cosecha del maíz. A ella se dedican indistintamente tanto hombres como mujeres, los cuales comercializan el fruto, de manera informal, en el mercado López Mateos de Cuernavaca.

“legales” – término usado por los entrevistados- son contratados desde aquí por personas de fuera de la comunidad que son “enlaces” con fincas agrícolas en Estados Unidos que requieren trabajadores temporales y que generalmente contactan en Cd. Altamirano en el estado de Guerrero, en Acatlipa y Xalostoc, Morelos, o en Puebla; cada migrante sufraga los gastos del viaje así como el servicio del “enlace”. Suelen emplearse en actividades como la cosecha de tabaco, de jitomate, fresas y hortalizas, y al regresar generalmente esperan ser pedidos por el mismo patrón que los contrató el primer año si estuvieron contentos con las condiciones de trabajo o ganaron mejor que en otras partes. Algunos de los destinos identificados en el país vecino son los estados de California, Washington, Nevada, Texas y Virginia.

La migración temporal a Canadá se da dentro del *Programa de Trabajadores Agrícolas Mexicanos*⁴⁷ convenido por los gobiernos mexicano y canadiense, las contrataciones se hacen por medio de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social en la ciudad de México y los migrantes incluidos en el Programa obtienen algunos “beneficios” en comparación con los que emigran a Estados Unidos, como el viaje en avión y el alojamiento pagado por el finquero que los contrata, servicios médicos y una pensión vitalicia en caso de haber quedado incapacitado.

Su trabajo lo desempeñan recluidos en las fincas que los contratan y bajo estricta supervisión de los finqueros. Los principales destinos en Canadá son las provincias de Alberta, Montreal, Ontario y Québec. Los migrantes esperan ser “pedidos” por el mismo patrón año con año si el trabajo les gustó y ganaron bien. Su estancia es de mayo a noviembre, y durante ese tiempo envían remesas a sus familias y algunos de ellos se mantienen informados de lo que acontece en el campo.

Según el censo realizado por el Centro de Salud en el 2005, el 17.2% de la población masculina emigra anualmente a Estados Unidos y Canadá. Los entrevistados comentaron que la mayor parte de los migrantes temporales son hombres entre los 18 y los 40 años. El grupo de mujeres migrantes, cuyas edades se encuentran en el intervalo de 35 a 45 años,

⁴⁷ El Programa de Trabajadores Agrícolas Mexicanos de Temporada se inició en 1974 con la firma de un Memorándum de Entendimiento entre los gobiernos de México y Canadá. Fuente: <http://www.canadainternational.gc.ca/mexico-mexique/work-travail/sawp-ptag.aspx?lang=es>

sólo viajan a Canadá, y se está incrementando pues en el 2006 ya fueron siete las mujeres que se inscribieron al programa canadiense. El grupo de mujeres migrantes se emplean en apicultura, en los cultivos de hortalizas, de fresas, y en invernaderos.

Refiriéndonos tan solo a población migrante temporal se encontraron, mediante el Censo 2008-2009, datos de al menos 75 migrantes temporales, 65 hombres y 10 mujeres, que representan el 7% de la población total censada.

El perfil educativo de los migrantes censados en 2008-2009 nos indica que el promedio de escolaridad de este grupo es de 8.6 años, es decir mayor que los promedios estatal y nacional que estaban estimados en 8.45 y 8.15 respectivamente, aunque ligeramente menor que el de la población general de la comunidad, que es de 8.9 años.

Resulta relevante el porcentaje de 79.4 de los migrantes que cuenta con educación básica completa. El 20.5% restante corresponde a los migrantes que cursaron algún grado en la educación básica (hasta Secundaria) pero no la completaron.

Otro dato que resalta es el alto promedio de escolaridad de los hogares con algún miembro migrante: 11.3 años, a diferencia del 8.15 que corresponde al promedio nacional. Esto puede ser un indicador respecto a que los ingresos producto de la migración temporal está incidiendo factor en el acceso a la educación de las generaciones de jóvenes hijos de migrantes.

A manera de resumen podemos puntualizar que la comunidad de San Andrés de la Cal, de tradición fundamentalmente agrícola, está atravesando por un proceso de recomposición de sus actividades económicas, las cuales se están situando cada vez más frecuentemente en el sector de servicios, el pequeño comercio y comercio temporal. Además, se consolida cada vez más la migración temporal como parte fundamental de la economía comunitaria, a la vez que permite el acceso a otros servicios como la educación, de comunicación, y los de entretenimiento.

De la educación podemos destacar que el hecho de que el promedio de escolaridad observado en la comunidad sea ligeramente superior a los promedios estatal y nacional, sugiere que la comunidad tiene acceso a los servicios educativos y que la perspectiva respecto a la educación está cambiando, sobre todo en la población joven, que es la que

incrementa dicho promedio en la actualidad. En contraste, si observamos el promedio de escolaridad de los adultos mayores de 24 años, nos percatamos que ese grupo muestra un nivel considerable por debajo del estatal y nacional.

Aún no contamos con elementos suficientes para afirmar que la migración temporal ha incidido directamente en el perfil educativo de la comunidad, sin embargo el hecho de que los hogares con miembros migrantes tengan un nivel de escolaridad superior al resto nos hace suponer que así es.

En lo que respecta a la organización ceremonial, es indudable que la tradición prehispánica tiene un fuerte arraigo en la comunidad. Y esto es visible a través del rigor de los rituales tanto de petición de lluvias como de filiación católica y su calendario agrícola, todos ellos fundamentales en la pervivencia de lo cotidiano. San Andrés de la Cal tiene una identidad que se ha definido, consolidado a través de los siglos.

CUADRO VIII. OFICIOS Y PROFESIONES

Oficios		Profesiones	
Albañiles	10	Maestros	50
Jardineros	4	Contadores	2
Lavanderas	3	Abogados	2
Costureras	6	Psicólogos	2
Herreros	3	Doctores	2
Panaderos	1	Antropólogos	1
Abarroteros	10	Ingenieros	8
Molineros	3	Arquitectos	1
Peones locales de tiempo completo	20		
Peones migrantes en E.U.	50		
Apicultores	11		
Obreros	20		
Fontaneros	1		
Carpinteros	2		
Choferes	1		
Leñadores	2		
Matanceros	1		
Zapateros	1		
Técnicos electricistas	1		
Técnicos en electrónica	1		
Mecánico	1		

Además de los datos anteriores reportados en el 2001, los datos obtenidos en el Censo 2008-2009 arrojaron los siguientes resultados respecto a las profesiones en San Andrés: 70

profesores de distintos niveles, 3 arquitectos, 8 contadores, 7 abogados, 8 enfermeras, 3 ingenieros, 1 médico, 1 odontólogo, 1 licenciada en informática, 4 psicólogos, 3 veterinarios, 1 licenciada en humanidades, 1 antropólogo.

Capítulo III

La agricultura como antecedente de la migración agrícola temporal

Las relaciones que se establecen entre la agricultura y otros procesos cotidianos en el interior de una comunidad de tradición campesina ancestral, tienen su origen en los cambios y permanencias que, de manera gradual pero continua, se adoptan como mecanismos de sobrevivencia. Es por esa razón que este apartado está enfocado en la descripción de la cotidianidad campesina, de sus relaciones con la familia, de sus costumbres tradicionales en relación con el ámbito agrícola; pero también con el cambio en la agricultura y nuevas modalidades productivas; de igual manera se establece la relación entre estos procesos y la migración temporal como proceso emergente que se afianza en el sostenimiento de la economía familiar y comunitaria; pero que además incide en la trayectoria de formación de los caleros.

La siembra

En San Andrés de la Cal la temporada de siembra inicia con la ‘limpia’ del campo, es decir la parcela o el terreno en donde se va a sembrar; se le quita la ‘cañuela’⁴⁸ del año anterior, junto con el *acahual* y las yerbas secas; los desechos se juntan en la parte de en medio, para que al quemarla no se extienda el fuego hacia otros terrenos; esta tarea se lleva a cabo entre los meses de abril y mayo; la razón de que no se realice antes es porque, generalmente, esos mismos espacios sirven como potreros para encerrar al ganado –vacas, toros, caballos, mulas, yeguas, burros- y es hasta entonces que se agotan.

Al llegar las primeras lluvias se empieza a barbechar, a preparar la tierra para recibir las semillas de la milpa, “se calienta la tierra para que sepa que la va uno a sembrar” (Saturnino Bermúdez, feb/2011). Barbechar es mover la tierra, exponerla al sol, darle aire, voltearla para que los pequeños bichos –como los *nextecuiles*⁴⁹- que han hecho ahí sus madrigueras

⁴⁸ La cañuela es el tallo de la planta de maíz, que queda después de la cosecha. Generalmente es parte de la pastura para el ganado, pero muchos de esos tallos quedan aún después de la temporada de encierro.

⁴⁹ Los *nextecuiles* son las larvas de varias especies de escarabajo. También se les conoce como “gallina ciega”, que es una denominación general que abarca un complejo de especies de escarabajos del género *Phyllophaga*. El ciclo completo de esta plaga se extiende por uno a dos años, según la especie. El problema lo ocasionan las larvas al alimentarse de raíces, por lo general de gramíneas, principalmente maíz y sorgo, pero

salgan y no dañen la siembra. Antiguamente el barbecho se hacía con yunta y arado, ahora casi todos los campesinos alquilan el tractor porque el trabajo se realiza más rápidamente y los discos de la máquina se entierran más profundo y remueven mejor la tierra. El momento en que se hace ese trabajo depende de la lluvia, generalmente es entre la tercera semana de mayo y la segunda de junio; si hay signos de que la lluvia llegará pronto, el trabajo inicia antes; las palomillas blancas, un vientecillo húmedo que viene del noreste, los ‘caminitos’ de hormigas que, apresuradamente, se mudan de hormiguero son los principales indicios de la inminente llegada de las lluvias.

El momento de sembrar llega después de algunos días de lluvia. “Se sabe cuándo es tiempo porque la tierra barbechada se humedece y parece como un polvorón, se deshacen los terrones con sólo tocarlos” (Salomé Ramírez/julio 2010). En la siembra participa toda la familia, excepto los miembros muy pequeños, menores de ocho años; es una actividad que requiere de muchas manos –y pies- porque debe hacerse, de preferencia, en una sola jornada, de no ser así se corre el riesgo de que la lluvia arruine los surcos donde van a depositarse las semillas, y entonces el trabajo sería doble porque habría que volver a hacerlos con el azadón. El día de la “siembra” inicia, como casi todas las actividades relacionadas con la agricultura, desde muy temprano. Como la mayoría de los terrenos agrícolas se hallan en el perímetro del pueblo, es necesario trasladar las herramientas y semillas en animales de carga –mulas, caballos o burros-, son pocos los campesinos que cuentan con camionetas o tractores para realizar ese trabajo, además de que muchos terrenos se encuentran en sitios inaccesibles para ese medio de transporte; junto con los implementos también viajan los sembradores –el padre, los hijos e hijas, y demás miembros de la familia-. Al llegar a la parcela el jefe de familia acuerda con el tractorista cómo quiere que se tracen los surcos, esto se hace tomando en cuenta el declive del terreno, su orientación respecto a la trayectoria solar, las sombras del perímetro de la parcela y el tipo de suelo de la misma. Un terreno con declive requiere de un trazado de los surcos perpendicular al flujo del agua de lluvia y en forma de zigzag para hacer que el agua

también de otros cultivos, incluso hortícolas, y maleza. El daño es mayor en el maíz ya que el ataque incluye las raíces de anclaje. Fuente: http://www.bayercropscience.com.mx/bayer/cropscience/bcsmexico.nsf/id/GallinaPests_BCS

escurra más lentamente y conserve la humedad por un lapso de tiempo mayor entre los surcos. También se procura que la trayectoria del sol brinde una iluminación uniforme a las futuras plantas, se prevé que la sombra de unas impida el crecimiento de otras; como la costumbre en esta comunidad es delimitar el perímetro de los terrenos de siembra con un cerco de piedras [tecorral] y árboles –para contrarrestar los efectos del viento y la incursión de los animales- es necesario tomar en cuenta la sombra que proyectarán estos elementos en la milpa; por eso los campesinos evitan sembrar en esos sitios de la parcela. Los terrenos de siembra son, en su mayoría, espacios de geometría irregular; es común observar islas de piedra en su interior, o espacios inaccesibles; debido a esas características, el trazado de los surcos difícilmente será en línea recta y continua. Es común observar el uso del ‘cornejal’⁵⁰ para utilizar los espacios pequeños pero fértiles del terreno. Cuando se ha acordado la forma y orientación de los surcos, es hora de iniciar la jornada; los sembradores esperan a que el tractor, o la yunta, den forma a los primeros surcos –con ambas técnicas se pasa dos veces, con el arado o el disco, por el mismo canal del surco, para hacer un bordo más pronunciado en la parte superior, de tal manera que haya suficiente tierra para tapar las semillas–; el jefe de familia –o el patrón– indica cuántas semillas de maíz se echarán en cada mata, cuántas de frijol y calabaza, y el intervalo en que se sembrarán la calabaza y el frijol; lo común es que, tratándose de maíz criollo, como en el caso descrito, se tiren en cada mata tres semillas de maíz, una de calabaza y una de frijol, y que las de calabaza y frijol se intercalen cada cinco o seis plantas de maíz; algunos campesinos prefieren sembrar la calabaza y el frijol sólo en una sección de la milpa, otros lo hacen indiscriminadamente. La distancia entre las plantas de maíz suele ser de uno y medio a dos pasos. En cuanto a la distancia entre un surco y otro, varía si se hacen con yunta o tractor; el tractor necesitará de una distancia mayor, entre 70 y 90 centímetros, para poder maniobrar cuando se hacen las tareas posteriores –primera y segunda mano-; en cambio con la yunta la distancia puede ser de 60 a 80 centímetros. Cuando ya se ha establecido cómo se va a sembrar, cada quien toma su cubeta o morral, lo llena de semillas, mezclando las tres –maíz, frijol y calabaza- y,

⁵⁰ El “cornejal” es una técnica que permite la siembra en espacios pequeños, y por lo mismo inaccesibles al tractor o la yunta, dentro de la parcela. Se trata de pequeños surcos que, generalmente, se trabajan “a mano”, utilizando la herramienta llamada azadón para “beneficiar” –quitar la yerba y proporcionar tierra en la base de- la planta de maíz.

después de persignarse⁵¹, comienza a sembrar. Las semillas se toman del recipiente, con un movimiento rápido de reconocimiento táctil se elige el número y la especie, y se arrojan en la parte más profunda del surco, a continuación se tapan con la tierra de la parte superior del surco, para ello se utiliza el pié; a muchos campesinos les gusta sembrar descalzos, sentir el contacto directo de la tierra en la piel, la frescura de su humedad. Cada sembrador utiliza su experiencia para decidir en qué momento empezar a echar la semilla de calabaza y frijol, si la profundidad del surco es la adecuada y la cantidad de tierra necesaria para tapar las semillas. Los sembradores más jóvenes, y los que siembran por primera vez, son supervisados por los de mayor experiencia, quienes les enseñan con el ejemplo. La experiencia que ostentan los viejos les ha sido heredada y ellos serán quienes transmitan a las nuevas generaciones. Este proceso da cuenta de que

la tradición cultural campesina de la mayor parte del país resume siglos de experiencia como cultivos multiespecíficos o múltiples, diferentes manejos del agua en pequeña escala y un uso intensivo de la tracción animal, expresiones todas ellas derivadas de la experiencia empírica, a través de la cual se logra la adaptación tecnológica a las variadas condiciones edáficas, climáticas y topográficas en que se realiza la producción. (Toledo, 1993: 37)

La actividad de siembra continúa de esa manera hasta las diez u once de la mañana, hora en que llegan ‘los tacos’; es la comida que lleva la esposa e hijas, y que han preparado en casa, la comparten con los sembradores y el tractorista o *gañán*⁵² de la yunta. Bajo la sombra de algún árbol ‘se echa taco’; algún platillo local, sencillo pero sustancioso, es la comida acompañada con tortillas calientes y refrescos o agua de alguna fruta. Mientras comen, comentan las incidencias de lo que ha transcurrido de la jornada: que si la tierra está lo suficientemente húmeda, que cómo pinta el nuevo temporal, que quiénes han sembrado ya

⁵¹ Este acto demuestra cuán imbricado está el fervor católico en las actividades cotidianas y de subsistencia de la comunidad. Otras tradiciones confirman esta imbricación, entre ellas destacan la celebración del “Día de los Elotes” –el 29 de septiembre- en que se colocan cruces de pericón - *Tagetes florida Sweet*- en el perímetro de la milpa, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales y, junto con la familia y amigos, se asan elotes en las parcelas.

⁵² El *gañán* es la persona que conduce la yunta de bueyes, mulas o caballos. Es un oficio especializado que requiere de saber uncir a los animales de tiro con los aditamentos –yugo, de los bueyes, o balancín para caballos y mulas-, también de la pericia para conducir a los animales y trazar los surcos. Además, sus conocimientos incluyen la manufactura de los diferentes tipos de surcos: los de siembra y los de “beneficio” – primera y segunda mano-.

o lo van a hacer y en qué cantidad⁵³, u otros temas relacionados con la actividad agrícola o comunitaria. Las conversaciones suelen ser sencillas pero no son triviales.

Después de comer se reanudan las actividades de la siembra; se reabastecen de semillas los morrales y las cubetas, y con ánimos renovados también se ‘entra’ al surco nuevamente. Para entonces, el sol del casi mediodía hace su labor y expone a los bichos que la tierra húmeda alberga, los pájaros -píjones, cuervos, tórtolas y demás-, atentos siempre a cualquier movimiento, acaban rápidamente con cualquier insecto que se salga a la superficie. La tierra húmeda, al contacto con los pies descalzos, hace más soportable el calor del día que avanza; de vez en vez, al encontrarse en las cabeceras⁵⁴ cuando se reabastece, o en medio del surco, los sembradores intercambian algunas palabras, algo que les permita saber cómo está transcurriendo el trabajo, qué incidencias han ocurrido o simplemente si las expectativas son buenas para terminar la siembra en una sola jornada.

Estas escenas se han recreado durante muchas temporadas, durante muchas generaciones de campesinos. La vida comunitaria de San Andrés de la Cal ha basado su cotidianidad en las actividades que tienen relación con el campo en su sentido más amplio, el campo como espacio de vida y acción que le da sentido a esa misma cotidianidad a través de las estrategias e innovaciones de los “biotecnólogos tradicionales”, los campesinos (Toledo, Víctor Manuel, en Muñetón 2009), quienes orientan la producción al autoconsumo aunque una parte de ella se destine a su venta en el mercado; la economía campesina es, pues, “una economía en la que hay un predominio relativo del valor de uso sobre el valor de cambio”. (Toledo, 1993: 62)

El siguiente relato de un campesino y migrante nos describe esa cotidianidad durante su juventud, cuando el trabajo en el campo era la actividad esencial de las familias. A través de sus palabras, con nostálgica mirada, recorre el tiempo desde su niñez hasta el ‘ahora’, en que las cosas han cambiado.

⁵³ El cuartillo es unidad de volumen utilizada para medir el grano de maíz. Consiste de un cilindro de acero de dos litros de capacidad, pero que es utilizado para medir granos. El tamaño de los terrenos se calcula por el número de cuartillos que pueden sembrarse de acuerdo a los parámetros normales de siembra, que se comentaron arriba.

⁵⁴ Las cabeceras son los extremos de los surcos largos. Los surcos pequeños se llaman cornejales, y esos no tienen cabeceras.

Antes se trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde; nos llevaban de comer al mediodía y a seguirle; mi mamá nos llevaba de comer. En ese entonces yo tenía hermanos más chicos, ellos se quedaban en la casa porque a ellos casi no los llevaban a trabajar, sólo a mi hermano Cirilo y a mí; a los otros casi no los mandaban, ellos sí tuvieron secundaria y todo. Así fue mi vida, con esa rutina hasta cuando tenía dieciséis años; también íbamos a vender leña a Yautepec. Cuando no era temporada de cultivo nos ponían a desgranar, a sacar hoja, a cortar leña, a pastorear las vacas, a amansar los toros para la yunta, a arrear el ganado que andaba suelto por el cerro; siempre había algo que hacer, no era como ahora que los chamacos ya ni quieren hacer nada, sólo andan jugando, andan de vagos o tomando.

Yo no quería tener una vida como la de mi papá, de trabajar únicamente en el campo; pensé diferente; quería que el día que me casara mis hijos estudiaran. Y eso fue lo primero que hicimos, darles estudio para que no sufrieran. Cuando ya estaban en edad de ayudar, a los 7 u ocho años, también ellos hacían las tareas de la casa, iban al campo, a echar abono. Siempre iban a la escuela, pero el día que no había clases también participaban en las labores del campo; también cuando salían temprano de clases, pasaban a echar taco, o se los llevaban y allá comían. También por las tardes, después de clases, iban a trabajar un rato.

Antes la gente sí era campesina, todo se sembraba, nada quedaba sin sembrar, entonces sí se trabajaba mucho; si alguien no tenía trabajo [en su parcela] se contrataba como peón. Había mucho trabajo, todos sembraban; no se quedaban terrenos sin sembrar; pero ahora ya no. Creo que fue por la entrada del [Tratado de] Libre Comercio, y que entró el [maíz] híbrido, que ya no resulta sembrar maíz criollo porque ya no se vende; recuerdo que nosotros íbamos a vender a Tepoztlán, a Yautepec y se vendía, y si acaso no, entonces lo entregábamos en la tortillería y nos lo compraban, pero después ya no; empezó a entrar el híbrido, un maíz amarillo, y entonces el nuestro ya no se vendía como antes. Por eso la gente dejó de sembrar.

Antes las familias estaban en mejores condiciones, lo que sembraban les alcanzaba para no sufrir hambre; tenían su maicito, calabazas, frijol, y todo lo que sobraba podía venderse; ahora ya no. También criábamos marranos y pollos, eran para el gasto de la familia; cuando queríamos comer pollo pues ahí estaban, a la mano, y se mantenían con lo mismo que se sembraba, no se compraba alimento especial para ellos; igual con los marranos, eran un ahorro porque se podían vender sin problema. Ahora los

carniceros pagan lo que se les da la gana, y además no compran animales criollos, sólo de ‘granja’, y a esos hay que darles ‘alimento’⁵⁵, no comen cualquier cosa; ya no resulta un ahorro criar marranos, como antes. Los que tenían ganado también se ayudaban con eso, porque era más seguro y había más libertad, no tenía uno que andar cuidándolo, como ahora, porque no había robos. Los rastrojos eran libres, nadie tenía cerrados sus terrenos después de la cosecha; el ganado, que durante la temporada de lluvias andaba suelto por *Acolapa*, por el *Tenextépetl* o por *Amilcingo*, se juntaba y podía meterse a comer en cualquier terreno y no había problemas; ahora todos encierran sus rastrojos, incluso los venden. Eso ocurrió porque cuando se introdujo el maíz híbrido muchos dejaron de sembrar el criollo, que es el que da buen rastrojo, que sí lo come el ganado; cuando hubo menos rastrojos empezaron los problemas porque quienes no sembraban maíz criollo también querían utilizar el rastrojo de los que sí lo hacían. Es que el híbrido no da buen rastrojo, el ganado no se lo come.

También por aquella época, los sesentas, se introdujo el cultivo de jitomate. Al principio fue una actividad que ayudó a levantar el pueblo; había mucho trabajo. Incluso los que no sembraban [maíz], tenían trabajo en alguna huerta de jitomate. Hubo mucho trabajo porque muchos campesinos cambiaron sus cultivos de maíz por los de jitomate.

Las primeras familias que sembraron jitomate fueron aquellas que tenían las condiciones necesarias para hacerlo; ellos tenían varios terrenos de siembra que eran adecuados para sembrar este nuevo producto; también tenían la maquinaria para hacer más fácil el trabajo, como tractores para preparar el terreno y camionetas para sacar la cosecha. Entre los primeros que sembraron estaban los Martínez y los Sánchez. Tener varios terrenos les permitía arriesgarse a sembrar jitomate y además seguir sembrando maíz para asegurar su sustento en caso de que el jitomate no funcionara. En cambio otras familias con terrenos pequeños no podían hacer lo mismo; en esos casos se dedicaban a trabajar como peones en las huertas de jitomate, porque a diferencia del maíz el jitomate se cosecha varias veces.

En un principio, a los que sembraron jitomate les fue muy bien; tuvieron buenas cosechas, obtuvieron cuantiosas ganancias y pudieron comprar y rentar terrenos de siembra, comprar camionetas o incluso construir o remodelar sus casas. Y es que las condiciones [orográficas] de San Andrés eran muy buenas para ese cultivo; teníamos

⁵⁵ ‘Alimento’ es una denominación que generaliza a los forrajes para engorda que venden las veterinarias para el ganado.

buenos temporales, había mucha mano de obra y era barata, la cercanía con Cuernavaca, Cuautla y la Ciudad de México permitían trasladar la cosecha de manera rápida y a bajo costo. Después, incluso, no era necesario llevar el producto a esas ciudades porque empezaron a venir compradores de otros lugares que acaparaban la cosecha; esto resultaba conveniente para quienes sembraban porque, a pesar de que obtenían una ganancia menor, se evitaban los riesgos del traslado, los costos y el tiempo que invertían en ello. Así pasó, pero las cosas cambiaron después.” (Saturnino Bermúdez/ febrero 2011)

Este relato de la siembra nos permite interpretar la valoración de la educación que tenían las familias campesinas, así como la distribución laboral que obedecía a la atención que otorgan al campo y al trabajo familiar. También da cuenta de cómo se revolucionó la agricultura con la introducción del cultivo de jitomate, y la forma en que este empezó a impactar en la economía de la comunidad.

El cultivo de jitomate, una bonanza pasajera

El cultivo de jitomate trajo muchos beneficios, por ejemplo hubo más tiendas en el pueblo porque había dinero para comprar lo que ofrecían y no era necesario ir hasta Tepoztlán; además creó fuentes de empleo de medio tiempo y con ello la población en edad escolar tuvo acceso a una fuente de ingresos que les permitía continuar con sus estudios; por supuesto que también se dio un fenómeno opuesto, porque muchos jóvenes prefirieron dedicarse a trabajar en lugar de continuar en la escuela.

En nuestra familia había varios hijos que estudiaban por la tarde y eso les dio la oportunidad de ir a las huertas por la mañana a trabajar medio tiempo y contribuir al ingreso familiar. En ese entonces se trabajaba por ‘tarea’, es decir que se les pedía hacer determinadas actividades e irse al terminarlas, o en la temporada de ‘corte’ [cosecha] cumplir con un determinado número de cajas antes de finalizar la jornada. (Saturnino Bermúdez/ febrero 2011)

En esa época muchos jóvenes tuvieron la oportunidad de seguir estudiando y concluir alguna carrera. La gran mayoría de los profesores que existen en la actualidad en el pueblo

[más de setenta], se formaron en aquellos años. También hubo otros que optaron por profesiones diferentes, como agrónomos, veterinarios, contadores y otras, pero fueron menos.

Los otros cultivos, además del maíz, pero que se practicaban en menor cantidad siguieron vigentes, como el de la técnica de *tlacolol* para sembrar maíz criollo [los caleros llaman maíz *tlacololero* a esta semilla], cacahuete, jícama, frijol de vara y calabaza; no todos los campesinos se entusiasmaron con el jitomate pues sabían que no es la base de su dieta, además de que su cultivo requiere de una inversión monetaria mayor. La permanencia del cultivo tradicional, aunque en menor cantidad hizo posible que se conservara la base de la dieta de las familias campesinas y, aunado a los nuevos cultivos, la enriqueció.

En esa misma época empezaron a llegar personas de otros lugares de la República, como Puebla, Oaxaca y Guerrero, atraídos por los mejores salarios que se pagaban debido al auge del jitomate; en principio llegaban a trabajar durante la temporada de ‘corte’, pero poco a poco se fueron quedando más tiempo hasta que muchos de ellos se integraron a la población permanente del pueblo. En la actualidad hay una numerosa colonia poblana en San Andrés y los hijos de los primeros migrantes, que ya nacieron en el pueblo, han formado nuevas familias con personas de la comunidad.

El testimonio de doña Tere nos permite conocer las condiciones que propiciaban la migración hacia San Andrés en ese entonces:

Mi hermano se vino a trabajar para acá un tiempo; allá [en Puebla] le pagaban dos pesos con cincuenta centavos; acá ya ganaba doce pesos [a la semana]; no, le digo, vámonos pa’ allá, y por eso mejor me lo traje. Y tardó aquí como dos años. Aquí la jornada era más corta porque les daban ‘tarea’ y a veces a las doce o a la una de la tarde ya estaban libres. (Teresa Moreno, marzo de 2011)⁵⁶

El cultivo de jitomate fue la actividad económica de mayor importancia en el pueblo entre 1960 y 1985, aunque en los últimos años, ya en la década de los ochenta, los niveles de producción y utilidades disminuyeron notablemente debido a factores como la oferta y la

⁵⁶ Doña Tere nació en el estado de Puebla, se casó con un nativo de San Andrés y llegó a vivir al pueblo en 1955.

demanda, que afecta la manera de de realizar la producción, porque ésta “llega a determinar lo que se produce, sus cantidades y sus consumidores”. (Toledo, 1993: 20)

La bonanza llegó a su fin. Aquellos veinte años que fueron únicos en la historia del pueblo, terminaron cuando la fertilidad de la tierra y las buenas temporadas de lluvia no fueron suficientes. Entonces las cosechas fueron cada vez menos abundantes y la inversión mayor; los agroquímicos para combatir las plagas que eran cada vez más resistentes y los fertilizantes elevaron su costo; se utilizaron menos peones en cada temporada, lo que ocasionó que el trabajo escaseara, que las familias buscaran otras actividades que les permitieran sobrevivir. Los que quisieron regresar a la siembra de maíz se dieron cuenta que los terrenos tampoco eran fértiles para ello; era necesario emplear también abonos y fertilizantes químicos para combatir las malas cosechas. El campo agrícola en San Andrés se modificó dramáticamente. Las condiciones de poca fertilidad de las tierras ocasionaron la modificación de la agricultura tradicional. Cada vez con mayor frecuencia y en mayores cantidades se sembró la semilla de maíz híbrido; una razón poderosa fue que este tipo de maíz traía consigo un paquete tecnológico que incluía abonos y plaguicidas, esenciales para obtener cosechas aceptables (Gómez, 2006). Las semillas criollas no pudieron competir con las de maíz híbrido, que requería de una inversión de trabajo menor y otorgaba mayores cantidades en la cosecha.

El proceso productivo primario, del modelo capitalista, puso de manifiesto su sistema fundamentalmente antiecológico que, dada su particular racionalidad, supuso el continuo forzamiento de las condiciones naturales en su esfuerzo por lograr el incremento de la productividad, en contraposición a la producción típicamente campesina, que sustenta una economía donde “los productores *tienden a producir casi todo lo que consumen y a consumir casi todo lo que producen*, es decir, tienden a conformar unidades que se autoabastecen casi de manera absoluta”. (Toledo, 1993: 19)

La predominante e indiscriminada utilización del modelo tecnológico especializado, no pudo responder a las particulares condiciones de los ecosistemas locales, provocando la sobreexplotación de los recursos. El monocultivo del jitomate modificó las condiciones naturales con el objeto de implantar un ecosistema artificial basado en una sola especie y

sobre superficies extensas, sostenidas mediante grandes insumos energéticos y económicos (maquinaria, fertilizantes, plaguicidas, riego artificial, etc.). (Toledo, 1993)

La crisis agrícola consecuente surgió como consecuencia de la inviabilidad que presentó el modelo tecnológico especializado en la mayor parte de las porciones potencialmente agrícolas, sobre todo aquellas tradicionalmente encaminadas al autosustento. (Toledo, 1993)

Pese a ello, muchos campesinos siguieron cultivando las semillas criollas de maíz para el ‘gasto’ de sus hogares; su mayor calidad en textura, sabor, diversidad, y aceptación como forraje para el ganado, son las cualidades que han mantenido viva la tradición de siembra del maíz criollo.

El jitomate no ha dejado de cultivarse, pero nunca ha recuperado su antigua bonanza. Algunos agricultores han optado por rentar tierras fuera del pueblo, en los alrededores de Cuernavaca, en Progreso, Yautepec, en el Valle de Amilcingo o incluso en lugares más alejados, pero como me comentó uno de ellos hace un tiempo “sembrar jitomate es arriesgarse a ganar un poco si te toca el ‘corte’ cuando está caro, y a perder todo si está barato; a veces sólo sales a mano, apenas con los gastos; y el trabajo que le inviertes, ¿quién te lo paga?” (Migrante, 44 años)

Hace algunos años, tres o cuatro, una familia del pueblo logró obtener una concesión para perforar un pozo de agua profundo; la intención era construir invernaderos y cultivar jitomate en ellos. Al principio las cosas marcharon bien y los invernaderos se construyeron; sin embargo, al cabo de algunos meses, los altos costos de inversión inicial fueron retrasando cada vez más la puesta en marcha del proyecto, que contemplaba la creación de empleos para los habitantes de San Andrés, y que suponía una reactivación del cultivo de jitomate. En la actualidad el proyecto está casi abandonado, de las cuatro naves de los invernaderos, sólo funciona una y con capacidad limitada. Al parecer se han ido para siempre las bondades del cultivo de jitomate. El pueblo tiene ahora otro perfil económico, basado principalmente en actividades que se han ido consolidando de manera progresiva. Entre ellas la más importante es la migración internacional, de carácter temporal, principalmente hacia los Estados Unidos y Canadá.

El Programa Bracero

Los datos de migración en el pueblo de San Andrés se remontan a las primeras tres décadas del siglo XX, época en que varios habitantes del pueblo se aventuraron, enganchados por un contratista, en busca de mejores oportunidades de trabajo. La experiencia fue breve pero les permitió explorar otras posibilidades de empleo, aunque fuera sólo de manera temporal. Según recuerda unos de los migrantes más antiguos,

En ese entonces la gente tenía miedo de salir a otros lugares a trabajar; parecía que el mundo se terminaba donde terminaba el pueblo; hasta que vino ese señor que ofrecía buena paga y la ‘oportunidad de conocer’. Sólo tres se animaron, uno de ellos fue tu abuelo Demetrio. Les fue mal, los trataron mal y casi ni pudieron ahorrar porque allá les cobraban por todo. Dijeron, al regresar, que los pusieron a trabajar tendiendo vías para el tren. Ya no regresaron, pero al menos se desengañaron (Saturnino Bermúdez/febrero 2010).

Posteriormente se firmó el convenio de trabajadores temporales llamado Programa Bracero, cuyos antecedentes fueron el sistema de contratación conocido como «enganche» y las deportaciones masivas de las décadas del veinte y treinta. Ambas modalidades de contratación y manejo de la mano de obra migrante fueron nefastas. El sistema de enganche, como negocio privado de las casas de contratación, fue un modelo de explotación extremo que dejaba en manos de particulares la contratación, el traslado, el salario, el control interno de los campamentos y las cargas de trabajo. Las consecuencias de este sistema fueron los contratos exagerados, el endeudamiento perpetuo, las condiciones miserables de vida y trabajo, el trabajo infantil, las policías privadas y las casas de contratación (Durand, 1993, 1994).

Por su parte, las deportaciones masivas (1921, 1929-33 y 1939), fueron una respuesta selectiva en tiempos de crisis y contracción del mercado de trabajo estadounidense. Sólo y únicamente los trabajadores mexicanos, entre decenas de otros grupos de inmigrantes, fueron deportados de manera masiva y en repetidas ocasiones. Según Durand (1994), con ninguna otra comunidad de inmigrantes se aplicó una política semejante. Más aún, se diseñó un programa de deportación selectivo a nivel regional, en el que se procuraba

deportar a los mexicanos que trabajaban en la industria, especialmente en los estados del norte y reorientar el flujo migratorio hacia el suroeste y las actividades agrícolas.

Dados los antecedentes de las deportaciones masivas y el predominio del sistema de enganche, es de suponer que el Programa Bracero produjo un cambios en las relaciones laborales entre México y los Estados Unidos, a tal grado que fue evidente que es la demanda la que impone el ritmo del flujo migratorio y que cuando no hay demanda el flujo disminuye drásticamente.

Para Durand (2007: 29) una evaluación del Programa Bracero obliga, sin embargo, a remontarse hacia antecedentes más lejanos.

El primer acuerdo bilateral del que se tenga noticia data de casi un siglo atrás. En 1909 el Presidente Porfirio Díaz, en el último año de su mandato y el Presidente de Estados Unidos William H. Taff, en el primero de su administración, firmaron un convenio para la exportación de 1,000 trabajadores que deberían ir a laborar a los campos de betabel, una industria considerada como prioritaria para el gobierno americano, dada la ausencia de climas adecuados para la producción de caña de azúcar. Según Vargas y Campos (1964) estos primeros braceros se dirigieron al sur de California; mientras que Daniel Casarrubias (1956) afirma que fueron contratados para trabajar en los campos de betabel de Colorado y Nebraska y que los trabajadores fueron reclutados en poblaciones del norte de México.

Un año después, Francisco I. Madero en vez de propugnar la contratación de braceros como Don Porfirio, llamaba la atención en su obra *La sucesión presidencial*, (1911) sobre las pésimas condiciones de vida y trabajo de los migrantes: «La situación del obrero mexicano es tan precaria que a pesar de las humillaciones que sufren allende el Río Bravo, anualmente emigran para la vecina República millares de nuestros compatriotas, y la verdad es que su suerte es por allá menos triste que en su tierra natal». Durante la época revolucionaria no fueron necesarios los convenios braceros, no había con quién firmarlos y más aún, no eran necesarios. Decenas de personas cruzaban todos los días el Río Bravo, se quedaban unos días en Fort Bliss como refugiados y luego buscaban la manera de

«engancharse» para ir a trabajar en el ferrocarril, las minas, fundidoras o campos de cultivo (Durand y Arias, 2005). No obstante, en 1917 cambió totalmente el escenario político, económico y laboral de Estados Unidos. El país vecino entró de lleno en la Primera Guerra Mundial y cientos de miles de estadounidenses en edad laboral abandonaron sus puestos de trabajo para ir a los frentes de guerra.

El 5 de febrero de 1917 se promulgó en Estados Unidos la ley migratoria conocida como Burnett que condicionaba el ingreso de los inmigrantes al pago de \$8 dólares y a que los mayores de 16 años demostraran que sabían leer y escribir. Esta ley, como muchas otras de carácter general, solucionaba problemas en un lado y los creaba en otro. En principio, se trataba de detener el flujo de inmigrantes analfabetas que provenían del Este y el Sur de Europa y que huían de la Primera Guerra Mundial, pero esto afectó a los trabajadores migrantes mexicanos, que por lo general no podían cubrir el requisito de alfabetización y menos aún pagar una cuota de \$8 dólares. El resultado fue la deportación sistemática de trabajadores mexicanos y mayores dificultades para cruzar la frontera de manera legal (Cardoso, 1980; Alanís, 1999). Esta ley apareció en una época de incertidumbre, justo antes de que Estados Unidos ingresara a la Primera Guerra Mundial, el 2 de abril de 1917, y que se manifestara, por una parte escasez de mano de obra y por otra una mayor demanda de la misma.

A los tres meses de promulgada la ley, y al mes siguiente de que se declarara la guerra, en mayo de 1917, se promulgó una excepción para aquellos que fueran trabajadores temporales y que se dedicaran exclusivamente al trabajo agrícola, es decir, los mexicanos. De este modo las leyes, disposiciones y excepciones fueron conformando un flujo de inmigrantes mexicanos que se caracteriza por ser una mano de obra temporal y por dedicarse prioritariamente a la agricultura. Este modelo sería perfeccionado y reajustado posteriormente durante el Programa Bracero.

De acuerdo a Massey existen cinco etapas referentes a esta migración:

- a) Los primeros años de México y los Estados Unidos (hasta 1899)
- b) La era del enganche (1900 – 1929)
- c) Las deportaciones (1930 – 1941)

- d) La época del bracero (1942 – 1964)
 - e) La época de la migración indocumentada (1965 – 1985)
- (Massey en Michel y Fuentes, 2005: 103)

El Programa Bracero inicialmente incluía 6 condiciones:

1. Contrato por escrito.
2. Administración en manos de los dos gobiernos.
3. Los trabajadores huéspedes no desplazarían trabajadores estadounidenses.
4. El gobierno estadounidense o los patrones pagarían los gastos de transporte y manutención desde el centro de reclutamiento hasta el de trabajo.
5. Los braceros necesitarían otro permiso para una estancia permanente.
6. No habría discriminación

Los campesinos en México vivían una situación muy precaria por lo que esta oportunidad, era como abrirles las mismas puertas del paraíso, pues la paga sería en dólares. Los primeros 500 braceros (de aproximadamente 168 mil reclutados) llegaron el 29 de septiembre de 1942 a tierras estadounidenses. Sin embargo el camino no fue fácil ya que tenían que transportarse de sus pueblos y comunidades a las ciudades para que ahí esperaran durante varias horas e inclusive días, para lograr obtener un contrato. Aunque muchos tuvieron éxito, otros no lo lograron y regresaron a sus casas a esperar un nuevo anuncio de contratos y a trabajar para pagar las deudas que les había ocasionado el viaje hasta la ciudad, pues no contaban con los recursos necesarios y conseguían dinero para transportarse.

Para los que conseguían un contrato parecía que su vida tomaría otro giro, pero en realidad, era que las peores cosas estaban por comenzar. En primer lugar dejar su país, hablar solamente español y en algunos casos solamente su lengua indígena, dejar su familia. Por otro lado, viajar durante varios días, hacinados en vagones de trenes que no tenían asientos ni ventilación. Algunos cuentan que hubo quien se acercaba a la puerta para tomar aire y terminaba fuera del tren, con un buen golpe y sin poder continuar el viaje. Y quizás lo más terrible era la llegada a Estados Unidos pues implicaba otra serie de vejaciones.

Antes de ser llevados a los lugares de trabajo, llegábamos a los campos de concentración, en donde éramos encerrados en una especie de bodega, allí nos quitaban la ropa, nos examinaban el ano, nos sacaban sangre, y nos rociaban por completo con un polvo blanco [DDT]; la excusa era desinfectarnos y matar a todos los piojos y demás animales que pudiéramos llevar. Yo no tuve piojos sino hasta que llegué a vivir a las barracas en donde nos habían concentrado ya cuando trabajábamos en el campo. Me fue mal, anduve como tres meses la primera vez que me fui, creo que en 1950, no recuerdo bien, y sólo pude juntar trescientos dólares, pero era poco porque entonces el dólar no valía tanto; por eso lo pensé mucho antes de regresar, y fue por pura necesidad; porque yo no tenía tierra para sembrar. (Salomé Ramírez/junio 2010)

El tormento no terminaba ahí. Ya repartidos en los distintos campos, el trabajo de pizca tenía que comenzar. Las jornadas de trabajo eran intensas, desde el amanecer hasta que el sol se escondiera. Después de un tiempo muchos vestían hilachos. Y muchas veces el trabajo era pagado de acuerdo a la cantidad de cosecha que lograban levantar, así que si querían ganar más, tenían que cosechar más. La comida era escasa y no propia de una dieta que cumpliera con el esfuerzo realizado, además de que tenían que pagarla pese lo establecido en el contrato. El trato no era mejor, los llamados mayordomos (en su mayoría filipinos), quienes hacían de patrón para coordinar y vigilar a los braceros, trataban déspota y groseramente a los trabajadores, llegando a lastimarnos físicamente si enderezaban tan sólo unos centímetros el cuerpo para relajarse de la postura tan incómoda producto de la pizca.

La migración temporal, una necesidad

Las primeras experiencias de trabajadores caleros en el campo estadounidense fueron delusorias por el trato que recibieron. Sus historias influyeron en las decisiones de los demás interesados en emigrar, y durante muchos años el proceso migratorio mediante un contrato se vio interrumpido. Fue hasta la década de los años sesenta que nuevamente se reactivó esta actividad, aunque en un porcentaje mínimo debido al auge del jitomate. Así lo describe un migrante de aquellos años:

Entonces [en aquellos años] empezaron a venir nuevamente los enganchadores; aseguraban que las condiciones de trabajo eran mucho mejores, que entonces sí nos iban a cumplir lo que habían prometido. Muy pocos se arriesgaron, creo que fueron con cuatro o cinco. Casi nadie quería irse porque aquí había trabajo en el jitomate que estaba iniciando. A los que fueron no les fue mal, siguieron yendo casi todos los años, pero siempre fueron pocos los que se animaban. (Saturnino Bermúdez/ febrero2011).

Con el tiempo, cuando las condiciones cambiaron y el cultivo de jitomate dejó de ser redituable y de generar empleos, la migración se convirtió paulatinamente en la principal actividad económica del pueblo. En los años ochenta se inició el proceso permanente de migración hacia los Estados Unidos. Los migrantes en activo más antiguos se establecieron en esta actividad estacional desde aquellos años, y en la actualidad acumulan más de veinte temporadas migratorias. El trabajo que desempeñan es en el sector agrícola, principalmente de cultivo de tabaco, hortalizas y manzanas.

Actualmente nuestro país tiene firmados dos convenios de colaboración en materia laboral, uno con los Estados Unidos y el otro con Canadá. El que mantiene con los Estados Unidos es heredero del antiguo Programa Bracero, y permite a los trabajadores mexicanos obtener un permiso de estancia temporal, generalmente no mayor a doce meses, para laborar en el sector agrícola estadounidense durante la temporada de cultivo. Este convenio no establece prestaciones como pensión o retiro, aunque sí cuenta con un seguro médico y ayuda para gastos de traslado, además de que se les proporciona a los trabajadores lugares para su alojamiento en las granjas de destino. Por su parte, el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales (PTAT), firmado con el gobierno canadiense en 1974, además de los gastos de traslado, alojamiento y seguro médico, también proporciona a los trabajadores mexicanos una modesta pensión vitalicia cuando han cumplido con un mínimo de diez años de servicio ininterrumpido, además de ayuda económica para gastos de parto de las esposas de los trabajadores en activo.⁵⁷

⁵⁷ Fuente: SRE

(http://portal2.sre.gob.mx/dgpme/index.php?option=com_content&task=view&id=5&Itemid=48)

Otra diferencia entre estos programas consiste en que el gobierno canadiense sí acepta a mujeres campesinas para trabajar en las granjas, generalmente se desempeñan en los cultivos de hortalizas, apicultura y emparadoras de alimentos. Pese a las bondades del programa canadiense, el número de trabajadores de San Andrés que se hallan inscritos en él es muy reducido; apenas una veintena de hombres y siete mujeres, aunque el número se incrementa o disminuye de manera mínima cada año. En cambio, el número de migrantes contratados en Estados Unidos siempre es creciente, tan sólo en el año 2010 se registró la cifra más alta en toda la historia de este proceso, ochenta y tres campesinos caleros viajaron a granjas estadounidenses.

La cifra actual de migrantes temporales (110), en una comunidad cuya población total no supera los 1250 habitantes, y que la Población Económicamente Activa no es mayor al 40% (Censo Sociodemográfico de San Andrés 2009), es indicativa de la importancia que en la economía, la educación y la composición social y cultural del pueblo representan estos trabajadores. La principal característica de este tipo de migración es su ‘condición de retorno’, la cual permite la interacción social de sus practicantes en el interior de la comunidad. No se trata de un proceso de desarraigo sino de incorporación y flujo de saberes, los cuales viajan con los migrantes en ambos sentidos y también, en cierta medida, son incorporados en los dos destinos. Los migrantes caleros no subordinan su cultura e identidad en aras de mejores condiciones de vida; la búsqueda de posibilidades que repercutan positivamente en el bienestar familiar está fundamentada en el carácter temporal de la estación migratoria, porque permite que quienes viajan regresen a invertir sus capitales adquiridos -económicos, sociales, culturales- en el poblado.

Este es el panorama actual de la comunidad de San Andrés en cuanto a la relación entre la agricultura, con sus cambios, la migración y su tránsito de saberes y flujos socioeconómicos. He tratado de explorar en los orígenes del cambio en la agricultura como uno de los factores que influyeron en el establecimiento de un movimiento migratorio permanente que ha sostenido en buena medida la economía del pueblo. En otro capítulo abordaré con mayor detalle, y basado en los relatos de los propios migrantes, otras

características de la migración y su relación en la vida cotidiana de la comunidad en general y de las familias con tradición campesina.

Capítulo IV

La agricultura como institución

La realidad en la vida cotidiana de una comunidad campesina

La realidad se ofrece de manera especial al sentido común de quienes componen ordinariamente la sociedad. Quienes habitan en la cotidianidad, más específicamente en la cotidianidad de una comunidad de tradición campesina, observan y experimentan la realidad de manera especial. La vida cotidiana de San Andrés de la Cal se presenta como una realidad interpretada por sus habitantes, y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo que pueden comprender. La cotidianidad comunitaria y familiar no solo se da por establecida como realidad por los miembros de esta comunidad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas; sino que es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones, y que es real por ser originado precisamente en ellos (Berger y Luckmann, 2001).

La realidad de la vida cotidiana es aprehendida como una realidad ordenada. Los fenómenos en ella originados se presentan dispuestos de tal manera que parecen independientes de la forma en que son aprehendido por los individuos que habitan en esa realidad. Esa realidad, la de la vida cotidiana, se presenta ya objetivada, es decir, constituida por un universo de objetos que han sido designados así, como objetos, antes de que los sujetos, al menos los contemporáneos, aparecieran en escena.

El lenguaje usado en la vida cotidiana proporciona continuamente las objetivaciones⁵⁸ indispensables y dispone el orden dentro del cual éstas adquieren sentido y mediante el cual la vida cotidiana tiene significado para los sujetos. Ellos viven en un lugar que tiene un nombre geográfico, utilizan objetos como herramientas simples hasta y complejas; todos estos objetos han sido designados con un nombre en el vocabulario local en que son utilizados; en esta misma sociedad se establecen redes de relaciones humanas, desde la familia hasta las organizaciones campesinas o comunales, que también están ordenadas mediante un vocabulario. Así, el lenguaje marca las coordenadas de la vida en esta sociedad

⁵⁸ La objetivación, según Berger y Luckmann, se refiere a la forma en que los sujetos se apropian y nombran a los objetos en su realidad, y que es común a los sujetos que integran esa sociedad.

y le proporciona objetos significativos. La realidad de la vida cotidiana, en esta comunidad como en cualquier otra, se organiza alrededor del "aquí" de la presencia de los sujetos y el "ahora" del presente. Precisamente es el "aquí y ahora" el foco de la atención que sustenta a la realidad de la vida cotidiana. Lo que "aquí y ahora" se presenta en la vida cotidiana es lo más real de la conciencia. Sin embargo, la realidad de la vida cotidiana incluye más que estas presencias inmediatas, a los fenómenos que no están presentes "aquí y ahora". Lo cual significa que la vida cotidiana se experimenta en diferentes grados o niveles de proximidad y alejamiento, tanto en el plano espacial como en el temporal. Lo más próximo a los sujetos de esa realidad es la zona de vida cotidiana directamente accesible al contacto corporal. Esa zona contiene el mundo que está al alcance, el mundo en el que se actúa con el fin de modificar la realidad, o el mundo en el que se trabaja. En ese mundo de interacción la conciencia está dominada por las motivaciones prácticas, y la atención se enfoca en aquellos que constituye el hacer, lo que ya se ha hecho o lo que se piensa hacer. Sin embargo la realidad de la vida cotidiana incluye también otras zonas a las que no se accede de la misma manera. Estas zonas resultan menos atractivas para los sujetos debido a que no están próximas, que no intervienen en la cotidianidad de la comunidad. Por ejemplo, para un calero resulta menos atractivo la noticia de lo que ocurre al otro lado del mundo en comparación con los signos de la temporada de lluvias en un día de siembra, o el tañer de las campanas de la iglesia en un día en que no hay ritos litúrgicos.

La realidad de la vida cotidiana calera se presenta además como un mundo intersubjetivo, un mundo que se comparte con otros. Esta intersubjetividad establece una evidente diferencia entre la vida cotidiana y otras realidades de las que tienen conciencia. El campesino calero sabe que la vida cotidiana de su comunidad es tan real para los otros como lo es para él; sin embargo también sabe que no todos comparten su mirada, su forma de estar "aquí y ahora"; que incluso alguno de sus proyectos puede ser contrapuesto al de otros; pero es consciente que vive en un mundo que es común a otros, y en el que comparte muchas otras cosas, como el sentido común de la realidad cotidiana. Mantiene una actitud natural, producto precisamente de ese sentido común porque le es común a sus coterráneos, y lo comparte en las actividades cotidianas.

La realidad de la vida cotidiana de la comunidad se da por establecida como realidad. No necesita de verificaciones más allá de la percepción visual y pragmática. Simplemente está ahí como algo que ocurre; a veces de manera ocasional, como puede ser la muerte de algún miembro de la comunidad, o de manera cíclica, como los temporales de lluvias o las cosechas abundantes o magras.

La vida cotidiana tiene también su propia hora, que se establece de manera intersubjetiva. Y puede entenderse como la intersección del tiempo establecido con un calendario construido socialmente para medir el tiempo según los ciclos temporales de la naturaleza, y el tiempo comunitario de ritos, ofrendas y cuestiones agrícolas. No existe simultaneidad total entre estos niveles de temporalidad, pues cada uno de ellos cumple con un propósito específico.⁵⁹

La forma en que está estructurado el tiempo de la vida cotidiana hace que los caleros se atengan a los hechos que puedan ocurrir para sincronizar sus proyectos. Por ejemplo la cría de ganado sólo es posible después de una temporada de abundantes cosechas; el barbecho de las tierras de cultivo se realiza después de que han comenzado las lluvias; las bodas y demás ceremonias religiosas se llevan a cabo, generalmente, después de la cosecha; las ofrendas a las deidades del viento y la lluvia se hacen cada año necesariamente para el augurio de un buen temporal, y así hallamos muchos otros ejemplos. El tiempo en la realidad cotidiana es continuo y limitado pues siempre hay cosas que hacer, asuntos que resolver, rituales que encarnar. El tiempo se vive de manera diferente, se piensa la muerte como algo inevitable y restrictivo. Lo que se hace, lo que se es, lo que se siente, está siempre restringido al tiempo disponible. Las actividades cotidianas también están determinadas por el transcurrir del tiempo; así, cuando niño, el calero se ocupa de pequeñas labores como dar de comer a las gallinas, pastorear chivos, cortar pasto para la yunta, acarrear ramas para el *tlecuil*,⁶⁰ abonar la milpa, “hacer mandaditos”; y a conforme pasa el tiempo sus labores se irán especializando, como sembrar el maíz, dar tierra, arar, cosechar, criar ganado, participar en los ritos y ofrendas, asumir la responsabilidad de alguna mayordomía; hasta que, siendo un adulto con experiencia, tendrá la obligación social de transmitir sus conocimientos a otras generaciones; eso sí, siempre con el “tiempo encima”.

⁵⁹ Véase en el capítulo II lo referente al calendario agrícola y ritual de la comunidad.

⁶⁰ El fogón.

Las prioridades son establecidas, en la vida cotidiana, por aquello que permite la permanencia del orden establecido por la propia cotidianidad; es un principio de no interrupción que impone “lo primero es lo primero”. Así, primero es el sustento de la familia, el qué comer, después, pero íntimamente relacionados, los ritos que sustentan la vida cotidiana y agrícola del pueblo, ritos como el de la Santa Cruz (3 de mayo) en que se colocan ofrendas de flores y veladoras en las cruces que protegen al pueblo, el de la bendición de las semillas para la siembra (15 de mayo, día de San Isidro), el de petición de lluvias (primer viernes de mayo), la fiesta chiquita (6 de agosto, día de la Transfiguración de Cristo, se pide por un temporal sin *aguamala*⁶¹, sin tempestades que arruinen la siembra), el día de San Andrés (30 de noviembre, agradecimiento por la cosecha obtenida), el de colocación de la cruz de pericón en los sembradíos (día de los elotes, 28 de septiembre –San Miguel-), hasta llegar al mes de enero en que se celebra la fiesta del Cristo Salvador (tercer domingo de enero, se da gracias por la temporada de siembra), rito con el que termina ‘oficialmente’ la temporada agrícola del maíz.

Quienes sustentan la tradición campesina, aquellos que han acumulado el conocimiento producto de su participación en numerosas temporadas agrícolas, son los que han rendido el examen que les permite conocer los ritos imbricados en la estructura temporal e histórica de la comunidad; y al mismo tiempo determina su situación en el mundo de la vida cotidiana.

En San Andrés, como en cualquier otro contexto, se nace en determinada fecha, se ingresa a la escuela en otra, se empieza a trabajar en otro momento, y así transcurre la vida; sin embargo estas fechas se hallan relacionadas con otras que corresponden a una historia más amplia y esa relación conforma la ubicación de cada individuo. Así pues, se nace en el año de una buena o mala cosecha, se ingresa a la escuela en el año en que hubo sequía o un gran temporal, se comienza a trabajar después de que se inauguró la carretera. Es decir, la estructura temporal de la vida cotidiana no solo impone las secuencias en un día cualquiera, sino que también se impone sobre la biografía en conjunto; y en ese devenir, se aprenden tanto las secuencias de los días como las de la historia comunitaria. Esa estructura temporal

⁶¹ El *aguamala* es una tormenta con granizo y viento que destruye las milpas. Para evitar este fenómeno, los caleros, ante el indicio de que ocurrirá, lanzan *cuetes* al aire para disolverla. Es común que en los hogares campesinos haya siempre una dotación de *cuetes* para hacer frente a esta eventualidad.

permite que los individuos perciban la vida cotidiana como algo tangible, histórico y real a lo que pueden asirse cuando se hallan fuera de su contexto.

Socialización en la vida cotidiana

Esa realidad de la vida cotidiana es algo que los caleros comparten con otros, y la forma en se perciben a los otros y comparten esa realidad es, en este contexto, lo que Berger y Luckmann (2001) llaman una situación "cara a cara", es decir el prototipo de la interacción social y del que se derivan todos los demás casos.

En la situación "cara a cara" el otro se aparece en un presente vivido que ambos comparten. Es el mismo presente vivido en el que ambos se presentan. El "aquí y ahora" de un sujeto y el del otro interactúan continuamente uno sobre otro mientras dure la situación "cara a cara". El resultado es un intercambio continuo de experiencias.

En las situaciones "cara a cara" las subjetividades de los sujetos son accesibles a ambos a través de gestos, señas, sonrisas, reacciones. Las expresiones de los sujetos, en un contexto tan acotado, son características que los distinguen de los demás y que, por supuesto, también son interpretadas por otros de manera singular también. En las situaciones "cara a cara" la subjetividad del otro es accesible a través de un conjunto de síntomas. Esos síntomas pueden interpretarse erróneamente también, pero ninguna otra forma de interacción hace posible tal abundancia de síntomas subjetivos. Sólo en las situaciones "cara a cara" el otro es completamente real y parte de la realidad de la vida cotidiana. El otro forma parte, integra a la realidad de la vida y la hace cotidiana. Es por esa razón que, ante el fallecimiento de un miembro de la comunidad, la vida se desajusta, sufre cambios que no son fáciles de asimilar; queda un espacio que no es llenado. Se siente el vacío del que falta. Deja de ser real porque no se volverá a interactuar "cara a cara con él".

Las situaciones "cara a cara" concretizan la realidad; si bien alguien puede ser real por tener conciencia de su existencia, es sólo hasta que se lleva a cabo el encuentro con el sujeto que se vuelve completamente real. Esta realidad es parte de la realidad total de la vida cotidiana y, por lo tanto, también una parte de la cotidianidad adquiere otra dimensión de realidad.

Según Berger y Luckmann (2001), en las situaciones “cara a cara”, se aprehende al otro por medio de *esquemas tipificadores*. Estos esquemas intervienen, y también pueden interferir, en las situaciones “cara a cara”, de manera recíproca. Se aprehende de manera tipificada: “hombre”, “campesino”, “de campo”, “viejo”, etcétera. Las tipificaciones de cada sujeto que interactúa son susceptibles a la interferencia. Los esquemas tipificadores abren espacios de negociación en las situaciones “cara a cara”. En la vida cotidiana estas negociaciones pueden disponerse de antemano, como algo típico. La mayoría de los encuentros de este tipo, en la vida cotidiana, son típicos en un doble sentido: el sujeto aprehende al otro tipificado y ambos interactúan en una situación típica también. Es cotidiana la siguiente interacción de dos caleros cuando se encuentran por la calle: El que saluda primero: - ¿Ya?, el que contesta, -Ya. Aparentemente este monólogo entre pares no tiene algo de especial; sin embargo, encierra en él mucho más de lo que un sujeto externo a la comunidad puede imaginar. Se trata de la confirmación de que ambos están, de que existen e interactúan, de que han iniciado o terminado la jornada, las labores o cualquier otra cosa que los ocupe en ese momento. Se trata también de un reconocimiento mutuo como miembros de la comunidad; no se le pregunta (¿Ya?) a un extraño, sólo a quien es reconocido y quien nos reconoce. El saludo (buenos días, buenas tardes, etcétera) conlleva un nivel de interacción superficial, se le dice a cualquier persona, incluso a los extraños; en cambio el *Ya* es íntimo, consensual y típico. De igual manera funciona la forma de despedirse: *Vamos*. Después del *Ya*, o de una charla informal en la calle o en la casa, los caleros se despiden diciendo *Vamos*. Se le dice *vamos* a quien se reconoce como calero, o a quien se ha ganado cierto nivel de confianza. Es curioso porque se utiliza una frase en plural, incluso cuando quien se despide es sólo una persona; la explicación a esto es que el *vamos* incluye también al interlocutor, es una forma de decir: continuemos, sigamos con lo que sigue, es alentar a proseguir con lo que sea que se vaya a hacer, con la jornada.

Las tipificaciones de la interacción social cotidiana se vuelven progresivamente anónimas a medida que se alejan de la situación "cara a cara". Las tipificaciones llevan consigo el estigma del anonimato *a priori*; así, los caleros son tipificados, por los habitantes de otras comunidades y viceversa. Por ejemplo, a los de Santa Catarina se les tipifica como *cerrados*, intransigentes, agresivos; a los de Tepoztlán como altivos, excluyentes; a los de

San Juan como callados, combativos, unidos entre ellos; a los de San Andrés como amables, tranquilos, pero desunidos; y así sucede con los de las otras comunidades. Sin embargo, las tipificaciones tienen la característica de uniformidad, del anonimato.

Las situaciones “cara a cara” modifican necesariamente las tipificaciones y transforman a los sujetos anónimos en individuos únicos y atípicos.

Hay una necesaria e indiscutible diferenciación entre las personas con las que se actúa “cara a cara”, las que generan evidencia directa de sus actos y atributos, y aquellas que son únicamente contemporáneas o que se conoce “de oídas”. La interacción “cara a cara” implica tomar en cuenta a los semejantes, se piensa en ellos necesariamente, son seres concretos. No sucede esto con quienes sólo se conoce por ser contemporáneos, en ellos el anonimato aumenta considerablemente.

El grado de anonimato que caracteriza mi experiencia de los otros en la vida cotidiana depende también de otro factor. El nivel de interés y de intimidad, combinados, incrementan o disminuyen el grado de anonimato de la experiencia. Cuando se individualizan las tipificaciones, éstas dejan de ser anónimas. Así, no es anónimo, en San Andrés, don Salomé el rezandero, don Malaquías el que canta los corridos, doña Jovita la *huehuentle*, o don Saturnino el cerrajero; todos ellos, además, son tipificados más específicamente como campesinos; poseen la experiencia del trabajo agrícola y son reconocidos como tales. El anonimato de otros miembros de la comunidad puede aumentar al hablar de ellos simplemente como caleros, como habitantes, o campesinos.

La realidad social de la vida cotidiana es aprehendida en una serie de tipificaciones cuyo anonimato aumenta a medida que se alejan del “aquí y ahora” de la situación “cara a cara”. Por una parte están aquellos sujetos con los que se interactúa intensamente en situaciones “cara a cara”, el “círculo íntimo”. Por otro lado están las abstracciones anónimas, que por su misma naturaleza no son accesibles en la interacción “cara a cara”. “La estructura social es la suma total de estas tipificaciones y de las pautas recurrentes de interacción establecidas por intermedio de ellas. En ese carácter, la estructura social es un elemento esencial de la realidad de la vida cotidiana” (*Ibíd.*: 52).

Las relaciones con otros no se limitan al “aquí y ahora”, a conocidos y contemporáneos. Se refieren también a los antecesores y sucesores, a aquellos que han precedido y sucederán en el futuro, en la historia total de la comunidad. Al referirse a los primeros el calero recurre, por lo general, a la frase evocadora de “los de antes”, con ello se refiere a todos los que, reconocidos por la misma comunidad, dejaron constancia de su existencia para la generación presente; ese legado pueden ser acciones, como la construcción del acueducto, de los abrevaderos para el ganado, o los basamentos de las cruces que protegen al pueblo; pero también pueden ser frases, dichos o expresiones que la comunidad hace propios y aplica en la vida cotidiana: *¡No hay fijón!*, *Y, ¿pa' qué?*, *¡Qué te voy a creer!*, *¡Pos sí!*, *¡Orita, eh!*, entre otras muchas.

En cambio, las relaciones con los que vendrán suelen adquirir el cariz de los deseos por trascender, por dejar constancia de su paso por el mundo; ser mayordomo de alguna fiesta, construir un quiosco para la iglesia, comprar más mobiliario, cambiar el zaguán, empedrar el atrio, construir una ermita o gestionar una obra pública. La evidencia del paso por este mundo cumple con la expectativa de no ser olvidado, de “dejar algo para los que vienen”, “para nuestros hijos”. Estas tipificaciones, si bien carecen de contenido individualizado, forman parte sustancial de la vida cotidiana pues otorgan sentido a la relación que se pretende establecer con el futuro. La vida cotidiana carecería de sentido si no se afianzara en el pasado y proyectara sus relaciones hacia el futuro.

Formas de expresión en la cotidianidad calera

La vida cotidiana y su índice de realidad se sustentan en las objetivaciones, es decir en las intenciones subjetivas de quienes elaboraron objetos con ese fin: conseguir algo. El humano es el único ser que es capaz de manifestar sus intenciones subjetivas; y lo hace, además de utilizar el lenguaje, con objetos que “proclaman” algo. Estos objetos llenan la vida cotidiana, y la imbrican con el pasado. Los objetos trascienden las situaciones “cara a cara” y por lo mismo no pueden aprehenderse sino a través de las tipificaciones que construyen quienes los interpretan. En el murallón de un cerro de San Andrés pueden observarse una serie de expresiones pictóricas de un artista anónimo; la primera impresión que estos objetos producen es la de una especie de ritual que involucra a la tierra, a la luna, a las fuerzas de la naturaleza como el rayo, algunos animales y también a los hombres; se

observan animales como coyotes, aves y *cacomixtles*; está también la figura de un hombre en cuya cabeza se observa un resplandor, y desde la luna le llega un rayo que lo mantiene en actitud contemplativa. Otros símbolos, dispersos en el muro, completan la escena. El material con el que se elaboraron las pinturas es, al parecer, una mezcla de cal con algún tipo de savia de alguna especie de árbol; la mezcla es resistente y ha permanecido, según puede observarse por los indicios de hollín en el muro y los escurrimientos del agua, a través de muchos años. No se han hecho estudios de la antigüedad de las pinturas, de hecho contadas personas conocen su ubicación, pero al parecer son de una época anterior a la Revolución⁶² puesto que el hollín en las paredes y los guijarros en el suelo son indicios de que alguien habitó el lugar hace mucho tiempo. Si sólo se observa lo descrito podría concluirse, inclusive, que se trata de pinturas rupestres; sin embargo, una mirada más atenta nos revela, en una saliente cuidadosamente elegida, que el autor pertenece a la época, quizá, colonial pues ha escrito, con una letra estilizada: "Inés eres mi amor". ¿Cuáles fueron entonces sus intenciones? ¿Qué significan las pinturas?, seguramente nadie lo sabrá con certeza, pero eso no es obstáculo para nuestra tipificación y para las intenciones subjetivas del autor, que utilizó como objeto una mezcla de cal y savia para objetivar su expresividad.

Entre las diversas formas de objetivación, la significación, producción de signos con una intencionalidad determinada, es un caso especial. De hecho, todas las objetivaciones pueden utilizarse también como signos, aunque la intención original de su creación no estuviera enfocada en ello. Los signos pueden ser agrupados de infinidad de maneras, según su intencionalidad, "gesticulatorios, de movimientos corporales pautados, de diversos grupos de artefactos materiales, y así sucesivamente. Los signos y los sistemas de signos son objetivaciones en el sentido de que son accesibles objetivamente más allá de la expresión de intenciones subjetivas "aquí y ahora" (*Ibíd.*: 54).

Algunos signos requieren de la presencia del cuerpo como mediador, como medio para su intencionalidad. Tal sería el caso de la danza *Xochipitzahuatl* (Flor menudita), que se interpreta el 12 de diciembre en el atrio de la iglesia de San Andrés. La tradición data de los

⁶² En San Andrés abundan las historias familiares en las que se cuentan las estrategias de supervivencia en esa época.

tiempos de la Colonia en México, y mucha de la intencionalidad se ha quedado en los recovecos del tiempo pasado; sin embargo subsiste aun la idea de agradecimiento a la Virgen de Guadalupe/*Tonantzin* en el día que conmemora su aparición a Juan Diego. Los movimientos cadenciosos, lentos, gráciles, se pueden asociar a la emotividad indígena, a su profunda devoción a la figura de la Madre, al pudor que se le ha asignado a esta raza; sin embargo, esas son interpretaciones del “aquí y ahora”, que probablemente difieran de la intencionalidad originaria. Quienes, en la actualidad, interpretan la danza seguramente no comparten la subjetividad de los que la instituyeron en el pasado; la subjetividad de unos y otros puede separarse por completo, pero en ambos casos la danza funciona como signo. Desde luego, una expresión corporal, danza, gesto, tic, seña, etcétera, a diferencia de un artefacto material, como una pintura en un muro, está menos separada de la subjetividad en las situaciones “cara a cara”.

El lenguaje, que puede definirse como un sistema de signos vocales, es el sistema de signos esencial de la sociedad humana. Su importancia radica en la capacidad intrínseca de expresividad vocal que posee el organismo humano en tanto las expresiones vocales se transformen en lingüísticas al integrarse en un sistema de signos que una sociedad comparta objetivamente. El lenguaje, más específicamente la significación lingüística, es la base que sustenta la vida cotidiana al compartirse con los semejantes y hacerlo a través de ella misma. “La vida cotidiana, por sobre todo, es vida con el lenguaje que comparto con mis semejantes y por medio de él. Por lo tanto, la comprensión del lenguaje es esencial para cualquier comprensión de la realidad de la vida cotidiana” (*Ibíd.*: 55).

Si bien el lenguaje se origina en la situación “cara a cara”, también es posible separarlo de ella fácilmente. Es posible emplear el lenguaje fuera de las situaciones “cara a cara”. “La separación del lenguaje radica mucho más fundamentalmente en su capacidad de comunicar significados que no son expresiones directas de subjetividad “aquí y ahora”. También otros sistemas de signos pueden no ser expresiones de ese tipo ni ese tiempo; la diferencia esencial es que el lenguaje puede separarse más fácilmente de las situaciones cara a cara, incluyendo asuntos que no han sido experiencias personales directas. El lenguaje “es capaz de transformarse en depósito objetivo de vastas acumulaciones de

significado y experiencia, que puede preservar a través del tiempo y transmitir a las generaciones futuras” (*Ibíd.*: 56). En San Andrés, como ejemplo de la preservación de la acumulación de significado, hallamos la manera en que se realiza el ritual de las Ofrendas a los Aires (de petición de lluvias), incluida la parafernalia asociada a él, no se halla escrita en un manual ni nada parecido, se ha transmitido de generación en generación, de manera oral y práctica. En el transcurso del tiempo han surgido modificaciones en la recreación; por ejemplo, la invocación del rito original se realizaba en idioma náhuatl, en la actualidad sólo una de las *huehuentles* lo hace de esa manera, pero por su edad avanzada sólo acude a los lugares de ofrenda más cercanos; y debido al celo con que guarda la oración la *huehuentle* bilingüe, los demás no han tenido acceso a una traducción y hacen el rezo en español.

La manera en que se percibe la vida cotidiana en esta comunidad está basada en la recreación de las significaciones lingüísticas heredadas. “La vida cotidiana, por sobre todo, es vida con el lenguaje que comparto con mis semejantes y por medio de él (*Ibíd.*: 55. Todo aquel que pertenece a la comunidad comprende estas objetivaciones lingüísticas, las cuales son esenciales para, asimismo, comprender la realidad de la vida cotidiana. Expresiones como “*voy a campear*”⁶³, “*ser tlacualero*”⁶⁴, “*se está cargando el temporal*”⁶⁵, “*agarra la sieta*”⁶⁶, “*nos vamos cuando cante el grillo*”⁶⁷, “*la luna tiene casa, va a hacer verano*”⁶⁸, “*¿dónde va a ser el caldo?*”⁶⁹, entre muchas otras de uso cotidiano, se originan

⁶³ Ir al campo a vigilar la milpa o a buscar el ganado. Se asocia con el hecho de salir del pueblo, estar en el campo, es decir en el entorno natural que pertenece a la comunidad.

⁶⁴ Persona que se encarga de llevar los “tacos” a los trabajadores del campo; este trabajo es desempeñado, generalmente, por un niño, quien recoge la comida en las casas de los peones y la lleva a los terrenos de siembra.

⁶⁵ Cuando, en la época de lluvias –junio a octubre–, llueve demasiado. Las milpas se anegan –*aguachinan*– y esto es perjudicial para el cultivo.

⁶⁶ Los caleros llaman *sieta* a las sillas.

⁶⁷ Antiguamente la jornada de trabajo terminaba al anoecer, “cuando cantaban los grillos”; esa expresión se quedó como un dicho que utilizan los campesinos caleros para poner a prueba el temple de los niños que inician su experiencia en el trabajo del campo.

⁶⁸ Cuando la luna tiene alrededor un halo de luz, y éste es amplio, se interpreta como que “tiene casa”, a este fenómeno se asocia, en la temporada de lluvias, un “verano”, es decir un periodo de algunos días en que no lloverá. Es un verano que no tiene que ver con la estación del año sino con la ausencia de lluvias; los “veranos” sólo ocurren durante la temporada de lluvias.

⁶⁹ En las fiestas patronales hay siempre dos mayordomos, el de la iglesia –del Cristo Salvador o de San Andrés– y el otro es el del “castillo” –de fuegos artificiales que se quema en la noche de la fiesta–; al mayordomo del castillo corresponde, al día siguiente de la quema, ofrecer de comer a quienes cooperaron para la compra del artefacto; lo tradicional es que se ofrezca un caldo de carne de res sazonado con ejotes,

precisamente en la vida cotidiana y la toman como referencia primordial; el lenguaje hace referencia a la realidad que se experimenta en la práctica, tanto de acciones presentes o futuras, y que son compartidas por otros caleros. Es el sentido común el mecanismo que nutre de signos al lenguaje de la vida cotidiana.

En la vida cotidiana de esta comunidad campesina, como es de suponer también en cualquier otro contexto, el lenguaje es objetivo, es decir específico. Se presenta como algo hecho, fuera del sujeto, y de alguna manera dominante. El lenguaje cotidiano obliga al calero a adaptarse a sus moldes. No puede emplearse una manera de hablar que no sea calera si se pretende ser comprendido, hablar de manera “entendible”, “correcta”; sólo quienes son “fuereños” no utilizan el habla particular de los caleros. Este modo de hablar particular proporciona pautas ya establecidas para objetivar la experiencia en la cotidianidad. “El lenguaje tiene una expansividad tan flexible como para permitirme objetivar una gran variedad de experiencias que me salen al paso en el curso de mi vida” (*Ibíd.*: 57). El lenguaje de la vida cotidiana también tipifica las experiencias y permite incluirlas en categorías más amplias de modo que sean entendibles para todos los miembros de la comunidad. De esta manera se encasillan experiencias como las de tipo campesino, que tienen que ver con el trabajo que se realiza tanto en casa como en el campo; las de los ritos, tanto paganos como religiosos, como el ya mencionado de petición de lluvias, las mayordomías, las posadas, las fiestas de los santos; las experiencias de autosustento, como aprovechar los recursos alimentarios del entorno, conocer la vegetación comestible, los frutos y semillas; la cacería, como en qué temporada del año se puede dar caza a las diversas especies animales; las de tipo comunitario, como los *cuatequil*; las de tipo familiar y de conducta; entre otras más específicas. Las experiencias tipificadas que son categorizadas, al dejar de ser individuales, se integran al cúmulo general de conocimiento comunitario, lo que Berger y Luckmann denominan “ordenamientos generales de significado que son reales tanto objetiva como subjetivamente” (*Óp. Cit.*: 58).

El lenguaje comunitario, es decir aquel que se utiliza y adquiere un sentido específico en ese contexto, recrea las experiencias de quienes existieron antes en ese espacio, pero también se nutre de los símbolos que las nuevas generaciones generan. Así, el simbolismo

elote, calabaza, epazote, chile guajillo, arroz y jitomate, acompañado con tortillas recién hechas, refrescos y cervezas; a esta comida se le conoce en la comunidad como “el caldo”.

y el lenguaje se construyen a partir de la experiencia cotidiana y son esenciales tanto en ella como en su aprehensión por parte del sentido común.

El lenguaje conforma campos de significados lingüísticamente delimitados. Las herramientas del lenguaje se circunscriben también a esos campos. Como en el caso de la tradición agrícola campesina de San Andrés, en la que abundan los ejemplos de este tipo de uso lingüístico: “*barbechar la tierra*”, “*beneficiar la milpa*”, “*dar primera y segunda, o cajón*”, “*tlamatequiar la milpa*”, “*curar el maíz*”, “*sacar hoja*”, “*solar la milpa*”, “*levantar el tecorral*”, etcétera.

Los sucesos que conforman la rutina de la vida cotidiana están cargados de objetivaciones lingüísticas que el campo semántico, al que se circunscriben, ordena significativamente. Estos campos semánticos posibilitan la objetivación, retención y acumulación de experiencia biográfica e histórica. Se trata de una acumulación selectiva pues en los campos semánticos se determina qué se tiene que retener y qué debe olvidarse en la experiencia individual y colectiva. La acumulación de estas experiencias conforma un acopio social de conocimiento, el cual se transmite de generación en generación y se halla al alcance de cualquier miembro de la comunidad en la vida cotidiana.

A continuación describo una práctica que, como producto de la utilidad, llegó a conformar parte del acopio de saber comunitario: Antiguamente, y todavía algunos campesinos lo hacen, se acostumbraba seleccionar la semilla de maíz para la próxima siembra cuando se desgranaban las mazorcas en casa; entonces se dejaban en el olote los granos de que serían la semilla de la siguiente temporada, se desgranaban por completo las mazorcas que tenían granos de tamaño promedio, y se dejaban aquellas cuyos granos estaban por encima de ese tamaño. Esta práctica tomaba como premisa únicamente el tamaño del grano y de la mazorca, y era ese el criterio de utilidad que se otorgaba. Sin embargo, quedaban fuera criterios como la altura de la planta –que es importante porque una planta demasiado alta dificulta la cosecha-, la fortaleza –una planta corta y fuerte resiste mejor el embate del viento y la lluvia, el grosor del olote también es factor porque uno muy grueso tendrá granos más pequeños, otra característica es la del número de mazorcas en una planta –dos es el promedio, aunque en ocasiones pueden ser tres, y finalmente también el color –porque una planta amarilla es síntoma de fragilidad, en cambio una de color verde oscuro denota

mayor fortaleza. Todas estas características pueden observarse en conjunto sólo cuando la mazorca está en la planta, es decir, cuando no se ha cosechado; la selección de las mazorcas para semilla era más efectiva si se realizaba en el momento de la cosecha, y fue por eso que esa práctica se adquirió y pasó a formar parte del acervo de conocimiento del campo de la agricultura campesina.

En la actualidad esta práctica, que se ha transmitido en varias generaciones, está al alcance de cualquier campesino calero, en su sentido común de la vida cotidiana, a la que enfrenta con ese cuerpo específico de conocimiento (Berger y Luckmann, 2001). Y los otros miembros de la comunidad, que son campesinos, comparten ese conocimiento, o al menos de manera parcial. La interacción entre los miembros de la comunidad, en la vida cotidiana, está determinada por su participación común en el acervo de conocimiento que se halla a su alcance. Ese conocimiento es reconocido por aquellos que son campesinos, pero también con quienes no lo son, estableciendo una diferenciación entre unos y otros. Aquellos que permanecen dentro del campo de conocimiento de la agricultura campesina tradicional, y aquellos que se quedan fuera de él. Los que saben y los que reconocen que no saben. Otro grupo, uno más externo, quizá externo a la comunidad, sería incapaz de reconocer esta diferencia.

La vida cotidiana en una comunidad de tradición campesina está motivada por satisfacer las necesidades básicas, y el conocimiento que en ella circula es de ese tipo, es decir un conocimiento que satisface las necesidades esenciales que sustentan la vida. Este tipo de conocimiento ocupa un lugar destacado dentro del cúmulo social. Un campesino calero sabe, por ejemplo, a qué hora sale el sol tras el *Tenextépetl* o *Las Cabecitas*, en cada época del año, y a qué hora se oculta más allá del valle de Cuernavaca; pero también sabe cómo afilar un machete o un hacha y qué tipo de vegetación es posible cortar con cada uno, de qué lado se monta a un caballo, cómo se ensilla y ‘carga’ de leña o abono a una mula, para qué tareas específicas sirven un azadón y un talacho, cómo se corta un árbol para leña, en qué tiempo germina la semilla de maíz, etcétera. Todos estos conocimientos son útiles para el campesino porque contienen la información para llevar a cabo un fin práctico: saber a qué hora sale y se oculta el sol sirve para calcular la jornada de trabajo pero no explica cómo es que el sol sale en diferentes horas y rumbos en cada época del año –o quizá

simplemente eso no le interesa demasiado-; saber afilar el machete o el hacha no tiene relación con saber de qué aleación están hechos o, más aún, cómo se logra dicha aleación; saber cómo montar o ensillar un caballo o mula no significa que sepa elaborar una silla; saber utilizar un talacho o azadón no significa que sabe hacerlos; saber cuáles árboles sirven para utilizarlos como leña no significa que se pueda explicar la naturaleza de su dureza; que sepa el tiempo que tarda en germinar el maíz no indica que se conozca el proceso químico que hace eso posible.

En resumen, puede decirse que gran parte del acervo de conocimiento consiste en formas de resolver problemas de la vida cotidiana. Fuera de ese contexto el acervo deja de ser necesario, y probablemente del todo inservible a medida que se le coloca en contextos más alejados de la práctica. A ese alejamiento Berger y Luckmann denominan “grados de familiaridad”, y establecen la relación entre los conocimientos más complejos y elaborados con los niveles de familiaridad más cercanos al contexto en que se han producido dichos conocimientos. Así, para un campesino calero resultaría innecesario su conocimiento sobre el tiempo que tarda en germinar la semilla de maíz, si estuviera en un contexto urbano, en cualquier ciudad; su conocimiento sobre su propia ocupación es abundante y específica, mientras las ocupaciones de los ciudadanos le resultan extrañas, apenas las conoce o le son totalmente desconocidas.

El acervo social de conocimiento de su comunidad proporciona a los caleros las tipificaciones importantes para la vida cotidiana, las de toda clase de hechos y experiencias. Vive en un contexto de personas que puede identificar; conoce al panadero, a los tenderos, a los vecinos, a las costureras, a las señoras que hacen tortillas, al cura, a los otros campesinos, a los estudiantes, al herrero, al cerrajero, al plomero, a los albañiles, a los carpinteros, a los profesores y demás profesionistas, etcétera, etcétera; en fin, puede decirse que conoce a todos los que, como él, son oriundos del lugar; probablemente no conoce a quienes han llegado a vivir al pueblo, pero los identifica y sabe que no son caleros como él. El calero vive en un contexto de personas identificables, de fenómenos y circunstancias que le son familiares. El mundo de los caleros se integra por las rutinas que se circunscriben a circunstancias propicias o adversas, y a lo que debe hacer para enfrentar las eventualidades

de la vida cotidiana. Cuando es la temporada de estío, sabe que es tiempo de arrear el ganado hacia los terrenos de rastrojo, hacia los abrevaderos; es tiempo de las faenas de la casa, de reparar las herramientas de trabajo, de desgranar y sacar hoja, de escoger el maíz para la siguiente temporada de siembra, de apartar el maíz pozolero, de almacenarlo y curarlo para evitar el gorgojo, es tiempo también de limpiar el terreno de siembra para la nueva temporada, tiempo de acarrear leña para la casa, de reparar el tecorral de la parcela, tiempo de trabajar en otras cosas. En cambio la temporada de lluvias es una estación en la que inician las labores agrícolas, se barbecha el terreno, es tiempo de la siembra y cultivo del maíz –o lo que sea que vaya a sembrarse, sorgo, jitomate, calabaza o frijol-, el tiempo es propicio para sacar al ganado del potrero y dejarlo libre para que busque su propio sustento en los lugares comunes de apacentamiento, tiempo de vigilar al ganado que se ha dejado libre, tiempo de gestionar los apoyos gubernamentales para el campo, tiempo de hacer trato con el tractorista para que surque la parcela, tiempo de ir a “campear” –vigilar la parcela durante algunas noches para evitar que la fauna silvestre los dañe-, tiempo de trabajo familiar y de “ayudas” –trabajo no remunerado para ayudar a los familiares o amigos cercanos que harán lo mismo en reciprocidad-, también es tiempo de quedarse en casa y ver llover cuando el día ha amanecido así. En el contexto comunitario sólo existen dos épocas en el año, la de secas y la de lluvias. Y los campesinos caleros tienen acceso al acervo de conocimientos, es decir a lo que todos saben; pero ese saber tiene su propia lógica que funciona de manera individual. Lo que es un hecho y parte del sentido común, es que el campesino calero, en cualquier época del año, tiene cosas que hacer, todas ellas relacionadas, de alguna manera, con la agricultura.

La validez de los conocimientos que integran el acervo en la vida cotidiana tiene validez en tanto no surja una situación cuya solución que esté fuera de la capacidad del acervo. Mientras el conocimiento compartido sirva para solucionar las eventualidades, su integridad se mantiene fuera de cualquier duda.

En la historia de la agricultura en la comunidad han sucedido al menos dos cismas que pusieron en entredicho la capacidad del acervo de conocimiento en ese campo. El primero de ellos ocurrió durante la época colonial cuando, debido a las presiones de los conquistadores, los agricultores tuvieron que emplear sus jornadas en el cultivo de maíz en

tierras que no eran suyas, al servicio de los amos. El antiguo método de siembra con coa fue rápidamente desplazado por la tecnología de yunta y arado traída desde Europa. Los indígenas, acostumbrados a la agricultura para el autosustento, se vieron de pronto obligados a trabajar con otros fines, los de la agricultura en gran escala, para la comercialización del grano. Esto trastocó los tiempos de la vida cotidiana de tal manera que fue necesaria una adaptación radical de la misma. Además, el método de siembra con coa, si bien era redituable en términos de producción para el autosustento familiar, dejó de ser la actividad principal debido al poco tiempo de que disponían para su práctica. Fue entonces que la agricultura atravesó por un largo periodo de latencia, los indígenas tuvieron que dejar de producir sus alimentos, y en cambio fueron involucrados en el intercambio mercantil para conseguirlos. Las leyes y alcabalas impuestas por los españoles prohibían que los indígenas poseyeran los medios para utilizar la tecnología agrícola importada, no podían utilizar la yunta y arado para su beneficio, tampoco podían ser dueños de ellos; sin embargo fueron obligados a aprender su uso en beneficio de los amos. Esta situación, con el paso de los años –más de trescientos, por cierto-, resultó un hecho fundamental en el devenir de la agricultura campesina. Los indígenas, que ya sabían utilizar la tecnología de yunta y arado, cuando terminó el dominio español, aprovecharon ese conocimiento para su beneficio familiar. La agricultura entonces, y aun con las restricciones impuestas por el grupo de hacendados -la nueva clase en el poder- tuvo un auge que permitió el usufructo de la tierra en mayores cantidades de las que permitía el método de *tlacolol* con uso de la *coa*. Ese fue el primer cisma de la agricultura. El segundo se originó cuando el gobierno mexicano otorgó las facilidades para la puesta en marcha de la llamada *revolución verde*; un programa que alentaba al campesino a cambiar la modalidad agrícola de satisfacer las necesidades básicas de sustento familiar y, en cambio, pretendía que el campo agrícola mexicano fuera en su totalidad –no solo los latifundios del norte del país- el que satisficiera la demanda nacional de productos básicos; para ello era necesaria una transformación del campo, adecuarlo para la producción en gran escala, para el monocultivo⁷⁰ en grandes extensiones de tierra; para ello fue necesaria la utilización de variedades mejoradas de las semillas – en México se inició con maíz y trigo-; el sistema impulsado por la *revolución verde* utilizaba grandes cantidades de agua, fertilizantes y plaguicidas. La producción se

⁷⁰ Cultivo de una sola especie en un terreno durante todo el año.

elevaba considerablemente, de dos a cinco veces más que con el método y semillas tradicionales. Los beneficios inmediatos de esta revolución en la agricultura opacaron las consecuencias: contaminación del suelo, dependencia de la agroquímica para la obtención de cosecha, esterilidad de la tierra, fortalecimientos de las plagas existentes y aparición de nuevas; pero la más terrible, quizá, fue la paulatina contaminación y posterior desaparición de las variedades de semillas criollas, principalmente de las de maíz; la pérdida de la biodiversidad ha sido evidente.

Como ya se mencionó anteriormente, en San Andrés la agricultura sufrió el embate del auge del jitomate, y posteriormente la del maíz híbrido; en la actualidad sus semillas tradicionales de maíz están desapareciendo ante la introducción de semillas transgénicas. La agricultura campesina apenas sobrevive gracias a la persistencia de los agricultores más viejos, aquellos que no aceptan la premisa de la cantidad en lugar de la calidad:

A mi ya no me dejan sembrar; mis hijos dicen que ya nomás ando dando lata, que luego ni puedo hacerme cargo yo solo; que les quito tiempo porque luego tienen que ir a ayudarme a beneficiar la milpa. Pero bien que les gusta comer tortillas, tamales, elotes y camaguas del criollito, no hay comparación con el híbrido. Es cierto que luego ya me las veo, que mis rodillas me dan lata, que me ha tirado la mula como cinco veces, pero yo les digo que si no siembro me siento inútil, que si quieren que ya me muera entonces que no me dejen sembrar (campesino calero, 76 años)

Actualmente sólo 25 campesinos, todos mayores de 53 años, cultivan maíz criollo; distribuidos en 20 hogares, de un total de 295, los campesinos que utilizan el método y las semillas tradicionales son apenas un porcentaje mínimo (6.7% de los hogares, y 2% de la población)⁷¹. Sin embargo, el acervo social de conocimiento relacionado con la agricultura sigue vigente, sigue siendo útil y además se reafirma en la mente de quienes se niegan a aceptar las bondades del nuevo sistema.

El conocimiento de la vida cotidiana se estructura en términos de relevancias, y esas relevancias se determinan por los intereses inmediatos o por la situación general del individuo en la sociedad. Por ejemplo en el relato del campesino, arriba reproducido, a los

⁷¹ Fuente Censo Sociodemográfico San Andrés 2009.

hijos les molesta tener que participar en el cultivo del maíz porque los distrae de sus actividades principales, sin embargo sí les agrada consumir los productos elaborados con esta variedad de maíz, actividad que consideran de menor relevancia, lo que no ocurre con el padre, para quien tiene un nivel de relevancia mayor pues le da sentido a su existencia, lo hace sentir útil. En este caso, las estructuras de relevancia son diferentes, sin embargo se entrecruzan en un punto determinado, y esto ocurre también entre otros miembros de la comunidad. Las estructuras de relevancia, es decir los intereses prioritarios, se entrecruzan con los de otros en muchos puntos. El resultado es que haya cosas que decir, cosas interesantes que permiten la interacción.

Los caleros comparten también el conocimiento de las estructuras de relevancia de los otros, de sus prioridades, las cuales se relacionan con su actividad principal o su profesión. La vida cotidiana se estructura también. Con base en ese conocimiento compartido, a las relevancias de los miembros de la comunidad (*Ibíd.*).

En cuanto a la distribución social del conocimiento en la vida cotidiana, los individuos lo poseen en grados diferentes. No es compartido en la misma medida por los todos, e inclusive hay tipos de conocimiento que los individuos no comparten; tal es el caso de los profesionistas, quienes comparten su conocimiento con sus colegas pero no lo hacen con personas ajenas al gremio. O en el caso de los campesinos, el conocimiento que comparten puede provenir del mismo acervo, sin embargo no lo adquieren en el mismo grado; así, quienes poseen una cantidad mayor de experiencia –que sólo se obtiene con la participación en cada temporada agrícola- también poseen grados mayores de conocimiento. También los campesinos que participan en la agricultura del maíz híbrido van adquiriendo, temporada tras temporada, un conocimiento más especializado en los menesteres de esa actividad. La especialización del conocimiento que cada individuo posee es parte del acervo pero no constituye su totalidad, la aplicación de ese conocimiento también es una cuestión compartida que depende de las relaciones que se establecen con individuos que poseen parte del conocimiento del acervo. Las relaciones de esas adquisiciones y su aplicación son complejas y pueden resultar ininteligibles para individuos externos al contexto en el que circulan. Así pues, “El conocimiento, al menos en esbozo, de cómo se distribuye el acopio de conocimiento con alcance social, es un elemento importante de dicho acopio” (*Ibíd.*: 65).

En la vida cotidiana, el calero sabe al menos qué tipo de conocimiento posee y a qué individuos puede acudir en caso de que ese conocimiento no sea suficiente para solventar las incidencias que se le presenten; sabe quiénes poseen los conocimientos especializados que requiere, o al menos quiénes son los individuos de los que puede esperar que los posean.

Un ejemplo de lo anterior, entre los campesinos tradicionales de San Andrés, es el reconocimiento de quienes poseen el conocimiento para conocer y seleccionar las semillas en cada temporada de siembra. No es que haya una persona, o un grupo de personas, a las que en cada ocasión se acuda a preguntar; sin embargo, sí se identifican a quienes, por su experiencia, poseen el conocimiento de la selección en un grado superlativo, y es a ellos a quien invariablemente acuden cuando necesitan despejar alguna duda o adquirir un conocimiento. Las semillas de maíz criollo que más se siembran en el campo calero son el *tepalcingueño*, *ancho*, *azul*, *pitillo*, *tlacololero* (sólo en terrenos de desmonte), *amarillo*, *rojo*, y cada una de ellas tiene características que las hacen aptas para un tipo de terreno, o una finalidad específica; además, también los cuidados que se aplican difieren de acuerdo a cada tipo pues los tiempos de germinación, desarrollo y maduración son diferentes en algún grado. Quienes se han dedicado a sembrar por varias temporadas el mismo tipo de maíz son reconocidos por la comunidad y se convierten en voces autorizadas para opinar de ese cultivo en particular; también quienes ya no siembran, pero lo hicieron durante toda su vida adquieren la categoría de “el que sabe” o “el que conoce” y son consultados al respecto. En la actualidad son dos las personas que ostentan tal categoría, don Malaquías y don Agustín, a pesar de que ninguno de ellos es un campesino en activo, y eso confirma el hecho de que, en el acervo comunitario, la experiencia es determinante para el reconocimiento de los grados de reconocimiento (Censo Sociodemográfico 2009).

Ambiente y socialidad

Las relaciones del calero con el ambiente que lo rodea se han caracterizado por su dependencia de la naturaleza, la cual le ha proporcionado las condiciones y los elementos necesarios para su supervivencia; no sólo ha logrado establecer su dominio sobre la mayor parte del medio inmediato que lo rodea sino que su relación con el mundo circundante está estructurada por sus propias actividades. Sin embargo el hecho de que haya decidido

dedicarse a la agricultura no puede explicarse en términos de procesos biológicos únicamente sino también en términos culturales y sociales. La forma específica dentro de la cual se moldea la humanidad, de cualquier grupo humano, está determinada por dichas circunstancias socio-culturales y tiene relación con numerosas variaciones de los contextos. En palabras de Berger y Luckmann, “si bien es posible afirmar que el hombre posee una naturaleza, es más significativo decir que el hombre construye su propia naturaleza o, más sencillamente, que el hombre se produce a sí mismo” (*Ibíd.*: 69).

A lo que se refieren estos autores no es al hecho de que haya una visión prometeica de dicha autoproducción sino a lo que ellos mismos denominan una “empresa social”, es decir que los hombres producen un ambiente social con la totalidad de sus formaciones socioculturales y psicológicas. La constitución biológica del hombre por sí misma no produce ninguna de las formaciones pero sí es determinante como marco de sus actividades productivas. Así pues, ningún hombre podría constituirse como tal en un ambiente aislado, pero tampoco un solo hombre puede producir un ambiente humano. Lo que convierte en humano al hombre es el ambiente social; humanidad y socialidad están íntimamente entrelazadas. “El *homo sapiens* es siempre, y en la misma medida, *homo socius*. El orden social existe únicamente como producto de la actividad humana pasada y existe sólo en tanto el ser humano siga produciéndolo” (*Ibíd.*: 72).

El grupo nómada que se estableció en los alrededores del actual pueblo de San Andrés era, con seguridad, un grupo humano socializado; sus intenciones, cualesquiera que hayan sido a largo plazo, tenían como prioridad la obtención de recursos para su supervivencia y vieron en el lugar las condiciones que necesitaban para lograrlo. Conocían la técnica para cultivar el maíz y vieron que el valle de *Xochiocan*⁷² tenía agua suficiente para satisfacer sus necesidades. Al establecerse en ese lugar originaron, con su interacción, las bases que posteriormente sirvieron a los caleros para historiar su orden social al tiempo que lo reproducían y modificaban de acuerdo a las circunstancias. No puede asegurarse que aquellos primeros hombres sean los antepasados directos de los actuales pobladores, sin embargo aquellos les heredaron un espacio socializado, un contexto demarcado que, salvadas las distancias, sigue funcionando ahora como tal.

⁷² La leyenda dice que fue en ese valle, al oeste del pueblo actual, en donde se dio el primer asentamiento humano. Posteriormente, al escasear el agua, los primeros pobladores se tuvieron que trasladar al paraje conocido como *Atzotzompantla* (al noreste del pueblo actual), donde también había un venero de agua.

Orígenes de la institucionalización

La actividad humana está supeditada a la habituación. Todos los actos que se repiten con cierta frecuencia, crean una pauta que luego puede reproducirse con un mínimo de esfuerzo y que de inmediato son aprehendidos como pauta por el que los ejecuta. Las pautas que sostienen la habituación implican que las actividades puedan volver a ejecutarse posteriormente de la misma manera y con idéntico esfuerzo. La habituación funciona de esa manera tanto en actividades de tipo social como en aquellas que no lo son. Para Berger y Luckmann, quienes explican el concepto, *“hasta el individuo solitario en la proverbial isla desierta introduce hábitos en su actividad. Cuando se despierta por la mañana y reanuda sus intentos de construir una canoa con ramas, tal vez murmure para sí: ‘Empecemos de nuevo’ mientras inicia el primer paso de un procedimiento operativo que consta, por ejemplo, de diez pasos”* (Ibíd.: 74). De esta manera es un hecho que incluso el hombre solitario, si ha sido socializado, posee ciertos procedimientos habitualizados, o es capaz de reproducirlos.

Toda acción que ha sido habitualizada posee un significado para el individuo que la ha aprehendido, y este significado pasa a formar parte del acervo de conocimiento que comparte con la comunidad. Las acciones que han sido habitualizadas tienen la función de acotar las opciones para llevar a cabo algo; por ejemplo, cuando los campesinos van a trabajar a sus parcelas, generalmente lo hacen muy temprano, algunos antes de las seis de la mañana, otros un poco después, pero es un hábito iniciar la faena cuando empieza el día; quizá podrían hacerlo más tarde, pero generación tras generación ha sido de esta manera y las razones podrán ser numerosas pero ninguna de ellas haría imposible iniciar más tarde, a las nueve, diez u once de la mañana; sin embargo, el “buen decir” de los hábitos campesinos estipula que la jornada inicia “con el fresco”, no después. Cualquier campesino calero sabe que, parte esencial de, ser campesino implica una rutina de trabajo que debe iniciar antes de que salga el sol; quienes transgreden esta regla se exponen a la burla, a comentarios peyorativos respecto a su legitimidad como miembros del grupo campesino: *“temprano eh”, “¿ya traes los tacos?”, “te vienes desde hoy para empezar temprano mañana, ¿verdad?”*, y muchos otros en el mismo tono. Ser campesino es sinónimo de ser madrugador; madrugar para empezar la jornada es una acción habitualizada que, en San

Andrés, ha pasado a formar parte del acervo general de conocimiento. Si se es campesino no hay otra opción que “despertar temprano, sacudirse el frío con una buena taza de café, afilar el machete, ensillar el burro, e irse a la friega pronto, cuando todavía está oscuro, antes de que se haga tarde” (campesino calero, 82 años). Restringir las opciones, acotarlas a la tipificación, es otra característica de la habituación; además, “provee el rumbo y la especialización de la actividad que faltan en el equipo biológico del hombre, aliviando de esa manera la acumulación de tensiones resultante de los impulsos no dirigidos” (*Ibíd.*: 75). Según Berger y Luckmann, la habituación de la actividad humana se desarrolla a la par que el proceso de institucionalización. Las instituciones surgen como consecuencia de este proceso y se confirma “cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores” (*Ibíd.*: 76). En otras palabras, toda tipificación recíproca es una institución. La característica principal de la institucionalización es la reciprocidad de las tipificaciones y la tipicalidad no solo de las acciones sino también de los actores en las instituciones. “Las tipificaciones de las acciones habitualizadas que constituyen las instituciones, siempre se comparten, son *accesibles* a todos los integrantes de un determinado grupo social, y la institución misma tipifica tanto a los actores individuales como a las acciones individuales” (*Ibíd.*: 76). Las instituciones⁷³ establecen pautas de comportamiento y acción para sus individuos, es decir los tipifican. Un campesino calero, en el contexto comunitario, deberá actuar como tal; y para actuar como la institución espera de él, tiene que ser poseedor de cierta porción del acervo de conocimiento, al mismo tiempo que tendrá el acceso a la parte de ese acervo que no posee pero que sabe que puede adquirir en determinadas circunstancias. La comunicación de ese conocimiento también tiene, en San Andrés, sus acciones tipificadas; por ejemplo, cuando un campesino de menor experiencia quiere acceder al conocimiento de uno con una experiencia mayor, no se lo preguntará de manera directa acudiendo a su casa, sino en una plática “informal”, “casual”, que puede suceder en un espacio comunitario –una reunión de *cuatequil*, una fiesta, en una mayordomía, etcétera- o incluso en la calle mientras se intercambian saludos. Quien pregunta restará importancia al asunto y quien orienta lo hará

⁷³ Estoy refiriéndome al concepto de institución específicamente aplicado a acciones habitualizadas y tipificaciones de los sujetos y acciones en un contexto diferenciado; es decir a la forma en que se relacionan los seres humanos de una determinada sociedad. No se trata de la institución burocrática o política entendida como cualquier organismo o grupo social que persigue la realización de determinados fines o propósitos.

de la misma manera, ambos, siempre, minimizarán el hecho. La razón de ello es que pertenecen al grupo de campesinos y por lo tanto, al interior del mismo, su función es, en apariencia, equivalente; ambos comparten un conocimiento –en mayor o menor grado- que a los demás, a quienes no son campesinos, no es accesible sino a través de la práctica, de la experiencia directa, de, como dicen los mismos campesinos: “doblar el lomo en el surco”.

Otros componentes esenciales de las instituciones son la historicidad y el control. La historicidad se construye a través de la práctica, en el transcurso del tiempo, de acciones y tipificaciones recíprocas, es decir, de una historia compartida; la habituación es una condición adquirida a través de la práctica consuetudinaria, no de corto periodo. Las tipificaciones del lenguaje, por ejemplo, que distinguen a los caleros no ocurrieron en un corto periodo de tiempo, han ido incrustándose en la cotidianidad de manera paulatina, por comodidad, por originalidad o por las inflexiones que ocurren en cualquier lengua con el paso del tiempo; el hecho es que los caleros tienen un “habla” que los distingue de los sujetos en otras comunidades y que los hace autorreconocerse. Cuando le pregunté a un campesino de San Andrés cómo reconocía a los habitantes de otras comunidades del municipio, me respondió: “Pues por su forma de hablar, por el tonito que le ponen o por las palabras que dicen; por ejemplo los tepoztecos siempre te dicen ‘gallito’, así es ‘gallito’, qué pasó ‘gallito’; los de Santa [Catarina] siempre usan un tonito medio cantadito y le cambian letras a las palabras, una vez fui al mole y nos dijeron: ‘se acabó molito, ‘ora comen con sopito’; y así con los demás pueblos”. Entonces, al preguntarle cómo hablan los caleros, me contestó: “Eh, jeje, nosotros hablamos normal, no como los tepoztecos, o los de Santa, o los de San Juan; nosotros no hablamos como ellos” (campesino calero, 35 años).

Una propuesta interpretativa para entender a la agricultura como institución es analizar el proceso histórico en que se produjo. La institución agrícola ejerce su control sobre el comportamiento de los campesinos y establece en ellos ciertas pautas previamente definidas que los obliga a actuar de manera tipificada en oposición a las muchas otras en que podrían hacerlo. El carácter controlador es una característica importante de la institucionalización, y no necesariamente implica una sanción, aunque suelen ir acompañados. La agricultura campesina de San Andrés tiene mecanismos de sanción que no se relacionan con castigos físicos o amonestaciones verbales directas; las sanciones de

esta institución se enfocan en la exclusión y existen dos maneras principales, una tiene que ver con el “buen decir”, con la aceptación por parte del grupo de campesinos y con el acceso al acervo de conocimientos, quien no cumple con las acciones tipificadas no tiene acceso al acervo, para ser campesino hay que parecerlo y para parecerlo hay que hacer lo que un campesino hace; la otra es la aceptación de lo “sabido”, es decir de las acciones que se sabe producen resultados concretos, la aceptación implica recreación, es decir, hacer las cosas como lo indica la experiencia, por ello, cuando alguien intenta hacerlo de manera diferente es considerado como un cuestionamiento al acervo. Hace algunos años un campesino puso en tensión el acervo al utilizar un tipo de abono para la milpa que nadie antes había utilizado; acarreó el humus que se acumula en el lecho seco de *Acuitlapilco* -la laguna estacional- y lo mezcló, mediante el barbecho, con la tierra de su parcela; fue duramente criticado por otros campesinos que, secretamente, auguraban su fracaso, pero quienes temían también que el experimento tuviera éxito pues cuestionaba al poner en duda la eficacia del abono de bovinos y equinos; finalmente el experimento fracasó, el resultado fue una milpa amarilla y frágil; las cosas volvieron a su cauce normal, el campesino ‘descarriado’ fue admitido nuevamente en el círculo de los tradicionales, mediante las consabidas frases de regaño disfrazadas con “palmaditas de ánimo”: “Pues sí, era lógico, a quien se le ocurre hacer eso”, “Con tanta enfermedad que se queda en la laguna, si ahí bajan las aguas puercas de la barranca”, “eso le pasa por andar haciendo cosas que no vienen al caso”, etcétera. Los mecanismos de control en la agricultura calera, que Berger y Luckmann llaman “sistema de control social”, son complementarios puesto que la misma institución ha sido creada con la habituación de los controles primordiales, aquellos sustentados por la cotidianidad y las tipificaciones, es decir en la vida de la institución como tal. La agricultura campesina se ha institucionalizado en San Andrés puesto que se halla bajo control social, y su devenir escasamente necesita de controles adicionales.

Otra característica de las instituciones es que estas “se manifiestan generalmente en colectividades que abarcan grandes cantidades de gente. Empero, tiene importancia teórica acentuar que el proceso institucionalizador de tipificación recíproca se realizaría aun cuando dos individuos empezaran a interactuar *de novo*. La institucionalización es algo incipiente en toda situación social que se continúe en el tiempo” (*Ibíd.*: 77). La agricultura campesina tradicional, como hemos mencionado anteriormente, se sustenta en la actualidad

por un reducido número de individuos, pero como actividad primordial de subsistencia, ha acompañado a la comunidad de San Andrés desde sus orígenes y su relación con la cotidianidad es tan imbricada que no es posible concebir a una sin la otra. Las acciones que tipifican recíprocamente a los campesinos caleros conforman la realidad de la vida cotidiana comunitaria e individual, a la vez que aseguran la institucionalización de la actividad más importante en el contexto comunitario. Las rutinas establecidas en torno a la agricultura definen la vida comunitaria al ser un recurso compartido de experiencias y conocimiento, de lo “sabido” y “conocido”, de aquello que no es fuente de asombro o temor para sí mismos ni para los otros. Las acciones tipificadas, “*lo del diario*” se vuelve seguro, cotidiano; lo comunitario se construye así, se construye de las acciones separadas, de la interacción y de la estabilidad de ambas. La agricultura posibilita la construcción del “*trasfondo de rutina*” (*Ibíd.*) que estabiliza ambos tipos de acciones y que, ante las situaciones eventuales que salen del contexto cotidiano, posibilitan la división del trabajo y las innovaciones, las cuales a su vez llevarán a nuevas habituaciones. El orden institucional, siempre que haya interacción entre dos o más individuos que emprendan una cotidianidad compartida, siempre estará en expansión.

La vida cotidiana tiene un carácter trivial desde la perspectiva de los sujetos que cohabitan en un contexto dado; sin embargo ese nivel de trivialidad no es una insignificancia en el sentido llano de la palabra, sino un ambiente de confianza y seguridad que proporciona a los individuos la estabilidad de sus sentidos, a la vez que hace posible las acciones separadas y la interacción. La trivialidad de la vida cotidiana se interpreta entonces como un ambiente en el que las cosas simplemente suceden como deben suceder y por esa razón no son generadoras de asombro y temor.

En San Andrés se han habitualizado las acciones que, a fuerza de repetirse de manera cotidiana, han sido también tipificadas por los mismos caleros a través de generaciones. Esta característica no bastaría para establecer “una tipificación recíproca”, base de la institucionalización, para ello fue necesario que los caleros establecieran una “situación social continua en la que las acciones habitualizadas de dos o más individuos se entrelazaran” (*Ibíd.*: 79). El espacio que permitió ese entrelazamiento de las acciones habitualizadas fue, sin lugar a dudas, el campo de la agricultura campesina tradicional; en él

se establecieron rutinas que persistieron, que se modificaron o suprimieron de acuerdo a las necesidades de la propia cotidianidad. Las generaciones de caleros heredaron de sus padres un mundo que ya estaba interpretado, una cotidianidad ya establecida, un espacio habitualizado que seguramente al principio no les resultó del todo transparente puesto que no han participado en su conformación, la realidad que perciben es una realidad ya establecida y por lo tanto, en algunos sectores, aun difícil de percibir. Aun así el mundo social que perciben es el de una realidad amplia y establecida que poco a poco irán aprehendiendo para, llegado el momento, transmitir a la generación siguiente. La realidad que se transmite es de tal modo aprehendida que se convierte en el mundo objetivo que será el legado de la generación siguiente.

El contacto más importante del joven calero con la realidad de la vida cotidiana se da a través del lenguaje, el cual es inherente a la naturaleza de las cosas, “Una cosa *es como* se la llama, y no podría llamársela de otra manera. Todas las instituciones aparecen en la misma forma, como dadas, inalterables y evidentes por sí mismas” (*Ibíd.*: 82). La institución agrícola, que permea la vida cotidiana de la comunidad calera, establece gran parte del vocabulario utilizado en la cotidianidad; además, el lenguaje funciona también como un mecanismo de pertenencia, como un espacio codificado en el que no son admitidos quienes ignoran las sutilezas del mismo; el lenguaje se reafirma con cada generación que es socializada pues la objetividad experimentada por ellas se refleja en la de los padres. Un mundo objetivado es un mundo historizado, un mundo en el que las cosas funcionan de una manera específica y cuya interpretación ha hallado las explicaciones en la experiencia compartida e individual, generadas en el pasado y que han sobrevivido a los cuestionamientos de las innovaciones. La memoria histórica escapa a la biografía de los individuos, ha existido muchas generaciones antes y existirá, de alguna manera, a través de muchas generaciones más pues ha alcanzado un carácter objetivo.

La biografía del calero —es decir, de cualquier calero— se ubica siempre dentro de la historia de su comunidad, de la historia objetivada por su comunidad; los hechos que conforman el largo trayecto historizado se sustentan en las acciones de los individuos, pero éstos quedan opacados por el peso de la historia. Lo que resalta es la institución en tanto habituación y

objetivación de actividades cotidianas e históricas; el calero, aun con la complejidad de su composición biográfica, no puede hacer sino matizar las épocas, los episodios relevantes de la historia comunitaria. La institución más cimentada, la agricultura, está ahí, fuera de él y persiste en la realidad comunitaria y es él quien tiene que adaptarse a ella, lo quiera o no. La agricultura, en su carácter de institución, históricamente ha conseguido tanto por la influencia que ha adquirido su práctica como por sus los mecanismos de control, resistir los intentos de cambio o evasión de osados campesinos. La institucionalización de la práctica agrícola ha restablecido el orden en los casos en que, campesinos osados, han pretendido establecer innovaciones en la “manera de hacer las cosas”. La agricultura ha establecido una realidad objetiva en la comunidad y ésta opera aun cuando hay individuos que no comprenden el modo en que lo hace; esto no significa que esos individuos sean ajenos a esa realidad, sus acciones se hallan determinadas, aunque sea de manera indirecta, por la cotidianidad de un contexto delimitado en el que la realidad campesina imprime un sello particular alimentado por la tradición. La única manera de que un calero comprenda, de manera gradual, el mundo inmediato que le rodea es entrando en contacto con él; este contacto es indiscriminado e inicia con la socialización misma del niño, con su llegada al seno familiar y con su primer contacto con el mundo que lo rodea; aprende a conocer su contexto como a conocer la naturaleza que lo rodea. El mundo social también se aprehende, aunque “como realidad de producción humana, sea potencialmente comprensible como no puede serlo el mundo natural” (*Ibíd.*: 82).

La realidad que impone la institución puede ser masiva, es decir demasiado extensa y pesada para el individuo, pero es una realidad que han construido individuos de generaciones anteriores, es producto de la objetividad y producción humanas. Lo que el individuo percibe a través de los sentidos, lo que puede ver, oler, tocar, manipular de alguna manera, los productos de su actividad son productos objetivados, es decir que adquieren un sitio en el mundo real y tienen una carga de significación; lo mismo ocurre con las actividades humanas, sólo que a éstas la objetivación les confiere el status de institución, así las instituciones son actividades humanas objetivadas (*Ibíd.*). El mundo social, por más extraño e incomprensible que le parezca al individuo, siempre estará íntimamente relacionado con la experiencia humana que lo creó.

Es por ello que la socialización del calero inicia en un mundo regido por instituciones arraigadas en la tradición y la cotidianidad, que constantemente se expanden y, ocasionalmente, se modifican al establecer los parámetros que utilizará el calero para conocer e interpretar la realidad, así como para acatar sus normas. La legitimidad de las instituciones, llámese familia, escuela, agricultura, mayordomía, o cualquier otra, se aprende en la cotidianidad mediante los procesos de socialización vigentes en la comunidad.

Fundamental en los procesos de socialización es el vínculo que, a través del lenguaje, se establece entre el mundo social objetivado –lo que es, como debe ser- y la realidad –lo que se percibe-, pues con el lenguaje se establece la lógica que legitima al orden impuesto por la institución, basándose en el acopio de conocimiento socialmente disponible.

El orden que imponen las instituciones se sostiene del conocimiento primario, lo que Berger y Luckmann llaman “plano pre-teórico”, y se distingue por ser “lo que todos saben”, en este caso sobre la agricultura campesina tradicional, y que está conformado por las máximas, moralejas, proverbios, valores, creencias, mitos, en fin todo lo que se puede considerar como sabiduría proverbial, y que generación tras generación de caleros, ha proporcionado las normas de comportamiento aceptadas por la institución agrícola. Este conocimiento, transmitido de una generación a otra y también entre pares, funciona como un formulario,⁷⁴ un medio práctico propuesto para resolver cualquier eventualidad. Este conocimiento, a la vez que establece los cánones de comportamiento que la institución requiere –ya sea sobre cómo solicitar ayuda a otro campesino más experimentado, interpretar los signos que presagian el cambio en el clima, o cómo preparar el terreno para la siembra- también designa las “áreas institucionalizadas del comportamiento” (*Ibíd.*), aquellas que establecen la dinámica que motiva a los caleros a adquirir el conocimiento que les permitirá “ser” campesinos, ser considerados como parte de la comunidad. La institución agrícola también define los roles que han de desempeñarse en este contexto, y de inmediato controla los comportamientos generados con ellos. Así, por ejemplo, quienes

⁷⁴ Berger y Luckmann lo llaman conocimiento de receta; sin embargo esta denominación no es conveniente para un acervo como el de la agricultura institucionalizada ya que, al estar imbricada en la vida cotidiana de la comunidad en un contexto tan delimitado, la función de recetario no alcanza para dimensionar la riqueza del acervo común de conocimiento.

al dirigirse a sus sembradíos deben atravesar por el terreno de otro campesino y éste se halla presente, lo que indica la norma es que debe saludársele y entablar una breve conversación en la que se sacan a relucir sus buenas artes para el cultivo: “qué buena tierra vas a sembrar, se ve porosita”, “tu milpita va creciendo bien bonita, se ve que se te va a dar harto”, “vas bien avanzado con el trabajo, en cambio mi milpa...”, en cambio, el campesino aludido minimizará las virtudes de su cultivo y tratará de elogiar el de su contraparte: “que va, nomás te burlas, la tuya está mejor”, “eso si el *aguamala* me la deja, ya ves que ni avisa cuando cae”, “no he avanzado, la milpa de Fulano sí está bonita”; así transcurre el protocolo de la conversación “obligada”, que dicta el “buen decir”; nadie que conozca la norma la transgrede, la conversación elogiosa es un justo trato por usar el paso, “el paso no se le niega a nadie, pero hay que ser agradecido, con un buenos días basta” (campesino calero, 63 años). Pero en realidad no es suficiente con un “buenos días”, las buenas costumbres ordenan que ser agradecido implica una interacción, un reconocimiento del otro, un diálogo entre pares; no puede ser de otra manera porque si quien cruza es un extraño entonces es considerado como tal, los extraños no pasan entre los terrenos, lo hacen quienes deben pasar, aquellos que necesitan hacerlo.

Las formas y las prácticas, al ser objetivadas, pasan a formar parte del acervo social del conocimiento como un conjunto de verdades válidas a cerca de la realidad; por tanto, quienes incumplan con esas verdades estarán transgrediendo la realidad y con ello también atentan contra el acervo social de conocimiento; al ocurrir una situación así, si retomamos el ejemplo del cruce por un terreno, y no se efectuara la ceremonial conversación descrita anteriormente, la realidad aceptada estaría siendo transgredida, en esa situación puede ocurrir que el individuo que transgrede sea considerado como un maleducado, un loco o simplemente un ignorante. La inmediata tipificación en alguna de las anteriores categorías asegura al “ofendido” la continuación de su versión de la realidad, entonces se restablece el orden y todo vuelve a la normalidad. Por supuesto, sería inimaginable una transgresión de la realidad, en el ejemplo comentado, por parte de alguien que conozca y concuerde o acate con las normas de comportamiento de la institución agrícola de la comunidad; por ello, sólo los “locos, maleducados o ignorantes” atentan contra la realidad cotidiana. Lo que no se conoce, dentro de un mundo social particular, es susceptible de llegar a conocerse. Por eso

las tipificaciones anteriores permiten el tratamiento del infractor, o su disculpa. En cualquier caso se cumple con lo que Berger y Luckmann explican: “El conocimiento relativo a la sociedad es pues una *realización* en el doble sentido de la palabra: como aprehensión de la realidad social objetiva y como producción continua de esta realidad” (*Ibíd.*: 90).

Cada actividad particular genera un acervo de conocimiento específico. El lenguaje, por supuesto, es básico en la especialización del trabajo institucionalizado. La agricultura campesina tradicional ha generado un vocabulario para designar las diversas maneras de realizar actividades específicas relacionadas con la institución. Existe por ejemplo un vocabulario para la siembra del maíz, las herramientas que se emplean, las previsiones que deben tomarse, el clima idóneo para hacerlo, etcétera. Hay también una serie de actividades que deben aprehenderse si se desea sembrar correctamente. Lo “correcto”, además de ser producto del conocimiento generado por la práctica ancestral, funciona como fuerza canalizadora y controladora de la conducta para los fines de la institución.

La consolidación y persistencia en el tiempo de la institución agrícola genera el acervo de conocimiento que después será la descripción objetiva, y empíricamente verificable, de las prácticas asociadas con ella misma. Los conocimientos del acervo tienen la cualidad de ser confirmados empíricamente, esta característica los distingue de cualquier otra concepción de los cánones científicos modernos porque pueden ser confirmados por la experiencia y también agrupados en el acervo comunitario. El acervo se transmite, como una verdad objetiva, a la siguiente generación de caleros, los cuales la internalizarán como verdad subjetiva. Esta realidad, la de la cotidianidad agrícola en un contexto campesino, ha formado a los caleros desde tiempos ancestrales, produciendo un tipo específico de persona, el campesino, cuya identidad y biografía como tal tienen significado únicamente en este contexto constituido por el acervo de conocimiento como un todo, como la comunidad, o de manera parcial como en el grupo de campesinos tradicionales. De esta manera, el conocimiento particular de la siembra que es producido socialmente y objetivado con respecto a esa actividad en específico, hace posible la institucionalización de la agricultura. Ser campesino y sembrar implica existir en una realidad social definida y controlada por el acervo social de conocimiento que sustenta la agricultura institucionalizada.

Agricultura y tradición

Las experiencias humanas son retenidas por la conciencia, aunque solamente en una pequeña parte que se sedimenta, y una vez sedimentadas quedan estereotipadas en el recuerdo como entidades reconocibles y memorables (*Ibíd.*). La sedimentación otorga sentido a la existencia del individuo pues lo ubica en un tiempo y espacio determinados, permitiendo que se asuma como parte de ese contexto. La sedimentación es también intersubjetiva cuando, como en el caso de la comunidad de San Andrés, se comparte una biografía común que produce experiencias que se incorporan a un acervo social de conocimiento. Al incorporarse al sistema de signos usado por la comunidad, esa sedimentación intersubjetiva se transforma en verdaderamente social pues se ha objetivado; solo entonces es posible la transmisión del acervo a la generación siguiente, y al siguiente grupo de campesinos especializados. El sistema de signos que ha producido e institucionalizado la agricultura en San Andrés, ha hecho posible que las experiencias individuales que han nutrido al acervo de conocimientos sean consideradas anónimas, y por lo tanto comunes, lo que ha permitido su transmisión a las siguientes generaciones. La agricultura campesina se basa en actividades, técnicas, acciones y experiencias de individuos, las cuales han pasado a formar parte del acervo común; no se trata pues de la recreación de esas experiencias individuales, de lo que hizo *Fulano* o *Zutano*, sino de echar mano de esas experiencias pero ya como parte del acervo, despersonalizadas, comprobadas, recreadas, es decir, comunitarias. El sistema de signos más importante, como ya mencioné anteriormente, es el lingüístico pues objetiva las experiencias compartidas, haciéndolas accesibles a todos los que pertenecen a la misma comunidad que los usa; de esta manera, el lenguaje se convierte en el instrumento principal de acopio colectivo de conocimiento (*Ibíd.*).

El proceso de objetivación de las experiencias, a través del lenguaje, es esencial porque permite su transformación en objetos de conocimiento accesibles a todos los miembros de la comunidad. Cuando las experiencias han sido objetivadas e incorporadas al acervo social de conocimiento, también pueden ser incorporadas a la tradición por vía de la oralidad, la religiosidad, los preceptos morales, la literatura o de alguna otra manera. La profunda imbricación de la agricultura, con ciertas formas del rito prehispánico y elementos del

catolicismo, que se pueden observar en el *Ritual de Petición de Lluvias* que se celebra en la comunidad de San Andrés cada año, en el mes de mayo, nos dan una muestra del proceso que parte de la experiencia, se objetiva, acumula y finalmente se convierten en tradición. En la cotidianidad de la comunidad calera, en el imaginario que da sustento a su cosmovisión, es inimaginable el inicio formal de la temporada agrícola sin el *Ritual*. La tradición es, en cuanto a la apropiación e interpretación del conocimiento contenido en el acervo, la culminación de las acciones individualizadas que generan experiencia; es también, en cuanto a la significación, la forma más poderosa de transmisión del conocimiento a las nuevas generaciones. Por ello, la agricultura campesina se distingue de la agricultura moderna, porque ha alcanzado el nivel de tradición. Desde luego, las tradiciones no permanecen estáticas, se modifican e incluso, a través del tiempo, su origen se difumina en el pasado; de hecho el anonimato del origen, su despersonalización, es una característica de la tradición que no atenta su continuidad, a lo ya objetivado. Las transformaciones de la tradición pueden sucederse, legitimarse, y otorgar nuevos significados a las experiencias que son sedimentadas. Las generaciones actuales reinterpretan la historia generada por los ancestros, pero ello no implica una desacreditación sino una reapropiación del orden institucional.

Los conocimientos generados por la institución agrícola se transmiten como tales, difícilmente son cuestionados, y funcionan para todos o casi todos los campesinos; algunos conocimientos son relevantes para todos, otros sólo para algunos. La transmisión del conocimiento tradicional, entre la comunidad campesina de San Andrés, como en cualquier otra sociedad, requiere de un aparato social conformado por sujetos transmisores y sujetos receptores; ambos tipos de sujetos actuarán, en determinado momento, en alguna de las situaciones: los que saben o los que no saben. El paso de una situación a otra no es instantáneo, ni se puede definir exactamente porque es un criterio que se usa de manera interna, comunitaria; el conocimiento se adquiere mediante la práctica, no existe otra manera, no hay exámenes teóricos para demostrar que se sabe sino la realidad que genera la vida cotidiana en cada familia, en cada hogar; se “sabe” cuando se recrea la práctica, cuando se transforma el medio inmediato, cuando se hace “lo que se necesita”, cuando se “trabaja” la tierra; para llegar a “saber” se necesita recorrer los procedimientos tipificados

por la tradición. Los que “saben” han transitado por el largo camino de la práctica, de la experiencia; los que “no saben” saben menos, inician su experiencia en “el campo”, con la tierra, pero aun “sin saber” saben más que los “de afuera”, aquellos que son ajenos a la comunidad campesina, aquellos que aun cuando viven en el pueblo de San Andrés, no son “de campo”. De esta manera la institución agrícola de San Andrés de la Cal controla y legitima los significados que son transmitidos a las nuevas generaciones de campesinos. El control y la legitimidad son mecanismos que le son propios y que no comparte, al menos no de manera deliberada, con otras instituciones diferentes, ni en las formas de transmitir sus significados. Tampoco son estándares los mecanismos de legitimación, control y transmisión, pues en el interior de la institución suele haber diferencias en la manera en que los individuos son adiestrados en la práctica agrícola, o en la manera en que son legitimados y controlados. Las formas en que se llevan a cabo estos procesos varían en función de las circunstancias y de los legitimadores. El conflicto y la competencia entre legitimadores, o las dificultades de la práctica por diversos motivos suelen distorsionar dichos procesos.

El rol campesino

Así como son tipificados, en el origen de cualquier institución, las actividades y quehaceres propios de los individuos que comparten el contexto social, de la misma manera son tipificados los objetivos y la forma de lograrlos; la tipificación, como se mencionó anteriormente, implica un alto grado de socialización pues es una forma de compartir con otros las acciones y las formas de acción.

El campesino calero se identifica con las tipificaciones de comportamiento que le han sido transmitidas ya objetivadas, aquellas que, socialmente, puede recrear mediante sus actos; sin embargo al reflexionar sobre sus actos, sobre su forma de participar en las actividades agrícolas, se coloca nuevamente a distancia, en una especie de óptica externa. Esa forma de pensarse a sí mismo le permite separar sus acciones como individuo de la forma en que se piensa a sí mismo como campesino, es decir no como un individuo único sino como parte de un cierto *tipo* de individuo. Para Berger y Luckmann, “podemos comenzar con propiedad a hablar de "roles", cuando esta clase de tipificación aparece en el contexto de un

cúmulo de conocimiento objetivizado, común a una colectividad de actores. Los "roles" son tipos de actores en dicho contexto” (*Ibíd.*: 97). Los roles son esenciales en la tipificación pues designan “qué” hace “cual” tipo de individuo; describir qué acciones habitualizadas recrean los campesinos caleros es una forma de identificar el correlato de la institución agrícola campesina, pues define una tipología de roles legitimada en este contexto, es decir que los roles se objetivizan lingüísticamente a la vez que permiten el acceso al mundo objetivo para esta sociedad porque al recrear los roles el campesino es partícipe de su mundo social, al internalizar esos roles se apropia de la realidad, la vuelve subjetivamente suya.

La institución agrícola en San Andrés ha impuesto normas para el desempeño del rol campesino; estas normas son de todos, los campesinos, conocidas porque todos tienen acceso a ellas al ser miembros de la sociedad calera; el acceso a las normas está permitido a todos los miembros de la sociedad, sin embargo, por intereses personales está asegurado a los que desempeñan el rol campesino. La accesibilidad general es también una característica que distingue al acervo social de conocimiento; así como se conocen las normas del rol campesino, también es un hecho que se sabe que esas normas se conocen, son parte de *lo que se sabe*. De igual manera, todo individuo de la comunidad que desempeña el rol campesino adquiere también la responsabilidad de mantener las normas que caracterizan dicho rol; las normas se enseñan como parte de la tradición de la institución agrícola y, generalmente se usan para verificar que sus miembros cumplan con los requisitos del rol asignado y sirvan como controles. La habituación y la objetivación, como procesos, fundamentan el origen de los roles en la institución, al igual que el origen de la misma institución. Para Berger y Luckmann: “Los "roles" aparecen tan pronto como se inicia el proceso de formación de un acopio común de conocimiento que contenga tipificaciones recíprocas de comportamiento, proceso que, como ya hemos visto, es endémico a la interacción social y previo a la institucionalización propiamente dicha. Preguntar qué "roles" llegan a institucionalizarse equivale a preguntar qué áreas del comportamiento resultan afectadas por la institucionalización, y la contestación puede ser la misma. (*Ibíd.*: 98)”

El campesino calero se comporta de manera institucionalizada, así desempeña su rol dentro de la sociedad y se mantiene dentro de los parámetros de control que le son exigidos por la institución. El comportamiento tipificado con el rol de campesino se vuelve de inmediato susceptible de ser controlado, quien desempeña el rol de campesino debe actuar y comportarse como tal; acatar las normas es obligatorio, aunque las sanciones suelen variar. Además de los roles, la institución agrícola también se representa con las objetivizaciones lingüísticas, las cuales se identifican desde la simple fraseología cotidiana hasta la compleja parafernalia simbólica y críptica de sus tradiciones más antiguas; lo que mantiene vivas a estas objetivizaciones es la constante recreación a través del comportamiento cotidiano y recurrente de los integrantes de la comunidad, es decir a través de su realidad.

Los roles también otorgan una vía de acceso a un sector específico del acervo social de conocimiento, en este caso el que atañe a la agricultura campesina; pero no es suficiente con aprender el rol campesino, es decir las rutinas cotidianas, para ser un campesino; para ello es necesario aprehender y sentir el conocimiento, sentirse campesino y saber serlo.

Generalmente, en las sociedades, el acopio de conocimiento en áreas específicas sucede de manera más rápida que el conocimiento de lo que es relevante y accesible para la mayoría; esto se debe a que la multiplicación de labores específicas que surgen de la división del trabajo exige que las tareas se estandaricen para ser aprendidas y transmitidas fácilmente. Es decir, se facilita el surgimiento de especialistas, los cuales se encargan sólo de una parte del trabajo o de situaciones específicas; los especialistas se hacen cargo sólo del “conocimiento necesario” para realizar una tarea particular. Sin embargo en una sociedad campesina como la calera no existen los especialistas, al menos no en el sentido tecnicista del término; sí hay individuos que se reconocen por un conocimiento más profundo de alguna tarea o situación específica, pero su conocimiento no está acotado a esas tareas o situaciones sino que abarca de manera general lo que un campesino *debe saber*. La agricultura campesina no es una especialidad ni genera conocimiento parcial, o especial, es una institución porque se basa en el acervo social de conocimiento a la vez que lo genera.

En términos del alcance que tiene la institución agrícola campesina en la sociedad de San Andrés, en cuanto a los sectores en los que incide, el margen es muy amplio. Los factores

que determinan este alcance de la institucionalización se identifican como situaciones, objetos, elementos y acciones que son relevantes y compartidos en la vida cotidiana de la comunidad; tales elementos, como el lenguaje, el simbolismo, el ritual, el espacio físico, los lugares de socialización, el tiempo lúdico, el ecosistema -entre las “estructuras de relevancia” más importantes (*Ibíd.*)-, mantienen una relación acumulada con la institución agrícola. La razón es que la agricultura, desde el punto de vista histórico, ha sido la actividad principal de la comunidad desde hace varios siglos; en la agricultura se ha sustentado la supervivencia de muchas generaciones de caleros; ha sido la actividad con la mayor incidencia en la vida cotidiana y también la que ha contribuido en mayor grado a la formación para la vida de los integrantes de la sociedad calera. Las llamadas “estructuras de relevancia” que comparte la comunidad determinan la amplitud del alcance de la institución; como puede notarse, la importancia de las estructuras mencionadas es innegable, de ahí que la agricultura permee profundamente en la cotidianidad calera y que el orden que establece se aprecie cohesionado.

Capítulo V

Trayectorias formativas de los migrantes agrícolas temporales

Las trayectorias, itinerarios⁷⁵ campesinos, formativos, escolares y laborales, son entendidas como expresión de la articulación entre el pasado incorporado por los migrantes y las experiencias de socialización vividas, las condiciones socioculturales, las propuestas y oportunidades educativas y laborales disponibles en su propio contexto y las elecciones propias. A la vez los procesos que ocurren en este marco histórico social de transformaciones y cambios, inciden en la condición campesina, situación que opera condicionando sus recorridos y prácticas.

Los migrantes temporales son individuos conscientes de su reflexión, que participan activamente en la construcción de sus itinerarios educativos y laborales poniendo en práctica estrategias basadas en sus aspiraciones, proyectos, expectativas, significados, capitales educativos, capitales culturales, capitales sociales, que han adquirido en su contexto social y con los cuales resignifican los paradigmas de formación e inserción propuestos desde la óptica externa (Guerra, 2009).

Las trayectorias de los migrantes se perciben elementos de ruptura, pero también de transformación, que sugieren la existencia de situaciones contextuales específicas que inciden en la manera en que sus recorridos previos –familiares, escolares, laborales y reproductivas-, acaban influyendo en la decisión de migrar. La particularidad de trayectorias llevan a preguntarnos sobre las orientaciones escolares, su origen social y qué tanto forman parte de las decisiones y construcciones subjetivas elaboradas por ellos en situaciones específicas de su existencia; así como también sobre la manera en que esos otros *mundos de la vida*⁷⁶ impactan en su condición de migrante (Guerra, 2009).

⁷⁵ Dirección y descripción de un camino con expresión de los lugares, accidentes, paradas, etc., que existen a lo largo de él. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, Vigésima Segunda Edición.

⁷⁶ Guerra, (2009) se refiere con *mundos de la vida* a aquellos ámbitos específicos en los que un individuo interactúa con otros: familia, pares, consumo, escuela, trabajo, agricultura, recreación, etcétera.

Por ello los relatos de vida de los migrantes nos permiten indagar a cerca de los momentos previos y posteriores a la migración, así como las maneras en que proyectan sus caminos y modos de acceso a la migración, o las apuestas que construyen en torno a esta alternativa de vida. Asimismo permiten también conocer el proceso en que desemboca la migración agrícola temporal, representado por la formación en el entorno familiar y comunitario, la educación formal, el trabajo campesino, como contribuciones para un enfoque más amplio, el de la formación para la vida.

El concepto de trayectoria

Muchos autores aluden al concepto de trayectoria laboral, y cada uno le confiere un sentido relativamente diferente. Algunos lo definen como “los itinerarios visibles, los cursos y orientaciones que toman las vidas de los individuos en el campo de trabajo, y que son el resultado de acciones y prácticas desplegadas por las personas en situaciones específicas a través del tiempo” (Guzmán, Mauro y Araujo, 1999: 12, citado por Guerra, 2009: 21). O bien, de manera más sucinta, la trayectoria laboral ha sido definida como “la secuencia de personas por posiciones laborales” (Pries, 1997: 151, citado por Guerra, 2009). A decir de Guerra (2009), “las conceptualizaciones son diversas, pero cada vez más coincidentes en considerar la importancia que cobra el sujeto en su construcción a través de sus decisiones, proyectos, estrategias o lógicas de acción y posicionamientos, en el marco de constreñimientos económicos, sociales y culturales”. Otros autores, como Glen Elder, pionero en el *enfoque del curso de vida*, concibe a la trayectoria como “una línea de vida o carrera, o un camino a lo largo de toda la vida, que puede variar o cambiar de dirección, grado y proporción” (Elder, 1991: 63, citado en Blanco, 2001; Giele y Elder, 1998). Según el mismo autor, la importancia de este enfoque radica en que la trayectoria no supone ninguna secuencia en particular, ni determinada velocidad en el proceso del propio tránsito; al mismo tiempo que el concepto no se aplica únicamente al dominio laboral, sino se extiende a otras esferas vitales del curso de vida tales como la escolar, conyugal o la reproductiva.

Con la evolución del concepto de trayectoria, las investigaciones también han proyectado su interés en el abordaje de temáticas no tradicionales y han incluido el estudio de las

trayectorias como un recurso metodológico también para el abordaje de procesos de construcción identitaria.

En la última década ha habido avances en el uso del enfoque biográfico para el tratamiento de temas como la inserción social e identidad juvenil. Según De Ibarrola (2004), los estudios más recientes sobre el problema de inclusión social de los jóvenes se caracterizan por incluir dos elementos fundamentales: por un lado, el concepto de *trayectoria*, y por otro, *el significado subjetivo de la acción* (De Ibarrola, 2004: 35, citado por Guerra, 2009: 23).

Para estos estudios, las trayectorias son el resultado del conjunto de las decisiones que toman los individuos en diferentes situaciones y contextos de vida, delimitadas por una “vasta configuración de elementos”; aunque cabe señalar que las biografías revelan siempre dosis de incertidumbre o “zonas grises” (Pries, 1997: 183, citado por Guerra, 2009: 23). En buena medida, estas investigaciones están basadas en los enfoques cualitativos y en el empleo de métodos biográficos de recolección de datos, tales como las entrevistas cualitativas, las historias y relatos de vida, las entrevistas autobiográficas, entre otros.

El análisis de las trayectorias ha permitido, en diversos estudios, conocer las oportunidades de las personas para cambiar la situación laboral a lo largo de su vida y reconstruir el proceso por el cual acceden a determinadas posiciones laborales y sociales. Además, proporciona información sobre las decisiones de los individuos, su capacidad de interpretar y aprovechar esas oportunidades y desarrollar estrategias de formación y empleo (Valenzuela, Márquez y Venegas, 2001: 140; Arango y Vivero, 1996; Dumbois, citado en Mauro, Godoy y Guzmán, 2001).

Trayectoria y familia

No hace mucho que, todavía, la escuela y el trabajo se consideraban los espacios más importantes de socialización para la incorporación o integración de las generaciones de jóvenes a la sociedad; en el imaginario social⁷⁷, en lo que refiere al campo de la cultura, una

⁷⁷ Castoriadis concibe al imaginario social como el conjunto de significaciones por las cuales un colectivo, una sociedad, un grupo se constituye como tal. Para ello no sólo debe generar sus formas de relación social y sus modos de contrato, sino también sus configuraciones subjetivas. El imaginario social opera como organizador de sentido de cada época, designa qué es lo que está permitido, que no, qué es lo prohibido, qué

idea de ruta por la que había que seguir, un conjunto de pautas de conducta que servían de modelo, de concepción y organización social de las diferentes edades de vida de los miembros de la sociedad.

Este modelo contemplaba tres fases que estaban tradicionalmente asociadas en el pasaje a la vida adulta: educación-trabajo-jubilación; y suponía, al menos dos salidas y dos entradas (transiciones), correspondientes al ámbito de la vida pública y de la vida privada: la *salida* de los estudios y la *entrada* a la vida laboral activa; y la salida de la familia de origen y la entrada a la vida independiente o a la familia de procreación (Tuirán y Zúñiga, 2000; Galland, 1997: 135, citado por Guerra, 2009: 25).

Para algunos autores, la familia contemporánea ya no es una institución, sino una “red de relaciones” que “en lugar de ser responsables de transmitir el patrimonio económico y moral de una generación a otra, tiende a privilegiar la construcción de la identidad personal” (Théry, 1996, citado en Tedesco, 2000: 44); sin embargo, no ocurre así en contextos delimitados por la prevalencia de las prácticas comunitarias basadas en un acervo social de conocimiento, como es el caso de la comunidad calera. Es cierto que, en contextos empobrecidos la familia parece ejercer ahora un papel contradictorio en el que, por un lado, disminuye su asistencia en cuestiones formativas o socializadoras que antes ejercía plenamente; pero por otro, queda relegada a un espacio de contención y “agencia de seguridad social” ante las dificultades cada vez más graves que los jóvenes encuentran para lograr su inserción social. Esta situación se aprecia en el fenómeno de la prolongación de la “transición” a la vida adulta (como puede ser la independización del hogar paterno, o a través del matrimonio); la transición es, en términos generales, más tardía; otro fenómeno social, el de la prolongación de la escolaridad, da cuenta de ello, y trae consigo un complicado tránsito hacia la inserción al mercado laboral.

Aunado a lo anterior, nos dice Rodríguez (1998: 21, citado por Guerra, 2009: 31), y dado que los jóvenes ocupan más a menudo empleos precarios al salir del sistema escolar, o bien, están un tiempo desocupados, la familia se convierte en un espacio de contención ante las mayores dificultades para integrarse de manera plena y productiva a la sociedad.

es lo legal, qué es lo ilegal, qué es lo bueno, qué es lo malo. Es por eso que el imaginario de una sociedad es una construcción, una interpretación singular del mundo, es decir, su propia identidad, ese mundo que ella misma crea. Citado por Guerra, 2009: 25.

Sin embargo, en contextos comunitarios diferenciados, como el de San Andrés de la Cal, no ocurre lo mismo por regla general. Los jóvenes concluyen la educación básica con la ventaja de que, al haber sido integrados al trabajo familiar en la agricultura tradicional, su inserción en la dinámica laboral comunitaria no ocurre de manera abrupta; es decir, que la experiencia que han adquirido a lo largo de los años como participantes activos en la agricultura, les permite desempeñarse como trabajadores del campo en el seno familiar, pero también como proveedores de ingresos familiares al insertarse en el mercado laboral local como “peones de campo”. El desempeño de los caleros en la dinámica campesina inicia desde bien pequeños, y se especializa a medida que transcurre el tiempo y las temporadas de siembra. La escuela formal es un espacio de tránsito obligado que no los desliga de la dinámica familiar agrícola y comunitaria. El tiempo dedicado a la escuela, en las familias campesinas, está siempre enmarcado por el tiempo dedicado a las diversas tareas agrícolas en las distintas épocas del año.

La escuela, formación y trabajo

La crisis del sistema educativo mexicano, expresado en el deterioro de su calidad y en la dificultad para que los jóvenes se inserten en el sistema laboral, ha ocasionado que la escuela, como instancia de socialización, integración y movilidad social esté perdiendo arraigo; sobre todo, a partir de los últimos quince años esta crisis se ha agudizado como consecuencia de la creciente masificación y de la diferenciación interna del sistema educativo. Los analistas han puntualizado la problemática del sistema educativo en los problemas de financiamiento, en su desconexión de la cultura juvenil, en la irrelevancia de los contenidos y la formación que ofrece, entre otros (De Ibarrola y Gallart, 1994; García, 1998; Rodríguez, 1998, citado por Guerra, 2009). Como consecuencia, estamos ante una escuela que niega la posibilidad de cumplir con el objetivo fundamental de otorgar a los jóvenes “una cultura general integral, propia de su época y de alto nivel” (De Ibarrola, en Villa Lever, 1992: 43, citado por Guerra, 2009).

La escuela, como transmisora del conocimiento, ha cedido su hegemonía ante los medios de comunicación y las tecnologías de la información y la comunicación, las cuales se instalan en un lugar protagónico en el mercado de consumo de las nuevas generaciones. A diferencia de los espacios urbanos y las zonas marginadas de las ciudades, las comunidades

campesinas, como San Andrés, que no padecen problemáticas como la penetración de la violencia y las drogas en sus escuelas, tienen también ante sí la problemática de la deserción escolar, de la falta de integración entre los saberes escolares y comunitarios, y de la ruptura (en el imaginario juvenil) del paradigma de la escuela como vehículo de movilidad social.

Sin embargo, para los jóvenes de San Andrés, la escuela todavía se distingue por ser un “espacio de vida juvenil” en distintos aspectos, tales como: un espacio de prueba, de socialidad, de comunicación y solidaridad con los pares, de participación cultural y artística, entre otras.

Pero a este panorama también se agrega

la crisis del mundo del trabajo, en la que el cambio en el modelo económico y la introducción de modernas tecnologías han trastocado las anteriores formas de estructuración y organización de la producción, afectando el sentido de las profesiones tradicionales y planteando serios desafíos a las instituciones educativas en lo que concierne al establecimiento de conexiones entre la escuela y el trabajo; ámbito que hoy día constituye uno de los mayores desafíos que enfrentan las políticas educativas. A su vez, la estructura del mercado de trabajo ha cambiado, dificultando la movilidad social y poniendo en constante cuestionamiento la validez y efectividad de los títulos escolares (Guerra y Guerrero, 2004, citado por Guerra, 2009: 32).

El panorama para los jóvenes caleros no es diferente; un número reducido de ellos logra terminar los estudios de nivel superior, y de éstos sólo unos pocos lograrán insertarse en el mercado laboral en actividades relacionadas con su profesión. Según el Censo San Andrés 2009, de 100 jóvenes de entre 22 y 27 años, sólo 30 (30% de ingreso a la educación superior) cursaron algún grado de educación superior, y de ellos, 14 (40% de eficiencia terminal) concluyeron la carrera, pero tan solo 7 (23% de inserción laboral) ejercen actividades relacionadas con sus estudios. Sin embargo las cifras dan muestra de una realidad más impactante si tomamos en cuenta a la totalidad de la población calera de entre 22 y 27 años: de 100 jóvenes en este rango de edad, sólo 7 lograron pasar todos los filtros.

Esta situación no es privativa de una comunidad campesina, o de un solo estado de la República, sino del país en general. En México, los cambios y las transformaciones en el modelo de desarrollo económico, así como las modificaciones en la organización del trabajo y las estructuras de producción, han generado un mercado de trabajo en constante transformación, y de él, principalmente los jóvenes, además de otros grandes sectores de la población, han sido excluidos. La estructura productiva en México, en términos generales, a decir de los expertos, se constituye heterogéneamente; al lado de sectores empresariales, fuertemente orientados a la globalización y en los modernos modelos industriales, coexisten sectores industriales tradicionales y sectores laborales centrados en la unidad doméstica de producción (De la Garza y Salas, 2003; Chavarría, Castillo y Ríos, 1999; De Ibarrola, 1998; De Ibarrola y Reynaga, 1983; citados en Guerra, 2009). Y para contextos comunitarios fuertemente arraigados, como es el caso de San Andrés, la unidad doméstica constituye el principal generador de la producción; no sólo por el tipo de actividad, la producción campesina, practicada generacionalmente, sino por la región agrícola a la que pertenece, la región tepozteca, cuya economía aun se sostiene, principalmente, de lo que produce dentro de sus límites, aunque en los últimos años se ha dado un fuerte impulso a la economía basada en el turismo.

Los rápidos cambios en la estructura de producción así como en el mercado laboral, han transformado también la forma en que se realiza la inserción al trabajo. Y en la que la población general, pero de manera especial la de los jóvenes y las mujeres, están más expuestos a la llamada *precarización* del empleo, expresada en una alta inestabilidad laboral. Esta apreciación se respalda por los estudios estadísticos para América Latina y el mundo, los cuales mencionan que son los jóvenes quienes sufren los mayores efectos del desempleo y enfrentan mayores dificultades al momento de ingresar y mantenerse en el mercado de laboral; aun así, es paradójico que las actuales generaciones de jóvenes se posean, en promedio, una mayor cantidad de años de instrucción que las generaciones de sus padres y antecesores. Aunado a que la vía de inserción al sector laboral a su alcance sea el sector informal, estén expuestos a graves deficiencias en materia de seguridad social y laboral, como bajos salarios, condiciones precarias de trabajo, sin acceso a la protección social, etcétera (Guerra, 2009).

Socialización en el mundo actual

Las transformaciones sociales estructurales en el mundo actual han sido analizadas por diversos autores; entre ellos destacan Giddens (1991), que llama a este proceso “modernidad tardía”; Castells (2001) lo denomina “la sociedad red”; Beck (1997) hace un análisis de “la sociedad del riesgo” y Lyotard (1998) de “la postmodernidad”. Estas transformaciones estructurales están repercutiendo en las relaciones entre individuo y sociedad; transformaciones que han generado una suerte de debilitamiento de “lo social”, enunciado como

aquello que descansaba en la asociación racional de individuos con una identidad precisa y una estructura autónoma, expresadas en la pertenencia a organizaciones y grupos estables como la clase, el partido o el sindicato; y, por el contrario, se observan actores sociales “fragmentados” que tienden a tornar obsoleta la estructura asociativa y que nos hablan de la emergencia de nuevas formas de vínculo social, sin proyecto de largo plazo, basadas en lo que Maffesoli (2002, 1998) llama la dimensión “afectual” que remite a la realización en el presente de la pulsión de estar juntos (Guerra, 2009).

Los procesos de socialización actuales se hallan en el debate debido a dos posturas que intentan explicar el desajuste entre las estructuras objetivas (o posiciones sociales) y las experiencias de los actores o formación de las identidades sociales y subjetividad; la discusión se centra en que el proceso de socialización no puede reducirse únicamente al *hábitus* de clase o a los esquemas culturales (Guerra, 2009).

Por ejemplo, Berger y Luckmann argumentan que la socialización no es proceso acabado, para ellos “la socialización no es jamás total ni está determinada” (*Ibíd.*: 188); también suponen que la socialización secundaria llega a establecer una ruptura con relación a la socialización primaria (*Ibíd.*: 194); es así que este proceso ya no puede ser definido únicamente como “desarrollo del niño”, o como “aprendizaje de la cultura”, como “incorporación de *habitus*”, sino como la constante construcción de un mundo de vida, el cual puede ser deconstruido y reconstruido por los individuos a lo largo de toda su existencia.

Para Dubar, la socialización:

[...] implica evidentemente una casualidad histórica de lo anterior sobre lo presente, de la historia vivida sobre las prácticas actuales, pero esta casualidad es probabilística: excluye toda determinación mecánica de un “momento privilegiado” sobre los siguientes. Entre más las pertenencias sucesivas o simultáneas sean múltiples y heterogéneas, más se abre el campo de lo posible y se ejerce menos la casualidad de una probable determinación (Dubar, 2000: 80, citado por Guerra, 2009).

La socialización puede interpretarse, desde esta perspectiva, como un proceso de construcción, deconstrucción y reconstrucción de identidades que tiene influencia en cada una de las diversas esferas de la actividad que cada individuo encuentra durante su vida, y en la que su aprendizaje deviene en convertirlo en actor de cada esfera.

El curso o plan de vida como mecanismo de organización

Por lo anterior, cuando los individuos analizan su actuación en cada esfera de la vida con el objetivo de autodefinirse y lograr asir una identidad que los distinga, recurren, según Guerra (2009) al *curso de vida* como un mecanismo a su alcance, el cual funciona como marco de referencia para dar sentido a su vida. Este mecanismo “aporta *imágenes organizadas y relativamente integradas de las trayectorias de vida y de sus diferentes etapas*”, pues establece una agenda vital de los individuos en la sociedad y los límites de su conducta típica, delimitando así sus alternativas. Desde esta perspectiva, el tiempo biológico, es decir su historia de vida, puede ser visto acotado por estructuras históricas, culturales y sociales, así como por otros procesos que definen al individuo en situación de roles, posiciones e identidades en las etapas o esferas de la vida social. Por otra parte, el *curso de vida*, proporciona también la posibilidad de establecer *marcas de tiempo objetivables* que conforman un guión vinculado a la edad, a fin de regular la vida normal y esperada (Guerra, 2009).

El guión también proporciona la seguridad que subyace a las expectativas de vida, es decir, crea predictibilidad (saber que tendrá trabajo, que se casará, que será independiente, que adquirirá bienes, etcétera), lo cual es muy importante porque ayuda a reducir la incertidumbre del futuro al proporcionar un sentido de lo que se puede conseguir adelante

pero también sirve de parámetro para valorar lo que ha obtenido en el transcurso de la vida (Guerra, 2009).

El curso de vida, como concepto, es una herramienta útil para analizar los procesos reflexivos de los jóvenes, quienes en su cotidianidad, construyen sus trayectorias; procesadas así, las trayectorias están mediadas por estos patrones del curso de vida “esperado” en su medio social o en su comunidad, así como las significaciones de ella esperadas. El análisis se centra, entonces, en observar la manera en que el curso de vida significado como construcción social o, parafraseando a Berger y Luckmann (2001), como representación tipificada de la trayectoria de vida, es usada en la práctica social, e interpretada y resignificada, originando formas de apropiación variables que tomarán cuerpo en trayectorias formativas (o de vida) distintas, o en itinerarios diversos entre varios ámbitos de la vida privada y la vida pública, y en diferentes momentos de la biografía (Guerra, 2009).

Ser calero, identidad y pertenencia

La identidad es una construcción social que establece, al mismo tiempo, diferencia y pertenencia, ambas circunstancias definen la singularidad de alguien, siempre en relación con otros; hay individuos evidentemente diferentes, pero también hay otros con los que se identifica. Sin embargo, no es suficiente la percepción de diferencia, debe complementarse con la percepción de otros en el mismo sentido. La autoidentificación se sustenta en la pertenencia a un grupo y al estar situado en el interior de un sistema de relaciones. La identidad no existe sin alteridad, sin el reconocimiento intersubjetivo, ambos varían históricamente y dependen del contexto de su definición (Gimenez, 2002; Dubar, 2000). La identidad en el contexto calero, como en otros contextos sociales, se sustenta en las diferencias que los caleros establecen con los habitantes de otros pueblos, así como en los modelos que su sentido común les dicta para sí a través de la vida cotidiana.

Ser calero es una forma de identificación que remite al grupo cultural que se ha desarrollado en San Andrés, es pertenecer a la cultura que se ha originado en este contexto específico, poseer un *nombre propio* para ser denominado por los otros y por sí mismo; según Dubar (2000) ésta sería una categoría oficial de pertenencia. En otro nivel de

identificación estaría, siguiendo con el ejemplo de los caleros, y en el caso específico de los campesinos, *ser de campo*, una categoría institucional de referencia, un nombre de función específico; para los caleros, *ser de campo* no es una condición a la que se acceda por haber nacido en el campo, en un contexto campesino, sino una distinción producto del saber necesario para hacer producir la tierra. Otra forma de identificación se apoya en *nombres íntimos* que traducen una “reflexividad subjetiva o identidad reflexiva” (“el sí mismo”), como puede ser las autodefiniciones: el *soy*; o bien por *nombres que designan las intrigas* que resumen una historia, proyectos, un fragmento de vida, es decir una narración personal: “yo fui montador [de toros], también leñador, después carbonero, hasta que mi padrino me hizo rezandero, pero me hubiera gustado estudiar, terminar al menos la primaria” (Salomé Ramírez). Desde este punto de vista cada persona podría administrar, combinar y disponer de estas cuatro formas de identificación en su vida cotidiana, debido a que su uso depende del contexto de las interacciones, pero también de manera importante de los “recursos identitarios” de las personas concernidas (Dubar, 2000: 66; citado por Guerra, 2009: 50).

Para los caleros es menos compleja la construcción de su identidad personal. La razón es que vive en un contexto societario con vínculos bien definidos, que le brindan un mayor índice de seguridad; donde los cambios se llevan a cabo en procesos de larga duración y por ello no interfieren de manera violenta con los modelos tradicionales de socialización (formación y trabajo para toda la vida, familia estable, identificación); la construcción de una identidad personal no se lleva a cabo de manera imperativa sino cotidiana. En contraste con lo que Dubar (2000: 189) define como “el individuo trayectoria”, siempre en búsqueda de su identidad personal, el calero se identifica con las normas de su medio social, su cultura y su clase, los materiales necesarios para definirse están en su entorno, en aquellos con los que convive, en aquellos que fueron y son: “los caleros tenemos mucha historia, muchas cosas de qué sentirnos orgullosos; lo que nos dejaron los de antes, saber trabajar la tierra, el campo, lo que nos da [el entorno], las tradiciones, todo eso que nos hace diferentes a otros pueblos. San Andrés siempre ha sido un pueblo rico” (campesino calero, 76 años). En las palabras de los caleros se aprecian el fuerte arraigo, la valoración de su cultura y la forma en que lo éstas se traducen en “lo suyo”, lo que los “distingue”.

El contexto social de la comunidad, con los elementos que constituyen los materiales para la identidad, constituyen un ámbito en el cual son menos recurrentes las crisis de identidad; situación contraria a las de ámbitos urbanos en que las crisis tienen raíces psicológicas en la primera infancia o en la historia personal singular, y que están atadas a razones “objetivas”, asociadas a un contexto de crisis económica y social (Dubar, 2000: 195, citado por Guerra, 2009). En contextos rurales, y semi-rurales, las salidas de la crisis no recurren necesariamente a procesos de “conversión identitaria” (Anselm Strauss) o de “alternación” (Berger y Luckmann); en estos contextos las señas y referencias que el sujeto necesita para salir de la crisis están a su alcance a través del imaginario comunitario (puede ser la idea de la escuela como mecanismo de movilidad social, de la migración como estabilizador de la economía, o la reproducción de las tradiciones como refrendo de su identidad); la configuración identitaria se halla relativamente a salvo mediante mecanismos de revaloración del sí mismo y de los demás en su mundo.

Las crisis de identidad ocurren en varias etapas o momentos claves de la existencia de cualquier individuo; pueden ser originadas por sucesos que son consecuencia de las decisiones propias o aquellas que escapan al control individual; un cambio de trabajo, un ascenso, o un despido, la muerte de familiares o amigos, la migración, entrar a otro ciclo etario, el matrimonio, ingreso o salida de la escuela, el divorcio, el nacimiento de los hijos, etcétera. Los individuos no tienen la garantía de que poseerán la coherencia y continuidad que les permitirá ser reconocidos por los demás en el contexto en que se desenvuelven. Las situaciones de cambio y ruptura ocurren, sobre todo, en contextos en que las presiones sociales son continuas y estresantes, como en los ámbitos urbanos. Estos fenómenos no son desconocidos por las sociedades rurales, pero el arraigo a las costumbres y tradiciones, como prácticas que perviven en su acervo histórico, les proporcionan cierto grado de confianza, al percibir las como un *continuum* social. Los cambios en las prácticas sociales en las comunidades se presentan de manera gradual, en procesos que pueden percibirse como de larga duración:

Pues en mi familia siempre nos hemos dedicado al campo, a ser campesinos... desde que era niño me empecé a enseñar a trabajar en el campo; mi papá nos llevaba a la

milpa, nos decía cómo hacer el trabajo, así como mi abuelo le enseñó a él, y el papá de su abuelo, y así desde siempre; después me tocó a mí enseñarle a mis hijos, para que supieran trabajar y no tuvieran que andar sufriendo por no saber hacer nada. San Andrés siempre ha sido de gente de campo; a nosotros nos criaron con las historias de la siembra, de las buenas y las malas cosechas, de las ofrendas a los aires,⁷⁸ de que las fiestas del pueblo son cuando se acabó el trabajo en el campo; yo creo que así será hasta que se muera el último viejo, o que de plano todos nuestros chamacos sean licenciados [ríe] (campesino, ex migrante, 76 años).

En los procesos de larga duración los cambios se realizan gradualmente, de tal manera que los individuos perciben el contexto histórico como una continuidad sólo interrumpida por sucesos que escapan a la cotidianidad; tal es el caso de los desastres naturales [que repercuten directamente en la temporada agrícola, por ejemplo], el fin de los ciclos históricos [como el abandono de la industria de elaboración del papel amate y la producción de cal artesanal], los sucesos violentos [asesinatos, éxodos, muertes violentas], los cambios introducidos por la mejora de las vías de comunicación y otros servicios [red eléctrica, pavimentación de la carretera de acceso, servicio de telefonía doméstica, agua potable], y el éxito de la agricultura [el auge del cultivo del jitomate]. Los sucesos que escapan a la continuidad evaluada por la cotidianidad se constituyen en referentes de la historia, de tal manera que son asimilados por la mirada de los caleros para después ser integrados a su concepción de continuidad [“en mi familia siempre nos hemos dedicado al campo, a ser campesinos”], se tipifican para ser reproducidos [“después me tocó a mí enseñarle a mis hijos”], se generalizan para ser integrados a su ideal identitario [“San Andrés siempre ha sido de gente de campo”], lo que les permite evitar las crisis y reafirmarse como caleros ante lo que conciben como improbable [“yo creo que así será hasta que se muera el último viejo, o que de plano todos nuestros chamacos sean licenciados”].

Esta forma de interpretar la realidad que utilizan los caleros es lo que Dubar plantea como la necesidad de la existencia de una “forma dominante de identidad”, que garantiza en el corto plazo una coherencia (lo llama *ipseidad*) y, a largo plazo, la permanencia (*mismidad*) de la identidad personal (2000: 198). Este mecanismo, llamado por Dubar *identidad*

⁷⁸ El ritual de petición de lluvias es conocido por los caleros como *ofrendas a los aires*.

reflexiva, ayuda a que la personalidad individual se organice alrededor de una forma identitaria dominante “para los otros” (comunitaria o societaria), a partir de la cual pueda construir o desarrollar “identidades para sí”, que puedan estar de acuerdo o no con las precedentes.

En el caso de un acuerdo, se asegurará una coincidencia entre el Mí atribuido y el Sí (*self*) reivindicado, y en la que la identidad reflexiva sería una apropiación subjetiva de la identidad cultural/estatutaria atribuida (y a veces heredada, como en los caleros) que adquiere la forma de una pertenencia o doble identificación. De otro modo, cuando se cuestiona esa doble identificación o se produce una distancia de rol como resultado de la no coincidencia entre la identidad atribuida (por otros) y la identidad reivindicada (por sí), la crisis será inevitable. En caso de crisis, la identidad reflexiva es complementaria de un plan o proyecto de vida que no coincide con la pertenencia actual (cultural o estatutaria), e implicará la construcción de una forma narrativa que sirva de soporte a la presentación subjetiva de uno (Dubar, 2000: 199-200; citado en Guerra, 2009: 51).

El plan de vida de los migrantes agrícolas temporales caleros, y la identidad reflexiva que le da origen, es complementaria con su identidad atribuida; así lo indica con el hecho de que los migrantes agrícolas no se desvinculan de la comunidad, su plan de vida contempla siempre el retorno estacional, los vínculos con su familia, su comunidad y su herencia agrícola:

Mientras tenga fuerzas voy a seguir yéndome contratado [a Estados Unidos], pero no pienso quedarme allá; aquí tengo mi familia, mi tierra, mi casa; empecé a irme cuando todavía no me casaba, entonces era diferente porque no quería ser campesino, no me gustaba tanto el trabajo en el campo; ahora sé que no hay como trabajar en lo de uno, pero eso se valora hasta que te das cuenta que trabajar lo ajeno no se siente igual; allá saco en tres o cuatro meses lo que aquí ni en todo el año, pero aquí está lo mío; me da harta tristeza dejar el pueblo, no estar en la fiesta, en los cumpleaños de mis hijos, ya no poder sembrar mi maicito (migrante temporal, 42 años).

El plan de vida tiene en cuenta a los otros, pero corresponde a una elección personal, está apoyado en convicciones y es revisable en función de las crisis y de la existencia. El plan

de vida es el punto de referencia que garantizará la coherencia de las identificaciones pasadas y futuras del sujeto (identidad narrativa). Así que el proceso de construcción identitaria es dinámico y no concluye en la socialización primaria, ya que las configuraciones resultantes de dicha socialización serán provisionales y tendrán que ser revisadas y reconstruidas durante la socialización secundaria y en el resto de la vida (Berger y Luckmann, 2001).

La identidad personal no se construye sólo con las condiciones sociales que el contexto pone a la mano, sino con la apropiación de recursos y referencias que implican un proceso de aprendizaje social y reflexión para tomar decisiones, así como de un ejercicio exacerbado de la conciencia reflexiva en el que el lenguaje ocupa un papel central.

El lenguaje es el recurso identitario de mayor peso. Dubar (2000) plantea que identificarse o ser identificado no solo es “proyectarse sobre” o “asimilarse a”, sino que es, en principio, *ponerse en palabras* [las cursivas son mías]. Los habitantes de San Andrés se ponen en palabras al decir “soy calero”, pero también lo hacen quienes han logrado la estrecha relación con el entorno, los que “son de campo”; los migrantes agrícolas se asumen como cleros porque poseen ese elemento identitario fundamental.

Además del lenguaje, cada actor social echa mano de cuenta con un agregado de recursos que ha adquirido a lo largo de su proceso de socialización; este acervo de recursos puede ser de tipo cultural, social, político, económico, de relaciones interpersonales, de saberes, entre otros. Los recursos son variables y esa variedad depende de los actores que los ejercen, y de la forma en que son utilizados por ellos en la dinámica social (Giménez, 2002: 2). La identidad, así como los planes y proyectos, juegan una función determinante en la utilización de tales recursos puesto que se realizan dentro del universo subjetivo al que pertenece el sujeto.

La idealización y construcción de un plan de vida no es pues un proceso individual, “sino como parte de un universo subjetivo significativo cuyos significados no son específicos para el individuo, sino que están articulados y se comparten socialmente” (Berger y Luckmann, 2001).

En la elaboración de un plan de vida interviene la conciencia reflexiva como articuladora de las distintas experiencias de la vida, que permiten al individuo modular las experiencias del pasado y hacer frente, en el presente, a la decisión de elegir. El plan de vida es una actividad reflexiva por la cual los actores organizan su experiencia y planifican su identidad en función de los recursos para la autodefinición provistos por la institución, en este caso agrícola, del curso de vida. Probablemente éste se definirá de manera incierta, y estará sujeto a constantes adecuaciones o reivindicaciones puesto que constituye un recurso del que se valen los individuos para ir modelando el impacto de las oportunidades y constreñimientos dados objetivamente, e idear el curso de acción que les posibilite recordar, anticipar y planear las actividades en el largo plazo. (Gleizer, 1997: 135; citado por Guerra, 2009: 53)

El campo y la trayectoria

La mayoría de los migrantes desarrollan una trayectoria heterogénea debido a que desempeñan varias actividades [como peones de campo, en actividades de albañilería, jardinería, de recolección, de ganadería, en el comercio de mercaderías, en viveros, como aprendices de herrero y carpintero, en plomería, entre otras] antes de enlistarse en el proceso migratorio. En sus relatos, se observa que los migrantes, a lo largo de su trayectoria, se desempeñaron en el sector agrícola, lo cual les permitió desarrollar una especialización en el desempeño de esa actividad, lo que a la larga les permitió acumular experiencia en ese ramo específico de ocupación, y desempeñarse de manera más efectiva en sus destinos de migración:

Sí, lo que yo sabía del campo aquí me sirvió mucho, o sea sí es mucha ventaja de que, por decir, la experiencia que tuve sí me ha servido allá porque aquí pues las herramientas que tenemos, el estar acostumbrado a trabajar en el sol, al trabajo duro, a ser campesino pues; por eso allá se me hizo más fácil que a otros que no estaban acostumbrados a trabajar así.

Pero de todos modos es difícil; el que diga que es fácil, pues no sé cómo le haya tocado vivir, pero yo sí... es difícil; pero te aguantas porque tienes la ilusión de mejorar, más que nada. El trabajo allá sí es diferente, pero no tanto, aquí el trabajo en el campo es como de fuerza bruta, sabes que te vas temprano, a las seis y ya a las dos o tres estás de

regreso, se trabaja duro pero lo haces rápido; allá es más de resistencia, o sea no es fuerza bruta, como aquí, y allá no, o sea allá hay que entrar a esa hora pero pues sales hasta la tarde, hasta las siete, a veces hasta las ocho, nueve de la noche; tienes que agarrar un ritmo, porque si no en uno o dos días te espantan y ‘vámonos de regreso’; si logras aguantar en ese momento... ya la hiciste pues... dices tú “si ya pasó una semana y no pasó nada”... ya depende de uno... “ya la hice”. Si uno no hubiera trabajado aquí en el campo, pues seguro que no la haría; en cambio son pocos los que se regresan, y eso es más por que se extraña a la familia que por no saber trabajar... (Migrante, 40 años).

Sin embargo, el tipo de trayectoria formativa, encauzada hacia la adquisición de la experiencia en el campo, a la que acceden los habitantes de San Andrés, no constituye en sí misma una garantía de inserción, sino que alcanza el rango de un recurso que queda condicionado a otros factores, sobre todo el capital social acumulado a lo largo de la experiencia laboral; a este tipo de trayectoria se le puede denominar *trayectoria unívoca calificada* (Guerra, 2009); y sin menospreciar el papel de la formación que proporciona la educación escolarizada, a pesar de que sigue siendo la variable que más discrimina en las trayectorias laborales de ascenso y movilidad, ya que los beneficios de la educación son más altos en el largo plazo que la experiencia en el mercado de trabajo, es posible advertir que en este contexto específico, la trayectoria unívoca es el recurso en el que basan sus aspiraciones quienes pretenden insertarse en la dinámica migratoria agrícola temporal como proyecto de vida.

Las trayectorias de los migrantes caleros también tienen la característica de ser intermitentes en cuanto a los períodos de actividad e inactividad laboral remunerada; generalmente, durante su juventud, antes de asumir roles y responsabilidades más complicados (como el matrimonio, la paternidad o independizarse de la familia), los migrantes incursionan en una variedad de actividades laborales que tienen como contexto la misma comunidad o las comunidades vecinas; suelen desempeñarse como campesinos (esto incluye actividades relacionadas con diversos cultivos como el de maíz, de jitomate, de calabaza, sorgo y frijol, principalmente), albañilería, herrería, carpintería, jardinería, cría de

ganado bovino. Las actividades laborales se combinan con el trabajo agrícola de la familia nuclear, con las redes de ayuda a otros familiares o amigos, y los periodos de desempleo.

En cuanto a la trayectoria escolar, a diferencia de la laboral, suele ser ininterrumpida hasta la terminación de la educación básica, que es el promedio de escolaridad en los migrantes; en algunos casos, incluso, cursaron algún semestre de educación media superior, sin llegar a concluir este nivel. Una característica relevante de la trayectoria escolar es que, de acuerdo a los relatos de vida de los migrantes, constituye una etapa de vida en la que adquieren los conocimientos básicos que utilizarán para desenvolverse en la vida laboral, de acuerdo al proyecto de vida que elegirán llegado el momento. La escuela es, desde su actual perspectiva, muy importante para la construcción de un proyecto de vida en el que el trabajo en el campo no sería la principal fuente de ingresos familiares; el campo es “muy bonito, pero de mucho sacrificio, muy duro, y además mal pagado, que nos tocó a nosotros pero no queremos para nuestros hijos” (migrante temporal, 37 años); la escuela, que fue relegada a una circunstancia pasajera, que sucumbió ante la posibilidad de obtener recursos económicos en el corto plazo (“ya no seguí estudiando porque la cabeza no me daba, y porque vi que trabajando podía tener las cosas que en ese momento necesitaba, ayudar en el gasto de mi casa y no hacer gastar a mis padres cuando quizá no iba a lograr terminar una carrera”, migrante temporal, 34 años), representa para los migrantes la oportunidad que tienen sus hijos de acceder a un proyecto de vida diferente al suyo, de conseguir un nivel social por encima del promedio en la comunidad, de realizarse como padres al otorgarles la posibilidad de seguir formándose y “ser alguien en la vida, tener las cosas que no pudimos tener nosotros, salir a conocer otros lados, hacer que la familia sobresalga cuando digan ‘el doctor hijo de Fulano, la licenciada hija de Zutano’”. (Migrante temporal, 34 años)

Los migrantes no consiguieron, por circunstancias familiares o decisiones personales, formarse escolarmente más allá del nivel básico, y a pesar de que la mayoría de ellos optó por enrolarse en la dinámica laboral que la región les ofreció, en lugar de continuar con los estudios; después de numerosas experiencias en igual cantidad de relaciones laborales, coinciden en asegurar que sigue siendo la escuela la mejor oportunidad de conseguir escalar en la pirámide social. Sin embargo también incluyen, como parte esencial de su propia formación y de aquella que están en posibilidad de brindar a sus hijos, la que proporciona el

trabajo en el campo como una forma de aprender a dar valor a las cosas, tanto las materiales como las que conforman el acervo de conocimiento comunitario.

Sí, es que la primera vez cuando va uno [al Norte] se lo toma uno como relajó, como una aventura. Si hiciste algo, bien, y si no, también; [de] todos modos qué te preocupa, o sea piensas diferente; y ahorita ya casado, pues ahora sí tienes que aguantarte, porque te aguantas... ya no estás tú primero, ya está la familia ahora, esa es la diferencia. Ya con la familia, pos eso es lo que hace que uno siga yendo, y aguantándose ahí; 'ora sí hasta donde pueda uno, va a ir.

Por la solvencia económica, tienes que mejorar más que nada, porque... yo pienso que eso de la ida allá pues, va a llegar el momento en donde uno ya no va a ir y si no aprovechaste pues queda uno igual, entonces como que no tuvo caso haberte alejado de la familia e ir a sufrir para nada. Lo mucho o poquito de lo que va a traer uno por allá, pues hay que saber aquí invertirlo, aprovecharlo, porque como dice un señor que también va, uno de Guanajuato: "aquí prácticamente viene uno a dejar medio lomo; sí en los años que llevas aquí ya viniste a dejar medio lomo, y si no aprovechaste va a llegar el momento en que ya no vienes, quedas inservible, y si hiciste algo, pues bien, y si no pues... se acabó uno de fregar..."

Cuando es uno chamaco nomás se enfoca uno a una cosa, ganar dinero; pero ahorita yo ya de grande dice uno "¿por qué no estudiaste?", o sea ahorita que me dijeran "tienes oportunidad de estudiar", ya grande, ya casado, "te pagamos tu carrera", me cae que no me dirían dos veces [ríe], lo haría, pero sé que ahorita ya es demasiado tarde ¿no? Si me dijeran, pues ¿qué haría? Pues estudiaría y [ríe], fuera algo; si, porque quieras o no, ya un profesionista, mucho o poquito, pues ahí ya es seguro ¿no?, y aquí en el campo pues a veces hay, o no hay, cuando te da, te da, y cuando no pues no, y así tiene uno que llevársela, y así estamos.

Yo a mis hijos trato de inculcarles eso, de que les póngamos, por decir, ejemplos de cómo quieren estar ellos, como yo, o como su tío que tuvo oportunidad de estudiar, o una tía que... que son algo, que tienen estudio, y... "pónganse pues en mi lugar, nada más fíjense ustedes como quién quieren estar, ¿todo el tiempo van a estar como yo?, saben que aquí tiene uno que trabajarle para comer". En cambio, les digo, "ustedes si aprovechan, como su tía, la ven, se mató en el estudio, pero cierto número de años nomás ¿no?, después viene su recompensa. ¿O quieren estar como yo?, o como..."

cierta tía ¿no? que tiene dos, tres hijos y que ya no tiene su esposo, y tiene que trabajarle para medio irlos sacando adelante”, les digo “en eso fíjense”.

Antes, cuando estaba uno chiquillo, te hacían menos comparaciones en ese entonces, porque no había en ese entonces todavía muchos estudiados. Y ‘tabas viviendo en el tiempo en que los jitomates valían, y yo decía “pa’ qué quiero estudiar”; pero nunca pensé que todo eso se iba a acabar... sí... así es la cuestión... Pero yo, en mi forma de pensar en mis hijos, en mi caso especial, todo eso pues... si no les sobra pero pues tampoco les falta; les he inculcado que sepan lo que cuesta; por decir, como ahorita que yo tengo oportunidad de ir allá [a trabajar a Estados Unidos], pues bien les traes; económicamente viven mejor; a mí no me cuesta; que me piden esto, y no se los compro así nomás, y sí se los llevo a comprar, pero en las labores de la casa tienen que participar; por ejemplo, en la desgranada; ahora hay maquinaria, no me cuesta nada desgranar, echo la mazorca y ya, se hace solito; pero no, no hago eso, mejor les digo a mis hijas, “a ver, desgráñenme tantos cuartillos de maíz para esto nomás”, es parte de que sepan, de que valoren lo que tienen, o lo que les está costando; por eso tienen que estudiar, les digo” (migrante agrícola, 40 años).

Testimonios como el anterior permiten intuir una dinámica de formación, de los campesinos caleros, que valora los elementos familiares, comunitarios y escolares que conforman, pero que también admite la insuficiencia de esa misma formación para hacer frente a las exigencias de la vida laboral fuera del contexto comunitario y agrícola. De ahí que, como proyecto de vida, los campesinos incluyan como un componente principal a la posibilidad de ingresar en el proceso de migración temporal, a través de las redes para la migración que se han ido conformando a través de los años. El proyecto de vida que surge en estas circunstancias es de largo plazo e incluye la intención de incidir en el de los hijos al inculcar en ellos el valor del esfuerzo en el desempeño escolar para conseguir la movilidad social. El migrante atribuye a la experiencia campesina y de campo un alto valor formativo y de reconocimiento comunitario; sin embargo también es consciente de que las oportunidades laborales que brinda son limitadas, y por esa razón apuesta por la formación de tipo escolar como una vía para lograr el reconocimiento social. Su perspectiva es en un doble sentido formativo; por un lado la experiencia de “ser de campo” como un elemento que identifica y otorga sentido de pertenencia y reconocimiento hacia y por parte de la comunidad; por otro, la escuela como vehículo de movilidad social de los hijos, al

otorgarles un nivel de vida superior al promedio comunitario; pero también la familia logra la movilidad porque, de alguna manera, los hijos profesionistas materializan el empeño familiar puesto en su formación.

La formación en el sector agrícola campesino

En el caso de los sectores informales, precarios, de productividad para autoconsumo, se pueden observar en la comunidad, principalmente, dos tipos de procesos de formación:

- Procesos educativos familiares.
- Procesos de aprendizaje por experiencia en el empleo precario.

Los procesos educativos familiares constituyen un conjunto de prácticas no formalizadas, pero sí tipificadas, que se desarrollan a través del sistema de las “ayudas” en las redes y espacios familiares y comunitarios locales, que conforman el hábitat de los jóvenes. En el contexto comunitario los jóvenes de familias campesinas, principalmente, entran en contacto por primera vez y se prueban en el trabajo, involucrándose así en procesos productivos y laborales. Son “los que saben”, el padre, el tío, el abuelo, el cuñado, el compadre, el vecino o los hermanos mayores, quienes enseñan mientras hacen lo que saben a niños y jóvenes, que aprenden observando y haciendo.

Se trata fundamentalmente de la enseñanza y aprendizaje de oficios como la albañilería, electricidad, carpintería, herrería, cría de ganado, entre los más comunes, pero principalmente de la agricultura campesina.

Son conocimientos que transmiten los adultos a los niños y jóvenes, los primeros como poseedores de un saber que se produce, reproduce y transforma de generación en generación. Es parte de un proceso de socialización temprana en el trabajo, propia de estos grupos socioculturales que tienen funciones de calificación de la fuerza de trabajo. Implica la transmisión de saberes para el trabajo no legitimados por la escuela y constituyen procesos que se dan “en el seno de la familia de manera implícita y centrados en las interacciones en torno al proceso productivo mismo” (De Ibarrola, 2006: 33; citado en Guerra, 2009: 76).

Por esta razón, al contrario de lo que puede ocurrir en contextos no rurales, el joven calero adquiere en la práctica cotidiana, familiar y comunitaria, los conocimientos y capacidades que le serán necesarios si en el futuro opta por desempeñarse en las actividades agrícolas, ya sea en la misma comunidad o, como en el caso de los migrantes temporales, en alguno de los vecinos países del Norte. De esta manera, los conocimientos adquiridos tienen efecto en el contenido de la ocupación y en los procesos de trabajo y organización de las actividades a las que acceden.

Los migrantes, en sus relatos, manifestaron haber adquirido, a través de su experiencia en el trabajo campesino, habilidades de varios tipos, como las actitudinales, de comportamiento o sociolaboral. Estos son algunos ejemplos:

- a. El aprendizaje de habilidades sociales, comunicativas y de relación social (relaciones humanas): “Cuando empecé a trabajar en el campo, en lo ajeno, me hice amigo de varios que también eran peones y que solo saludaba cuando los encontraba en la calle, después ya éramos cuates; así conoces a la gente, chambeando” (Migrante, 33 años). “Si saben que le entras al campo y que le echas ganas, cualquiera te da jale de peón; claro que si vas a hacer chambonadas pues también eso se sabe y ya nadie te da” (migrante, 44 años).
- b. Aprender a administrar racionalmente los ingresos: “Ganarse el dinero no es fácil. Si sabes cómo se gana una semana de raya ya no te lo gastas en cualquier cosa, porque empiezas a pensar que es un día o dos de trabajo, entonces mejor lo guardas” (migrante, 46 años). “Tener dinero propio, que nadie te lo dio, como cuando eres niño, se siente muy bien; entonces empieza uno a pensar en lo difícil que es para los papás mantener a los hijos; entonces, uno solito, se hace responsable y contribuye para el gasto de la casa; yo siempre le daba a mi jefa mi raya, solo me quedaba con un poco para cualquier cosa, un antojo” (migrante, 36 años).
- c. El aprendizaje de actitudes como “la responsabilidad” (que alude a la puntualidad, al cumplimiento de horarios, cuotas, normas y reglas de trabajo, básicamente) y la disposición al trabajo: “Te levantas tempranito, antes de las cinco y media, si quieres echarte un café, al menos; porque a las seis o seis y media ya pasa la

camioneta de los peones, para entrar a las siete, y si te deja pues ya te amolaste porque hay muchos que quieren trabajar; así se va uno haciendo responsable, a fuerzas” (migrante, 46 años). “El trabajo en el campo te va haciendo responsable porque ahí tienes que cumplir con entrar temprano, nada de que pongas pretextos; pero es bonito, porque te enseñas a ser trabajador, a levantarte temprano y dormir a buena hora, a cumplir con la tarea que te pongan, a hacer las cosas bien, de eso depende que sigas trabajando o que ya nadie te quiera dar trabajo” (ex migrante, 65 años).

- d. El aprendizaje sociolaboral que involucra aspectos que tienen que ver con información sobre sus derechos y deberes laborales, así como un aprendizaje embrionario sobre la manera de gestionar favorablemente su fuerza y sus condiciones de trabajo: “Trabajando como peón también te enseñas a tratar a la gente porque si te tratan mal pues tienes que darte tu lugar, porque aquí todos necesitamos de todos; a los que tratan mal a los peones nadie les quiere trabajar. Por eso, porque uno sabe, se debe tratar bien a los peones” (ex migrante, 64 años). “Antes venían los de Santa [Catarina], los jitomateros, a buscar peones aquí, pero los ‘soltaban’ muy tarde y prometían la comida pero sólo daban tacos de salsa; entonces ya nadie quiere ir con ellos, y si van pero deben pagar por día, no al final de la semana porque luego se ponen ‘pesados’ para pagar” (ex migrante, 53 años).

Los saberes y habilidades agrícolas, adquiridos a través de su experiencia cotidiana en la comunidad conforman el capital incorporado que les es útil en sus desempeños laborales posteriores, sobre todo aquellos que ponen en práctica durante la migración; ese capital les otorga, desde luego, una ventaja relativa en este mercado de trabajo específico, respecto de aquellos migrantes que no lo poseen.

Es evidente que este proceso propicia el desarrollo de un vínculo entre el desempeño en un trabajo calificado y la identificación subjetiva con el mismo, porque se establece una relación intrínseca entre el saber, el hacer y el ser, que es uno de los factores fundamentales en la construcción identitaria como trabajador en una ocupación u oficio determinados: “Los que no son de campo, simplemente no la hacen allá [en el trabajo agrícola en EE.UU

o Canadá]; luego, luego, se nota quién sí ha sido campesino; quien sabe trabajar la tierra aquí, es casi seguro que sabrá allá; la tierra, es tierra aquí y allá” (migrante, 46 años). Las actitudes y habilidades que fueron adquiridas en las experiencias laborales en empleos precarios, como el agrícola, se refuerzan y amplían hacia otras, tales como la relativa a la capacidad de aprender competencias y habilidades relacionadas con el capital que poseen (Guerra, 2009).

La inserción de los jóvenes caleros al trabajo aparece entonces como un proceso que se extiende desde el seno familiar hacia las redes sociales que se hallan dentro y fuera de la comunidad, lo que limita el riesgo de la vulnerabilidad y la exclusión social; al mismo tiempo funciona como un proceso de *ajustamiento iterativo* (reiterado) entre deseos, ambiciones, expectativas y la construcción o definición de un proyecto, en medio de una serie de condiciones objetivas que limitan o posibilitan el horizonte de ese proyecto (Galland, 1997, citado por Guerra, 2009).

En la búsqueda de realización del proyecto, la relación con el trabajo suele ser temporal y sin compromiso vinculante en tanto consiguen realizar sus planes. Pero la transitoriedad del trabajo no implica falta de compromiso o desvinculación con la familia; los jóvenes caleros suelen sentirse orgullosos y responsables al saber que pueden contribuir a mejorar su vida familiar: “[Mi padre] No tuvo que decirme que debía empezar a contribuir con los gastos de la casa, yo sabía que debía hacerlo porque [el dinero] no alcanzaba; mis hermanos mayores se habían casado, tenían sus familias, sólo quedábamos los [tres] más chicos; empecé a ir de peón [con otros campesinos], y a trabajar en lo propio; me sentí muy bien de poder ayudar” (migrante, 44 años); esta motivación, según Guerra (2009), permite dotar al trabajo de un alcance subjetivo compensatorio porque el proyecto principal (el de migrar) no se agota en el estrecho margen de la sobrevivencia material de la familia sino que permanece: “Además, lo poco que podía ir ahorrando fue para hacer los trámites y poderme ir contratado después” (*Ídem*).

La forma en que los jóvenes caleros, sobre todo aquellos que tienen la intención de enrolarse en la dinámica migratoria, se relacionan con el trabajo, se vincula directamente con la lógica del consumo individual, es decir la satisfacción de sus necesidades personales,

tales como calzado, vestido y alimentación, pero no el propósito que está involucrado en la posibilidad de migración; dicha posibilidad es equivalente al deseo de obtener un ingreso que les permita la independencia económica respecto a la familia paterna, así como a la intención de elaborar un proyecto familiar o de vida, que se puede materializar en la construcción de una habitación personal en el terreno familiar, o “comprar un terrenito”, después casarse, o para los gastos del “trámite para irse contratado”. Estos indicios nos hablan de individuos que están muy próximos a asumir los roles de la vida adulta: “Para ese entonces [cuando tenía 18 años], ya había decidido que quería irme contratado, estaba ahorrando para los trámites; también quería casarme en cuanto ahorrara unos centavos, si me iba bien allá [en el Norte]” (migrante, 44 años).

La relación con el trabajo, para estos futuros migrantes, tiene matices de mayor estabilidad que para quienes aún gozan de la protección familiar. En cambio, quienes tienen en mente la posibilidad de independizarse de la familia paterna, lo que ocurre generalmente cuando forman una nueva familia con la esposa, buscan actividades estables que les provean ingresos seguros, o casi seguros. La alternativa más requerida es la migración; porque, pese a ser una actividad estacional, genera ingresos muy superiores a los que podrían acceder en cualquier otra actividad a su alcance. En resumen, a diferencia de los jóvenes que optan por seguir el curso de la formación en la escuela, el horizonte temporal de los migrantes temporales es un proyecto de mediano o corto plazo para lograr la independencia familiar. De los siete migrantes entrevistados, sólo uno manifestó que sus motivos para migrar fue el afán de conocer otros lugares, “aprender otras cosas” y “alejarse un rato de la familia”, porque quería hacer “otras cosas” antes de pensar en casarse y “tener compromisos”.

En cuanto a las condiciones para lograr el proyecto migratorio, la más importante es la de contar con redes de apoyo material, afectivo y moral, que permitan materializar los planes. Estas redes están integradas por familiares, amigos o conocidos, que han tenido previamente la experiencia migratoria, o que entienden la dinámica por pertenecer a familias de migrantes. En el caso de este migrante (44 años), recibió ayuda de un familiar consanguíneo:

A mí me ayudó un tío, hermano de mi papá, que había ido contratado; vio que andaba yo de peón y ayudando a mi papá con la siembra y me dijo que ya estaba yo grande, que pensara lo que iba a hacer cuando quisiera casarme; me dijo: 'ya puedes trabajar en el campo, si quieres te recomiendo con mi patrón, para que te mande pedir, pero tienes que echarle ganas, no me hagas quedar mal porque si no se puede enojar conmigo'. Y así fue como empecé; estuve tres temporadas con el mismo patrón, pero después se le enfermó la esposa y dejó de sembrar [tabaco]; pero como ya tenía la experiencia y no tuve problemas, pues no fue difícil irme a otra *farma* al año siguiente.

Otro recibió ayuda de su padre:

Cuando terminé la prepa no sabía qué hacer; nos enseñaron [en el Tecnológico de Huitzilac] a criar ganado, y como teníamos lugar para encerrarlos, le dije a mi papá que compráramos unos becerros, pero él me dijo que no, que siguiera estudiando; entonces lo convencí de que la escuela no era lo mío, yo quería dedicarme al campo, al ganado; total, lo que yo quería era ir al Norte, a trabajar en el tabaco, ahorrar y comprarme unas vacas, empezar a criar ganado para engorda; ya sabía trabajar en el campo porque mi familia es campesina y crecimos sembrando.

Podemos percibir que el tipo de empleo deseado juega un papel fundamental en el logro de sus proyectos de superación. Y la decisión de migrar, como un primer paso en la consolidación de un proyecto de vida, es vista con aceptación por parte de los padres, tal vez debido a que durante el periodo inmediato a la interrupción de sus estudios los jóvenes se hallan más vulnerables a las influencias de las drogas, la vagancia y todos los peligros que entraña la calle y las malas compañías. El papel de la familia es prever estos peligros y contribuir en la búsqueda de oportunidades laborales para sus hijos. De esta manera el trabajo es visto también como una forma de control y contención social ejercida sobre los jóvenes; en el caso del migrante arriba mencionado, el padre que también es migrante, y tiene una experiencia de varias temporadas en esa actividad, buscó la manera de 'colocarlo' y de esa forma mantener cierto control en las decisiones del vástago.

Este mecanismo de control no es extraño en las redes sociales que se establecen para la migración, y se extiende también a los hermanos menores, primos, sobrinos y nietos. Es una nueva forma de, ante las circunstancias que operan en el trabajo relacionado a la

migración agrícola temporal, relacionarse con la familia. Los mayores, recuerdan los tiempos en que el control parental se relacionaba con el trabajo de otra forma:

Antes qué iba uno a andar de vago, o tomando. Los padres de uno se lo traían bien cortito, nada de estar perdiendo el tiempo fuera de la casa, o salir sin pedir permiso o por lo menos avisar. Siempre había trabajo que hacer, si no era la siembra o el cultivo, pues era la cosecha o desgranar, o sacar hoja [de la mazorca de maíz], o atender a los animales [de yunta, aves o puercos]. Uno andaba ocupado todo el día y no daba tiempo de andar pensando en cosas malas. Ahora los chamacos, si no estudian, andan de vagos, o pegados a la tele, o embriagándose, o de mariguanos, y ni caso hacen de sus padres. Ya ni respetan. Los tiempos han cambiado mucho. Antes no era así. (Saturnino Bermúdez, exmigrante)

En la actualidad, quizá, activar la red social para la migración es una forma de hacer frente a estos problemas sociales, a la vez que se vela por la moral y las buenas costumbres que forman parte de la herencia cultural transmitida de generaciones anteriores, que se hallan amenazadas.

Otra característica de las trayectorias formativas y vitales de los migrantes es que la actividad agrícola migratoria no se estima como una opción definitiva debido a que sus expectativas eran que una vez resuelta la fase de indeterminación laboral, o al conseguir los recursos para realizar su proyecto de vida, los migrantes planearon cambiar de rumbo. Pese a ello, en la mayoría de los casos, se observó que esta actividad no sólo se convirtió en un trabajo de larga duración, sino que incluso ha trascendido a las generaciones posteriores, aunque en un principio se haya configurado como una estancia pasajera. Testimonios como el que sigue suelen ser recurrentes entre los migrantes:

Yo no quería dedicarme a esto, al principio pensaba en trabajar unas temporadas y para juntar unos ‘centavos’ y hacer otra cosa, terminar mi casa, ahorrar para abrir un negocio y para la escuela de los hijos; pero es bien fácil hacer planes y a la mera hora siempre hay algo que te obliga a regresar; que ya se te enfermó un hijo, o que nació otro, o que la cosecha no fue buena [en el destino de migración] y no ganaste lo suficiente, o invertiste en algo que salió mal, no falta qué, siempre es necesario

regresar. Y ahora que mis hijos ya están más grandes y los convencí de seguir estudiando [la preparatoria], pues voy a seguir yendo hasta que tengan una profesión, para que no tengan que irse también. (Migrante, 44 años)

Observamos que los fines que motivan el retorno están relacionados, en primera instancia, con la adquisición de un soporte material indispensable en la realización de otros objetivos asociados con la realización del proyecto de vida, cuya característica principal es que refiere a una realización personal que se extiende a la formación profesional de los hijos.

La escuela y la movilidad

En San Andrés, como es común en contextos rurales, hasta hace algunas décadas la escuela seguía siendo el camino para la movilidad y mejora social; una de las razones de ello puede atribuirse a que, como opción formativa, sus mecanismos de captación estaban restringidos a las clases medias y altas por los recursos económicos que era necesario invertir en ella; acceder a la escuela era un privilegio para los hijos de familias campesinas:

Me hubiera gustado seguir en la escuela, pero no tuve la oportunidad porque primero había que ayudar en el gasto de la casa; además como que la cabeza ya no me ayudaba [ríe]. Ahora ya no estoy en edad para eso pero a mis hijos sí quiero apoyarlos para que sigan estudiando; a veces me dicen que ya no quieren pero cuando uno está chavo no sabe uno decidir lo mejor. (Migrante, 44 años)

En la actualidad el acceso a la escuela, por las condiciones de la economía familiar, es menos restringido; pero la institución escolar, como vehículo de movilidad social, es cuestionada por las generaciones más jóvenes en parte debido a que “el horizonte de estudios básicos necesarios para mejorar o al menos mantener la posición social de origen se extiende, entre otras razones, por la masificación producida en la educación media, la cual ha generado un fenómeno de "inflación educativa formal" (Lasida, 1998: 124). Y las presiones sociales impuestas por el constante bombardeo de la mercadotecnia consumista generan el imperativo, en los jóvenes, de obtener ingresos monetarios inmediatos para aliviar esa presión:

Para qué iba a estudiar y después no encontrar trabajo, como mi primo que dizque es licenciado, para luego terminar de taxista; no, no, mejor me sobo el lomo pero con provecho, ganando bien aunque sea dura la chamba. Allá [en Carolina del Norte] me gano en una semana lo que aquí, con muchos apuros, ganaría en un mes. (Migrante, 33 años)

Es evidente que para los migrantes más jóvenes la escuela y los títulos ya no garantizan el acceso al empleo, ni tampoco el históricamente anhelado ascenso social. Desde esta perspectiva es entendible su decisión de no “enrolarse en un trayecto complicado, costoso, difícil de sostener para ellos y sus familias, del que probablemente no podrán obtener beneficios significativos o visibles en el corto plazo en términos de aprendizaje, movilidad y ascenso social”. (Teti, 2000: 65, citado por Guerra, 2009: 111). En contraste con el imaginario de sus padres, que atribuyen a la escuela la mejor alternativa de ascenso y movilidad social, el de los jóvenes migrantes pone seriamente en tela de juicio este ideal.

El panorama nacional respecto a las trayectorias escolares es, desde hace algunas décadas, de una tendencia a alargarlas, sobre todo entre los jóvenes del medio urbano. Esta tendencia tiene que ver con los efectos de una política de ampliación de la oferta educativa, con el creciente desempleo, con los cambios en la estructura laboral, y con el aumento del credencialismo en el mercado del trabajo. En los sectores rurales también existe una tendencia a alargar las trayectorias escolares de los jóvenes; en San Andrés esta situación es perceptible, sobre todo, si se comparan con las de sus padres y hermanos mayores. Los hijos y nietos de migrantes agrícolas internacionales constituyen un porcentaje importante de estudiantes que elevan el promedio de escolaridad en la comunidad.

En contraste, los jóvenes caleros que cuentan con la migración como plataforma de su proyecto de vida, inician después de la secundaria, un recorrido que los conduce por empleos temporales –generalmente poco remunerados– que les permitirán ahorrar lo necesario para costear las exigencias del viaje.

CONCLUSIONES

La experiencia de trabajar este proyecto enfocado en las trayectorias formativas de migrantes agrícolas temporales, a partir, y a través, de los relatos de vida de estos personajes ubicados y autoidentificados en el contexto de una comunidad de tradición agrícola campesina, ha sido un transitar por un sendero que favorece el entendimiento de los hechos sociales que se desarrollan ahí mismo. Ese intento por comprender tiene su fundamento en la subjetividad del análisis de esos hechos sociales, y a la cual pudimos acceder gracias a la narrativa de los migrantes, a sus relatos autobiográficos entendidos como la forma en que construyen su identidad y la definen en palabras, la disponen en “experiencias significantes en diferentes campos vividos por sí mismos”. (Guerra, 2009)

Las particularidades que caracterizan a las trayectorias formativas de los migrantes caleros, sus continuidades y rupturas, los elementos de la tradición que las nutren y acotan, los dispositivos compartidos y aquellos que las individualizan, los procesos que las conforman y los que se ausentan, los referentes que las guían y aquellos que reproducen o reinterpretan; en fin, todos los elementos que intervienen en la formación de los migrantes en su contexto sociocultural, es adquirido en un recorrido que, como Dubar (2000) registra, no es lineal ni predeterminado.

Los rasgos que caracterizan las trayectorias formativas de los migrantes agrícolas temporales entrevistados, y que resultan un elemento constante, constituyen la continuidad de las tareas relacionadas con la agricultura campesina, es decir la experiencia campesina desde edad temprana a través de la cotidianidad familiar y comunitaria; esta variedad de actividades generan experiencia laboral incluso cuando, durante su infancia y juventud, el calero las desarrolle en un ambiente no laboral sino como parte de las “ayudas” familiares o *cuatequil*. Por otra parte, la intermitencia es otra característica de la formación a través de actividades y roles, y depende, por lo general, de la estación del año, ya que durante los meses de abril a noviembre -temporada de siembra, cultivo y cosecha de los productos tradicionales, principalmente maíz, frijol y calabaza-, predominan las actividades relacionadas con la agricultura; mientras que de diciembre a abril ocurren otro tipo de

ocupaciones, entre las que son más recurrentes las relacionadas con la albañilería, la crianza de ganado, jardinería, el trabajo como peones en invernaderos, entre otras. Resulta evidente que la constante en la formación del futuro migrante agrícola es lo que Guerra (2009) denomina “presencialidad” del trabajo, que se muestra en la entrada temprana al mundo del trabajo y el vínculo permanente que los caleros establecen con este ámbito a lo largo de sus vidas; esto marca una diferencia considerable respecto a individuos de otros contextos y grupos socioculturales, sobre todo aquellos no relacionados con lo rural y/o campesino. El ingreso al mundo del trabajo, desde etapas tempranas de sus vidas, es un mecanismo que define a su cultura campesina tradicional y que cobra relevancia al establecer la continuidad histórica de esos patrones culturales tradicionales en las nuevas generaciones.

La de San Andrés de la Cal es, sin lugar a dudas, una cultura que socializa a sus individuos en el trabajo, sobre todo el trabajo campesino, que ha establecido su permanencia en la comunidad a través de las prácticas cotidianas encaminadas a satisfacer las necesidades básicas; el “campo”, que incluye, como mencionamos anteriormente, los espacios campesinos de producción agrícola, ha sustentado la subsistencia de los caleros desde tiempos muy remotos. Quizá esta sea la razón de que la primer generación de migrantes agrícolas no fue numerosa, a fin de cuentas la decisión de migrar no estuvo fundamentada en la escasez de trabajo, o en limitaciones para hacer producir la tierra; fue más bien una oportunidad de “ir a conocer”, de extender los límites más allá del pueblo. En cambio, en la actualidad la migración temporal es un proceso que se ha consolidado debido a las difíciles condiciones de acceso al trabajo; los caleros, a partir de la década de los noventa, han recurrido constantemente a esta dinámica que les ha permitido cierta estabilidad laboral, al menos durante algunos meses al año, mientras que en el resto implementan actividades complementarias, como la ganadería, el comercio, la construcción, los servicios de transporte⁷⁹, etcétera que les permiten “poner a trabajar el dinero” que obtienen de la migración.

Sin embargo, la migración agrícola temporal no ha sido una panacea pues trae consigo otros problemas; entre los más importantes se cuentan la situación de precariedad en el

⁷⁹ Algunos de los migrantes han invertido en la adquisición de placas de circulación para taxi o microbús, las cuales rentan para obtener un ingreso seguro que sostenga el hogar durante sus ausencias en el extranjero.

empleo, es decir que se trata de un empleo temporal con un contrato limitado que apenas incluye prestaciones básicas, con salarios bajos si se comparan con los que se pagan a los trabajadores agrícolas estadounidenses o canadienses, además de la explotación de su fuerza de trabajo, así como la supeditación a las condiciones climáticas prevalecientes en los destinos de migración. Aunado a lo anterior, está también la parte afectiva y emocional que implica estar lejos del hogar durante buena parte del año; los migrantes, como es natural, aseguran que lo más difícil de desempeñar esta actividad es estar lejos de su familia y de su terruño.

La experiencia de la migración, lo que han vivido “allá” ha formado en la opinión de los migrantes una idea de cómo es vista su formación, lo que han vivido “aquí”, pues a pesar de que los migrantes cuentan con trayectorias laborales largas, que inician en el seno familiar a temprana edad, estas resultan ser poco calificantes debido a que en el extranjero son escasas sus posibilidades de formación, pues esos aprendizajes difícilmente pueden ser aplicados en su práctica campesina (“aquí”); no tienen estabilidad en el empleo puesto que los contratos se asignan cada año y no toman en cuenta su antigüedad para la movilidad y ascenso. La “oportunidad” que ellos han tenido de ingresar en la dinámica migratoria se debe a su trayectoria particular⁸⁰ en el sector productivo agrícola, a su experiencia campesina familiar y comunitaria; de alguna manera esta experiencia ha propiciado el desarrollo de cierta “especialización” y acumulación de nuevas experiencias laborales en esta ocupación específica. (Guerra, 2009)

Los conocimientos que genera la experiencia en las comunidades agrícolas de tradición campesina, como hemos observado en este recorrido, demuestran el manejo de los ecosistemas y sus elementos (suelos, climas, plantas y animales), mediante los cuales el campesino diseña, adecua y aplica tecnologías y estrategias de producción; pero no sólo eso sino también estos conocimientos fundamentan, mediante las adecuaciones que los individuos formados en estos escenarios son capaces de realizar, la interacción en espacios

⁸⁰ Guerra (2009) denomina a este tipo de trayectoria “unívoca”; sin embargo no considero que la experiencia agrícola campesina sea unívoca en el sentido de que sólo ella sustente el desempeño laboral en las granjas destino de los migrantes. Habría que considerar también como fundamental la experiencia que adquieren en el entorno comunitario a través de su cotidianidad; así, la experiencia del trabajo en las labores agrícolas adquiere una dimensión incluyente y complementaria de su formación. No es lo que aprenden sino cómo lo hacen. A esa particularidad hago referencia aquí.

de trabajo, de socialización e intercambio que constituyen la cotidianidad en sus destinos migratorios. Los migrantes caleros son una síntesis de su cultura, “esencias fundantes, son primordialmente productos (aunque a su vez productores) de las particulares configuraciones sociales en las que se han desplegado sus vidas [...]; cada historia de vida puede ser considerada un verdadero testimonio de la sociedad en que se desarrolló”. (Saltalamacchia, 1992: 156)

Parafraseando a Giménez (2005), individualmente, los migrantes agrícolas temporales, son distintos por definición de todos los demás individuos, además se distinguen cualitativamente porque desempeñan una serie de roles socialmente reconocidos (identidad del rol), porque pertenecen a, al menos un grupo, que también los reconoce (identidad de pertenencia), o porque poseen una trayectoria o biografía insustituible, que es conocida, reconocida e incluso apreciada por quienes los conocen íntimamente.⁸¹

Sin embargo, la percepción general del migrante es que estar socializados en una cultura del trabajo, “saber y ser de campo”, no es garantía de que se hallará trabajo, o de que no se pasarán dificultades para “hacerse de algo”; el contexto laboral actual implica muchas dificultades para lograr la inserción y estabilidad laboral; a diferencia de quienes se iniciaron en el proceso migratorio varias décadas atrás, los jóvenes caleros, los hijos de los migrantes veteranos, necesitan contar con una trayectoria formativa más larga y, desde la perspectiva de los padres, basada en la escolaridad para lograr la inserción y estabilidad en el ámbito laboral; los migrantes saben que sus hijos deben trabajar más, quizá para lograr lo mismo.

Para Guerra (2009) las características de las trayectorias formativas de grupos sociales en contextos delimitados, pueden ser reveladoras de “cambios más profundos que afectan al mundo del trabajo, y que aluden sobre todo a una mayor flexibilidad.”

En contextos urbanos, como el que analiza Guerra (2009),

el acceso al empleo parece ya no funcionar como el esquema de entrada a la edad adulta, ni tampoco ser el rito de iniciación que era antes, lo que además permite

⁸¹ Habermas, citado por Gilberto Giménez en Teoría y análisis de la cultura., pág. 20, 2005

explicar la diversidad de situaciones que experimentan los jóvenes antes de considerarse insertos en el mercado de trabajo y la forma estratégica en que combinan distintos estados, posiciones y componentes profesionales, laborales, familiares, matrimoniales y residenciales, situados todos ellos en grados diversos, bajo el signo de la indeterminación, prolongando así inserción social y afectando los calendarios vitales ‘tradicionales’.

Aun con la influencia de la vida los contextos urbanizados, en aquellos que conservan fuertes costumbres y tradiciones que los arraigan con lo rural, como es el caso de San Andrés, el rito de iniciación a la vida adulta suele vincularse a la experiencia laboral que permite a los jóvenes caleros obtener recursos económicos para sufragar los gastos por cooperación para las mayordomías. Los jóvenes que son autónomos en sus ingresos y gastos, a través de la experiencia laboral remunerada, y del reconocimiento de la comunidad, son considerados como adultos. Este reconocimiento no tiene que ver únicamente con la edad legal de ingreso a la adultez, porque quienes después de cumplir dieciocho años se encuentran aún estudiando son considerados como “hijos de familia” y no participan en las cooperaciones para mayordomías, a menos que lo hagan por iniciativa propia, o en las “rondas” de vigilancia y *cuatequil* de la comunidad.

Para los caleros, el paso al mundo productivo y de la adultez no es un acontecimiento que se realice mediante un acto específico en su vida, sino una serie de actividades cotidianizadas y asumidas como parte de un recorrido biográfico que los sitúa en una posición reconocida por la comunidad y dentro de ella. Ser productivo es, sí, generar recursos para el sostenimiento de la familia, pero también es la demostración de que el recorrido que los ha situado en ese lugar ha sido realmente ‘transitado’, es decir, ha sido apropiado. En contraste con lo que dicen autores como Jacinto (2002 y 2004), López (1999 y 2002), Dávila (2002) respecto a que la inserción al trabajo es el desembocamiento de un proceso cada vez más complejo, que tiende a alargarse cada vez más y para una proporción cada vez mayor de jóvenes (citado por Guerra, 2009), para los caleros, sobre todo los de generaciones anteriores, como es el caso de los migrantes, el proceso se alarga desde la infancia, con tareas familiares de subsistencia, hasta la etapa en que contraen matrimonio; “hacerse cargo” de una familia propia –esposa e hijos- es otro signo de independencia; en el

proceso intervienen también la experiencia campesina, la capacidad laboral y, como ya mencionó en el ejemplo de las mayordomías, de la toma de decisiones.

Ubicar el momento en que los migrantes dieron el paso del ámbito familiar, de ser hijos de familia, hacia el de la responsabilidad atribuida al “hacerse cargo”, al ámbito laboral, no es sencillo puesto que se trata de un proceso que inició de manera íntima en el seno de la familia y no de una acción delimitada en un momento específico de su historia biográfica. En el contexto comunitario de San Andrés, descrito antes como un entramado sociocultural y no sólo como un espacio físico delimitado, en palabras de los caleros se trabaja “desde que uno recuerda”, por ello en sus relatos biográficos no se halla claro su acceso al ámbito laboral.

Las prácticas laborales de los migrantes caleros, desde el momento en que ellos reconocen su ingreso a este ámbito, suelen circunscribirse al contexto comunitario o regional; de hecho este es un fenómeno que imponen “las limitaciones estructurales del mercado de empleo en México, así como la escasa disponibilidad de opciones laborales significativas⁸², en la que difícilmente los individuos de las nuevas generaciones podrán ubicarse o encontrar un lugar en la estructura de trabajo fuera de sus propios contextos comunitarios o regionales” (Guerra, 2009); a esto agregaríamos que la inserción se vuelve más difícil si no se cuenta con la formación que exigen los contextos laborales no campesinos; es decir, la continuación de la formación escolarizada. De ahí que tenga sentido, para los caleros, ‘prepararse’ como campesino, “ser de campo”, en la configuración de las expectativas de empleo futuras, estén éstas relacionadas o no con la migración agrícola temporal o con la agricultura tradicional.

Hemos visto ya que buena parte de los aprendizajes, en este contexto campesino tradicional, se dan a partir de “procesos educativos familiares”. De Ibarrola (2006: 33) nos dice que estos aprendizajes –que ubica en sectores laborales informales, precarios y de

⁸² El sector de mayor crecimiento es desde hace varias décadas, el precario informal. (Guerra, 2009)

“baja productividad”⁸³ - se hallan “centrados en los oficios tradicionales, mediante prácticas no formalizadas que se desarrollan a través del sistema de las “ayudas” en las redes y espacios familiares y comunitarios locales”.

El proceso de socialización temprana que implica desarrollar actividades cotidianas relacionadas con el quehacer campesino, permite que los caleros experimenten y se prueben en el ámbito del trabajo. Las capacidades y destrezas de “mediana especialización” (Guerra, 2009) que se obtienen de este proceso, desarrollan las habilidades en el manejo de las herramientas y utensilios necesarios en las actividades campesinas; pero también, y más importante aún, sitúan al sujeto en el ámbito laboral al desarrollarle el sentido de la productividad enfocada al autosustento familiar. “Ser de campo”, aprender a ser campesino, es parte de la herencia cultural que se difunde en este contexto. Es una preparación para la vida, un saber hacer que resulta una ventaja en situaciones difíciles. Y para los futuros migrantes, este contacto con la herencia cultural del trabajo campesino, que inicia durante su niñez, los prepara ante la posibilidad de una más que probable experiencia de migración.

Los caleros conocen la oferta de trabajo de la comunidad y en la región porque desde niños interactúan con familiares y personas de la comunidad que se desempeñan en diversas actividades; este conocimiento también se adquiere a través de la experiencia en el desempeño de actividades estacionales, como el peonaje en agricultura y albañilería, el trabajo en viveros e invernaderos, la herrería y carpintería, la poda de árboles y jardinería, la recolección de plantas, hongos, flores y semillas silvestres, la crianza de ganado vacuno y porcino, entre otras; el acceso a este tipo de empleos se halla, en buena parte, determinado por el nivel de estudios, al grado de experiencia y competencias. Por limitada que parezca, la experiencia en el ámbito laboral -familiar y por lo tanto no remunerado o como asalariados o trabajadores por su cuenta- se traduce en la construcción de un conocimiento que les otorga ventaja respecto a quienes, a diferencia de los migrantes, prolongan su trayectoria escolar antes de ingresar en el mercado de trabajo local. La experiencia temprana de trabajo se convierte en una utilidad cuya relevancia se pone de manifiesto a través de sus desempeños laborales posteriores. Pero más importante aún, la

⁸³ Las comillas son mías. Defino aquí como sectores laborales de “baja productividad” a aquellos cuya dinámica se enfoca al auto-sustento a través del cultivo de los productos básicos de la dieta familiar –tal es el caso de esta comunidad de estudio–, en lugar de la producción de bienes y servicios.

experiencia temprana de trabajo les confiere la capacidad de utilizar este conocimiento en otros contextos y situaciones a lo largo de sus vidas, “así como el uso estratégico que hacen de ellos en la perspectiva más amplia de sus proyectos de vida”. (Guerra, 2009)

Desde una perspectiva más general, la precariedad del trabajo en el México actual, sobre todo en los contextos socioculturales como el de San Andrés, ha modificado los mecanismos de inserción laboral; al mismo tiempo, ha favorecido el fortalecimiento de aprendizajes enfocados a las necesidades de los sujetos para adquirir habilidades que permitan adaptarse a un contexto cuya “flexibilidad ocupacional” (Guerra, 2009) es síntoma de los cambios que han impuesto los nuevos esquemas de “inserción al trabajo” (Rendón y Salas, 1996). Así pues, podemos resumir que esta comunidad mantiene una mirada del trabajo cuyo significado y prácticas de subsistencia aún se basan en sus antiguas formas, pero que al mismo tiempo tienden a transformarse adaptándose al mundo actual.

La importancia de los saberes y competencias adquiridos por los migrantes, durante sus trayectorias formativas a través de la cotidianidad campesina y la experiencia escolar, se valora en términos de su “portabilidad” (Guerra, 2009); es decir, cuando estos conocimientos se transfieren a otros procesos y contextos, como el de la migración y el desempeño laboral en los campos agrícolas de los Estados Unidos y Canadá; esto es lo que sustenta el buen desempeño, en el aspecto laboral y anímico, de la práctica migratoria. El buen desempeño de los caleros en las labores agrícolas de sus destinos de migración puede explicarse a partir de la experiencia laboral de sus trayectorias de formación, pues es evidente que están capacitados para realizar las tareas específicas que esa actividad conlleva; a la vez que establecen un estrecho vínculo con el trabajo que desempeñan, originado de la identificación subjetiva con el mismo y que, indudablemente, se debe al proceso formativo que los une a la agricultura, propiciando el flujo de saberes y conocimientos en ambas direcciones.

La relación de los migrantes con el trabajo es diacrónica, no ocurre en una etapa determinada de sus vidas, o como resultado de un proceso de preparación sino como parte esencial de su cotidianidad; es una actividad que combinan con otras de igual importancia

como la socialización con sus pares, la socialización en y con la familia, la socialización a través de las tradiciones y costumbres, y la escuela. Por ello, este proyecto también es un intento por ahondar en las maneras en que los migrantes caleros se relacionan con el trabajo a lo largo de sus vidas (*el trabajo en el tiempo*, Guerra, 2009) y en los sentidos que le confieren en función de distintas situaciones biográficas o del contexto de vida en que se ubican (*el trabajo en la vida*, Guerra, 2009), lo que, a final de cuentas, forma parte esencial de sus procesos de formación porque es un elemento permanente en sus biografías.

Las trayectorias formativas de los migrantes agrícolas se nutren de los sentidos que le han conferido al trabajo, el trabajo campesino principalmente, en el contexto al que pertenecen pero también de las experiencias subjetivas que caracterizan a las biografías. Entre esas experiencias destaca, desde luego, la íntima relación que establecen, generación tras generación, con la tierra como un elemento sostenedor de sus vidas, costumbres y tradiciones. La experiencia campesina se dimensiona, entonces, en una articulación para la vida, que les permite ir construyendo su identidad personal y que, además, les proporciona los elementos esenciales para iniciar el proceso de inserción laboral que desemboca, por iniciativa personal, en la dinámica de migración agrícola temporal.

La migración agrícola es un proceso que, además de proporcionar la expectativa de una fuente de ingresos relativamente segura que sustente la economía familiar, también contribuye en el proceso de relacionarse con el mundo, y consigo mismo, fuera de su contexto de origen (Bernard y Glasman, 1998); es un espacio de experiencia que contribuye “a la rutinización o reconstitución de subjetividades e identidades” (De la Garza y Hernández, 2000).

Por el contrario, ante la ausencia de las experiencias del trabajo campesino, del trabajo familiar, o de la escuela, los obstáculos para la construcción de un proyecto de vida se vuelven difíciles de superar pues implican la exclusión del individuo de otras formas de sociabilidad, formación y aprendizaje (Guerra, 2009).

Los migrantes nutren sus trayectorias formativas con la experiencia de la escuela, que suele ser un recorrido continuo, no fragmentado – al menos en educación básica–; así como por

combinar trabajo – trabajo familiar no remunerado y trabajo remunerado en el interior de la comunidad– y estudios. Las causas del abandono escolar, en esa etapa, suelen ser variadas pero las de mayor peso son de origen socioeconómico; aunque debemos anotar también que la tradición del trabajo campesino requiere de que los miembros de las familias participen en las labores del campo, razón por la cual, en las generaciones previas, el abandono escolar era un factor que permitía la renovación de la fuerza de trabajo y, por ello, no existía una exigencia por la continuidad escolar.

El fin de la etapa biográfica escolar implica, en buena medida, la entrada a la vida adulta porque se asumen responsabilidades que tienen que ver con el ingreso de recursos a la familia, la independencia de los padres y el compromiso con las tradiciones de la comunidad. Esta etapa exige poner en la práctica las experiencias previas, su formación en el trabajo, en el ámbito social de la vida comunitaria, el aprendizaje producto de la experiencia escolar, y la socialización con sus pares.

Todo indica que el trabajo en el campo (trabajo campesino) se convierte en el ámbito más importante de formación y que, de manera más forma más sólida y sistemática, provee a los jóvenes caleros de calificaciones, habilidades y competencias requeridas por el ámbito de trabajo en la comunidad, pero también en sus destinos de migración; por lo que es natural que ellos la conciban como una de las experiencias de aprendizaje más significativas. A pesar de que, como bien dice uno de los entrevistados, “en el campo aprendes a trabajar, pero ahora ya no alcanza para vivir de él”; con esta expresión podemos advertir los límites actuales del campo en el ámbito laboral, y entrever parte de la problemática del un campo en el que cada vez es más difícil conservar las antiguas formas de producción, así como el sentido que le otorgan sus practicantes a la relación con la tierra. Los campesinos que trabajan la tierra son, cada vez, más viejos; los jóvenes, aun cuando crecen en hogares campesinos, optan por la opción de la escolaridad como proyecto de vida.

Destaca, por su relevancia, que la experiencia del trabajo agrícola campesino construye aprendizajes que se prueban, amplían y actualizan dentro de un contexto concreto de interacción que vincula esa experiencia con los tiempos y espacios de formación (Lave y Wenger, 1991 citado en De Ibarrola, 2004: 12). Asimismo, interactuar en estas condiciones,

con quienes se hallan en la misma situación de aprendizaje y formación, es fundamental pues se estimula la disposición al trabajo y el interés por aprender. La práctica del trabajo permite que el joven calero pase de ser un ayudante (*tlacualero*) que “va a dejar los tacos”, a la de aprendiz (o *saber de campo*) y, finalmente, hacerse de los aprendizajes más especializados de la actividad, y ser capaz de llevarlos a la práctica (*ser de campo*).

En cuanto a la familia, los migrantes externan un fuerte vínculo con ella, y es evidente que es el referente cultural más sólido en su contexto. La familia tiene una mediación decisiva en la elaboración de los proyectos de vida de quienes eligen a la migración como expectativa de ingresos monetarios; en esos casos las redes para la migración se activan, en primera instancia, entre los miembros de la familia nuclear y extendida. Sin embargo, en lo que refiere a la elección de la formación escolarizada como proyecto de vida, los padres se muestran como un referente débil, incluso condescendientes ante las decisiones y elecciones que, llegado el momento, tomaron sus hijos.

Hasta hace menos de dos décadas el panorama respecto a la formación escolarizada no había cambiado; en la actualidad, y ante las exigencias de la vida moderna y las dificultades de inserción laboral, los migrantes agrícolas están vislumbrando nuevas expectativas para sus hijos; todos los entrevistados manifestaron su deseo de conseguir que sus hijos continúen formándose en la escuela. Además de la problemática social que impulsa estas decisiones, y transcurridos varios años que les han permitido ver en retrospectiva sus opciones de proyectos de vida, es comprensible el afán de los migrantes que aspiran a una realización personal truncada y vista como posible a través de sus hijos (“para que ellos no pasen lo que yo”). Las aspiraciones de estos migrantes, respecto a sus hijos, parecen empezar a tener efecto; al menos en lo que a la escolaridad respecta, están contribuyendo a vislumbrar desde otra óptica el supuesto, con el que también nosotros el estudio, de que las comunidades agrícolas mantienen un bajo promedio de escolaridad.⁸⁴ Otro supuesto, que emparenta a la escolaridad como un proceso primordial de la formación, también fue desbordado al constatar que, en el caso de los migrantes del contexto estudiado, la

⁸⁴ Los datos obtenidos del Censo Sociodemográfico indican que el promedio de escolaridad en San Andrés es superior al estatal y nacional.

formación adquiere una dimensión mucho más amplia que se fundamenta en la cultura, la tradición, la inclusión, la identificación y lo que es útil para la vida en general.

Los migrantes caleros construyen sus procesos identitarios a partir de referentes como el trabajo agrícola campesino, que también es un elemento que les facilita la inserción social; y lo pueden hacer puesto que la agricultura campesina, cuyos saberes y contenidos implican la subjetividad al fundamentarse en acciones significantes, resulta una actividad relevante que hace viable una identificación subjetiva con la misma y desemboca en un compromiso con el trabajo en sus historias biográficas (Guerra, 2009).

Los migrantes no cambian su identidad sino que adaptan la que poseen al escenario que los recibe. El arraigo a su contexto cultural, a su familia es profundo; la necesidad de enrolarse en el flujo migratorio está relacionada con su necesidad de proporcionar a los suyos un futuro mejor, para “darle estudio” a los hijos, “para que no sufran lo que uno”. Ser migrante “contratado” implica, de suyo, una necesidad de retorno, de estar en casa, de regresar “al pueblo”. La migración agrícola temporal les permite conservar la identidad que les ha sido otorgada y han construido a lo largo de sus trayectorias de vida, pero también les proporciona una ventaja fundamental, la de reafirmarla en relación al otro, al patrón, a aquél que no es “como uno”, al que no pertenece a “lo de uno”. Los migrantes temporales refuerzan, en cada temporada, su identidad, la ponen a prueba con la tensión de lo diferente.

Es evidente que el flujo migratorio que experimenta la comunidad de San Andrés no sólo tiene fundamentos e implicaciones económicas; hemos tratado de dirigir la mirada hacia el escenario cultural y educativo que también constituye una realidad compleja y cuyas implicaciones son aun un amplio campo de investigación.

Reitero la importancia de la fuente principal del estudio, las experiencias personales traducidas en los relatos, al permitirnos acceder al espacio en que los migrantes llevan a cabo la interpretación subjetiva de sus diversas situaciones de vida, y profundizar en el entendimiento de cómo influyen en las decisiones que orientan y reorientan sus trayectorias formativas, a la vez que intervienen la conformación de su identidad personal y

comunitaria. Todo ello enmarcado en un contexto histórico, social y cultural que acomoda esas trayectorias y prácticas. (Guerra, 2009)

El acercamiento se ha realizado a través de una mirada al, y desde el, interior de los procesos de socialización y formación que caracterizan a esta comunidad, cuya historicidad agrícola campesina se fundamenta en un fuerte componente cultural enraizado en las costumbres y tradiciones de filiación prehispánico-mestiza.

BIBLIOGRAFÍA

ACEVES L. Jorge (1997), “Un enfoque metodológico de las historias de vida”, en Garay, Graciela, *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, Instituto Mora, México.

ACEVES L. Jorge (1999), “La memoria convocada, a cerca de la entrevista en la historia oral”, en *Revista Secuencia*, Nueva Época, núm. 43, enero-abril.

ALVARADO P., Felipe (Comp.) (1993), *La Historia de Amatlán de Quetzalcóatl*, Serie Ce-Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, vol. 2, México

ARANGO, L. G. y M. Vivero (1996), “Itinerarios profesionales y calendarios familiares: Mujeres y hombres en la gerencia pública en Colombia”, en *Revista Colombiana de Sociología*, Nueva Serie, vol. III, núm. I, Bogotá, Colombia.

ARIZPE, Lourdes (1985), *Campesinado y migración*, México, SEP.

BARROS, C. y M. Buenrostro (1997), *El maíz, nuestro sustento* en *El maíz*, revista Arqueología Mexicana, Vol. V, nº 25, Raíces, México.

BECK, Ulrich (1997), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la Globalización*, Barcelona, Paidós (Estado y Sociedad, 58).

BERGER, Peter y Thomas Luckmann (2001), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Bs. As., Argentina.

BERNARD, Ch. y D. Glasman (Dir.) (1998), *Les jeunes, l'insertion, l'emploi*, Paris, Presses Universitaires de France (PUF) (Éducation et Formation. Biennales de l'éducation).

BERTAUX, Daniel (1997), *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, España, Ediciones Bellaterra.

BINFORD, L. (2006), *Campos agrícolas, campos de poder: el estado mexicano, los granjeros canadienses y los trabajadores temporales mexicanos*, Rev. Electrónica Migraciones internacionales, enero-junio, año/vol.3 n° 003, México, Colegio de la Frontera Norte.

BLANCO, Mercedes y Edith Pacheco (2001), “Trayectorias laborales en la Ciudad de México: Un acercamiento exploratorio a las articulaciones de las perspectivas cualitativa y cuantitativa”, en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, México, año 7, núm. 13.

BOLIVAR, A., J. Domingo y M. Fernández (2001), *La investigación Biográfico-Narrativa en Educación. Enfoque y metodología*, Madrid, La Muralla.

BONFIL B., G. (1989), *México Profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo.

BRODA, J. (1980), “Aspectos socio-económicos e ideológicos de la expansión del estado mexicana”, en: José Alcina Franch (Coord.), *Economía y sociedad en los Andes y Mesoamérica*, Madrid, Revista de la Universidad Complutense de Madrid.

CAMARENA, Eugenio (2010), *Seminario Entrevistas: Reconstruyendo la Oralidad I y II*, Posgrado en Pedagogía FFyL-UNAM, Mimeo.

CARRASCO, Pedro (1939), *Estructura familiar en Tepoztlán en el siglo XVI*, trad. Marcela Mastrangelo, Instituto de Investigaciones Históricas, México, UNAM.

CARRILLO T., C. (2006), *Unidad cultural de Mesoamérica, Génesis de una cosmovisión*, en Pluriverso. Un ensayo sobre el conocimiento indígena contemporáneo, México, UNAM.

CASTELLS, Manuel (2001), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Volumen 1: La sociedad red, México, Siglo XXI.

CASTILLO R., María Gracia (1999), “El recuerdo en las historias de vida”, en revista *Secuencia, nueva época*, núm. 43, enero-abril.

COLE, Michael (2003), *Psicología cultural*, España, Morata.

CHAVARRÍA, R., Castillo, G., y Ríos, A. (1999), *Mercados regionales de trabajo y empresa*, Universidad de Guadalajara/UCLA Program on México/Juan Pablos Editor.

DÁVILA L., Oscar (2002), “Biografías y trayectorias juveniles”, *Última Década*, núm. 17, CIDPA, septiembre, pp. 97-116, Viña del Mar, Chile.

DE IBARROLA, María y S. Reynaga (1983), “Estructura de producción, mercado de trabajo y escolaridad en México”, *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, Centro de Estudios Educativos (CEE), vol. XIII, núm. 3, México.

DE IBARROLA, M., y Ma. A. Gallart (Coords.) (1994), *Democracia y productividad. Desafíos de una nueva educación media en América Latina*, Santiago, Buenos Aires, México, UNESCO, OREALC, CIID-CENEP, Red Latinoamericana de Educación y Trabajo, CIDE-UIA (Lecturas de educación y trabajo 2).

DE IBARROLA, María (1998), *La formación de jóvenes no universitarios para el trabajo en el desarrollo regional de México*, Proyecto CONACYT, Mimeo, México.

DE IBARROLA, María (2004), “Paradojas recientes de la educación frente al trabajo y la inserción social”, Buenos Aires, *Redetis (Tendencias y debates)*, núm. 1.

DE IBARROLA, María (2006), *Formación escolar para el trabajo: posibilidades y límites. Experiencias y enseñanzas del caso mexicano*, Montevideo, CINTERFOR/OIT (Herramientas para la Transformación, 27).

DE LA GARZA y Hernández (2000), “Fin del trabajo o trabajo sin fin” en De la Garza Toledo (Coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México, COLMEX/FLACSO/UAM/FCE.

DE LA GARZA y Salas (Coords.) (2003), *La situación del trabajo en México*, México, IET/UAM/Solidarity Center/Plaza y Valdés.

DE LA PEÑA, G. (1980), *Herederos de promesas: agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, México, Casa Chata.

DRISCOLL, Bárbara (1996), *Me voy pa' Pensilvania por no andar en la vagancia*, CISAN, UNAM, Conaculta.

DUBAR, Claude (2000), *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*, Barcelona, Bellaterra (Serie General Universitaria, 15)

DURAND, Jorge (1993), *La cuerda y el enganche. Sistemas de trabajo forzado en el siglo XIX*, ponencia presentada en el XII Encuentro sobre la formación del capitalismo en México. La perspectiva regional (21-23 de octubre). Guadalajara, El Colegio de Jalisco.

DURAND, Jorge (1994), *Más allá de la línea*, México, CNCA.

DURAND, Jorge (1998), *Política, modelos y patrón migratorios. El trabajo y los trabajadores mexicanos en Estados Unidos*, México, Colsan.

DURAND, Jorge y Douglas S. Massey (2003), *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa y Universidad Autónoma de Zacatecas.

DURAND, Jorge (2005), *De traidores a héroes. Políticas emigratorias en un contexto de asimetría de poder*, en Raúl Delgado Wise y Beatrice Knerr (Coordinadores), *Contribuciones al análisis de la migración internacional y el desarrollo regional en México*, México, Miguel Ángel Porrúa.

DURAND, Jorge y Patricia Arias (2005), *La vida en el norte. Historia e iconografía de la migración México-Estados Unidos*, Guadalajara, El Colegio de San Luis-Universidad de Guadalajara.

DURAND, Jorge (2007), *Braceros. Las miradas mexicana y norteamericana, Antología 1942-1964*, Universidad de Zacatecas, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa.

DURAND, Jorge (2007), *Programas de trabajadores temporales. Evaluación y análisis del caso mexicano*, México, Conapo, Segob.

DURAND, Jorge (2007), *El Programa Bracero (1942-1964). Un balance crítico*, Revista Migración y Desarrollo, UAEMEX, Segundo semestre, núm. 009, pp. 27-43, consultado en <http://redalyc.uaemex.mx2007>

ESTEVA, G. (Coord.) (2003), *Sin maíz no hay país*, México, CONACULTA/Museo Nacional de Culturas Populares.

ECHEVERRÍA, Eugenia (1990), *Tepoztlán ¡Que viva la fiesta!*, México, Dirección General de Culturas Populares, Unidad Regional Morelos.

FLORES PÉREZ, Malaquías (1998), *Mi vida, mi familia y recuerdos vagos de mi pueblo*, publicado en *Tepoztlán. Nuestra historia. Testimonios de los habitantes de Tepoztlán, Morelos*, Marcela Tostado Gutiérrez (Comp.), INAH.

FLORESCANO, Enrique (1997), *Etnia, Estado y Nación*, México, Edit. Aguilar.

FERRY, Giles (1991), *El trayecto de la formación. Los enseñantes entre la teoría y la práctica*, Barcelona, Paidós Educador.

GALLAND, Olivier (1997), *Sociologie de la jeunesse*, París, Armand Colin/Masson.

GALLO SARLAT, Joaquín (1998), *Tepoztlán. Personajes, descripciones y sucesos*, México, Editado e impreso por el autor.

GARAY, Graciela (1997), *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, Instituto Mora, México.

GIDDENS, Anthony (1991), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la identidad en la época contemporánea*, Barcelona, Península (Historia, Ciencia y Sociedad, 257).

GIELE, J. Z., y Elder G. Jr. (Eds.) (1998), *Methods of life course research. Qualitative and quantitative approaches*, California, SAGE Publications International Educational and Professional Publisher.

GIMÉNEZ, Gilberto (2002), “Para una teoría del actor en las Ciencias Sociales. Problemática de la relación entre estructura y agency”, *Seminario permanente de Cultura y Representaciones Sociales: Documento interno de trabajo*, noviembre, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

GLEIZER, S., (1997), *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, México, FLACSO/Juan Pablos Editor.

GÓMEZ, J. A. (2006), *Saberes agrícolas tradicionales. Su incorporación en la educación agrícola*, México: Univ. Chapingo/UAEM.

GÓMEZ, J. A. y G. Baldovinos (2001), *Fitomejoramiento de maíces criollos*, México, Universidad Autónoma de Morelos- Facultad de Ciencias Agropecuarias, UAEM-FUNDACIÓN PRODUCE MORELOS, A.C.

GÓMEZ S., Marcela (Coord.) (2009), *Saberes socialmente productivos y educación. Contribuciones al debate*, México, UNAM.

GONZALBO, Pilar (1993), *Historia de la familia*, México, UAM-Instituto Mora.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Alfonso *et al* (1992), *Tepoztlán, hacia un manejo participativo de los recursos naturales*, México, Programa de Manejo Participativo de Recursos Naturales.

GUERRA, Ma. Irene y Elsa Guerrero (2004), *Qué sentido tiene el bachillerato. Una visión desde los jóvenes*, México, Universidad Pedagógica Nacional (UPN) (Colección Educación, 25)

GUERRA R., M. I. (2009), *Trayectorias formativas y laborales de jóvenes de sectores populares. Un abordaje biográfico*, México, ANUIES.

GUTIÉRREZ S., Norma G. (1999), *Orígenes de la institucionalización de la investigación educativa en México*, México, CINVESTAV, Serie DIE Tesis 30, IPN.

GUTIÉRREZ S., Norma G. (Coord.) (2008), *En San Andrés Tenextitla sembramos maíz (Proyecto: Comunidades de conocimiento en el municipio de Tepoztlán, estado de Morelos. Relatos de aprendizaje y vida productiva en torno al maíz, con financiamiento SEP, SEB-CONACYT)*, México, UNAM.

GUTIÉRREZ S., Norma G. (Coord.) (2010), *Relatos, conocimientos y aprendizaje en torno al cultivo del maíz en Tepoztlán, Morelos*, México, UNAM-CRIM/Juan Pablos Editor.

GUZMÁN, V., A. Mauro y K. Araujo (1999), *Trayectorias laborales de mujeres. Cambios generacionales en el mercado de trabajo*, Santiago de Chile, CEM.

HERMANS, H. (2004), *Dialogo en misverstand*, Soest, Nelissen.

HERNÁNDEZ RUIZ, C. A. y M. A. Salado (2004), *El Programa de Trabajadores Agrícolas Mexicanos en Canadá como modelo de un tratado migratorio*, México, Tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, Escuela de Ciencias Sociales, UDLAP.

HONORE, Bernard (1980), *Para una teoría de la formación. Dinámica de la formatividad*, Madrid, Morata.

JACINTO, Claudia (2002), “Los jóvenes, la educación y el trabajo en América Latina. Nuevos temas, debates y dilemas”, en De Ibarrola, María (Coord.), *Desarrollo local y formación. Hacia una mirada integral de la formación de los jóvenes para el trabajo*, Montevideo, DIE-CINVESTAV/CINTERFOR-OIT/Universidad Iberoamericana León/Red Latinoamericana de Educación y Trabajo.

JACINTO, Claudia (2004), “Ante la polarización de oportunidades laborales de los jóvenes en América Latina. Un análisis de algunas propuestas recientes en la formación para el trabajo”, en *Gacetilla Electrónica RedEtis*, Artículo central, Abril.

JELIN, Elizabeth (2001), *Los trabajos de la memoria*, España, Siglo XXI Editores.

KATZ, Friedrich (1998), *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, Colección Problemas de México, Ediciones Era.

KIM LIM, Se-Gun (1999), *El cambio, sus características y el ecosistema en un pueblo campesino mexicano*, México, Tesis de Doctorado en Antropología, UNAM.

LASIDA, J. (1998), "Los jóvenes pobres frente al trabajo", *Revista JOVENes*.

LEWIS, Oscar (1968), *Tepoztlán un pueblo de México*, México, Joaquín Mortiz.

LOMNITZ, Claudio (1982), *Evolución de una sociedad rural*, México, Fondo de Cultura Económica/SEP.

LÓPEZ B., A., Jesús Hernández Aristu, Juan Jesús Viscarret Garro (1999), *Jóvenes en una sociedad segmentada. Evaluación de la formación ocupacional*, Nau llibres (Edad y Sociedad, 2), Valencia, Edicions Culturals Valencianes.

LÓPEZ BLASCO, Andreu (2002), “De los itinerarios lineales a las trayectorias yo-yo”, ponencia presentada en la *Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos Jóvenes y políticas de transición en Europa*, Madrid, 6 al 8 de junio, INJUVE.

LÓPEZ V., Darío (2003), “Migración de mexicanos desde y hacia Estados Unidos de América: estadísticas, problemáticas y retos”, en *Boletín de los Sistemas Nacionales Estadístico y de Información Geográfica*, vol. 1, núm. 2, México, INEGI.

LYOTARD, Jean-Francois (1998), *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra.

MALDONADO, Druzo (1990), *Cuauhnáhuac y Huaxtepec (Tlalhuicas y Xochimilcas en el Morelos Prehispánico)*, México, CRIM-UNAM.

MAURO, A., L. Godoy y V. Guzmán (2001), *Trabajo y relaciones de género. Percepciones y prácticas de los varones*, Santiago de Chile, CEM.

MOCTEZUMA N., David (2001), *Las finanzas municipales en Morelos*, México, Serie Cuadernos del CRIM, UNAM.

MUÑETÓN Pérez, Patricia, “*Transgénicos y conciencia social. Entrevista con el Dr. Víctor Manuel Toledo Manzur*”, Revista Digital Universitaria [en línea], 10 de abril 2009, Vol. 10, No. 4 [Consultada: 11 de abril de 2009], Disponible en Internet: <<http://www.revista.unam.mx/vol.10/num4/art23/int23.htm>>

NOSEI, Cristina (2010), *La narración como vehículo histórico de lo contracultural*, en Revista de Educación, Año 1, núm. 1, julio, Facultad de Humanidades, Argentina, Universidad de Mar del Plata/EUEDEM.

OSORIO L., Rocío (1999), *El conflicto social y político por el proyecto del Club de Golf El Tepozteco*, Reportaje para la obtención del título de Licenciada en Periodismo, ENEP Acatlán, México, UNAM.

PRIES, Ludger (1997), “VI. Conceptos de trabajo, mercado de trabajo y proyectos biográfico-laborales”, en De la O. Ma. Eugenia, E. De la Garza y J. Melgoza (Coords.), *Los estudios sobre cultura obrera en México*, México, UAM-I/Dirección General de Cultura Popular/CONACULTA.

RENDÓN, Teresa y Carlos Salas (1996), “Empleo juvenil en México”, en *Revista Jóvenes*, México, julio-septiembre, Cuarta Época, Año I, núm. I.

RIVERA S., L. (2007), *Las remesas socioculturales de los migrantes: ¿flujos globales y cambios locales?*, Documento preliminar presentado como ponencia en el Encuentro Regional, Educar a Migrantes, organizado por la Universidad Autónoma de Sinaloa, febrero.

ROBLES U., Humberto (1977), *El marco socioeconómico del municipio de Tepoztlán, Morelos*, Tesis de Licenciatura, Filosofía y Letras, México, UNAM.

ROCKWELL, Elsie (2009), *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*, Argentina, Paidós.

RODRÍGUEZ, E. (1998), “Los jóvenes latinoamericanos: heterogeneidades y diversidades en materia de riesgos, oportunidades y desafíos en la antesala del nuevo milenio”, en Hünerman, P. y Eckholt (Eds.), *La juventud latinoamericana en los procesos de globalización. Opción por los jóvenes*, Buenos Aires, ICALA-FLACSO-EUDEBA.

RODRÍGUEZ Ousset, A. (1994), “Problemas, desafíos y mitos en la formación docente”, *Revista Perfiles Educativos*, enero-marzo, número 63, México, D.F., UNAM

RUIZ R., César Augusto (2001), *San Andrés de la Cal: Culto a los señores del tiempo en rituales agrarios*, CIDHEM/UAEM/Ayuntamiento de Tepoztlán.

RUZO, Daniel (1990), *El valle sagrado de Tepoztlán*, México, UAEMor.

RUZO, Daniel (1989), *Manifestaciones de la crisis en la evolución sagrada*, México, Tesis de Licenciatura de la UAM-Iztapalapa.

SAHAGÚN, Fr. Bernardino de (2006), *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Col. "Sepan Cuántos", núm. 300, Porrúa.

SALTALAMACCHIA, H., (1992), *La historia de vida: reflexiones a partir de una experiencia de investigación*, Caguas, Argentina, Ediciones CIJUP.

SAUCEDO, Alberto, Lourdes Escalante y Norma G. Gutiérrez (2010), "San Andrés de la Cal, un pueblo de Morelos", en Gutiérrez S., Norma G. (Coord.) (2010), *Relatos, conocimientos y aprendizaje en torno al cultivo del maíz en Tepoztlán, Morelos*, México, UNAM-CRIM/Juan Pablos Editor.

TEDESCO, Juan Carlos (2000), *Educación en la sociedad del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.

TOLEDO, Víctor Manuel (1993), *Ecología y Autosuficiencia Alimentaria*, México, Siglo XXI Editores

TUIRÁN, R. (coord.) (2000), *Migración México-Estados Unidos. Presente y futuro*, México, CONAPO.

TUIRÁN, R. y Elena Zúñiga (Coords.) (2000), *Situación actual de las y los jóvenes en México. Diagnóstico sociodemográfico*, México, Consejo Nacional de Población.

TURNER, J. Kenneth (2007), *México bárbaro*, México, Grupo Editorial Tomo.

VALENZUELA, Ma. Elena, Francisca Márquez y Sylvia Venegas (2001), “Construyendo microempresa en Chile: trayectorias laborales de hombres y mujeres”, en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 7, núm. 13.

VEGA, D. y P. Ramírez (2004), *Situación y perspectivas del maíz en México*, México, Universidad Autónoma de Chapingo.

VILLA Lever, L., y M. Zorrilla (1992), “El bachillerato: En busca de la identidad perdida. Entrevista con María de Ibarrola”, en *Encrucijada 1*, México, UNAM/Coordinación de Humanidades.

WARMAN, A. (1995), *Historia de un bastardo. Maíz y capitalismo*, México, Siglo XXI.

ZAPATA R., Rosa Verónica (2009), *Voces y contravoces de la migración. La experiencia migratoria de los mexicanos en Estados Unidos durante el Programa Bracero 1942-1964*, Tesis de maestría, Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, México, UNAM.

Entrevistas:

Bermúdez, Saturnino / febrero 2010, febrero 2011.

Martínez, Guillermo / diciembre 2009.

Martínez, Horacio / marzo 2010.

Moreno, Teresa / marzo 2011.

Ramírez, Antonio / diciembre 2009.

Ramírez, Constantino / mayo 2010.

Ramírez, Demetrio / junio 1990.

Ramírez, Salomé / junio-julio 2010.

Páginas Web:

<http://www.prgaprogram.org/cds/fmp/NADINE-PDF/AGUIRRE.pdf> (proyectos de mejoramiento de maíces criollos)

<http://www.cec.org/maize/resources/chapters.cfm?varlan=espanol> (Maíz y biodiversidad. Sobre efectos del maíz transgénico. Caso México)

<http://www.ine.gob.mx/ueajei/publicaciones/libros/2/chichinau.html> (Corredor Biológico Chichinautzin, diagnóstico y mapa del mismo)

http://64.233.167.104/search?q=cache:Lo5xbyMHCfYJ:www.economia.gob.mx/pics/p/p1763/Maiz_270304.pdf+tipos+de+ma%C3%ADz+en+M%C3%A9xico&hl=es&ct=clnk&cd=5&gl=mx (problemática del maíz en México, un adobe de Chapingo con información sobre producción, industrialización y economía Interesante)

<http://www.fpolar.org.ve/revistagr/precioscereales.htm#Anchor-PERO-48213> (cereales en América Latina: maíz)

<http://www.elregional.com.mx/suplementos/Regiones28.pdf> (rituales agrícolas en Tlacholoya y San Andrés de la Cal, prácticas curativas en Cuentepec, graniceros en Morelos)

<http://www.tepoz.com.mx/pdf/parquenacional.pdf> (Decreto fundacional del Parque “El Tepozteco”)

<http://www.morelos.gob.mx/10obras/files/Programas/VerdiarioPMDUTepoztlan.pdf> (Programa municipal de desarrollo urbano)

<http://www.monografias.com/trabajos35/maiz-mercados/maiz-mercados.shtml> (importaciones de maíz)

www.cddhcu.gob.mx/cronica57/contenido/cont13/anali6.htm, aportes.educ.ar/.../influencia-de-las-tic/manipulacion-y-reprogramacion-de-genes/cultivos_transgenicos.php,

<http://www.resistenciatlalpan.org/RESISTENCIATLALPAN.html> (movimientos sociales entorno al maíz y protestas vs maíz transgénico).